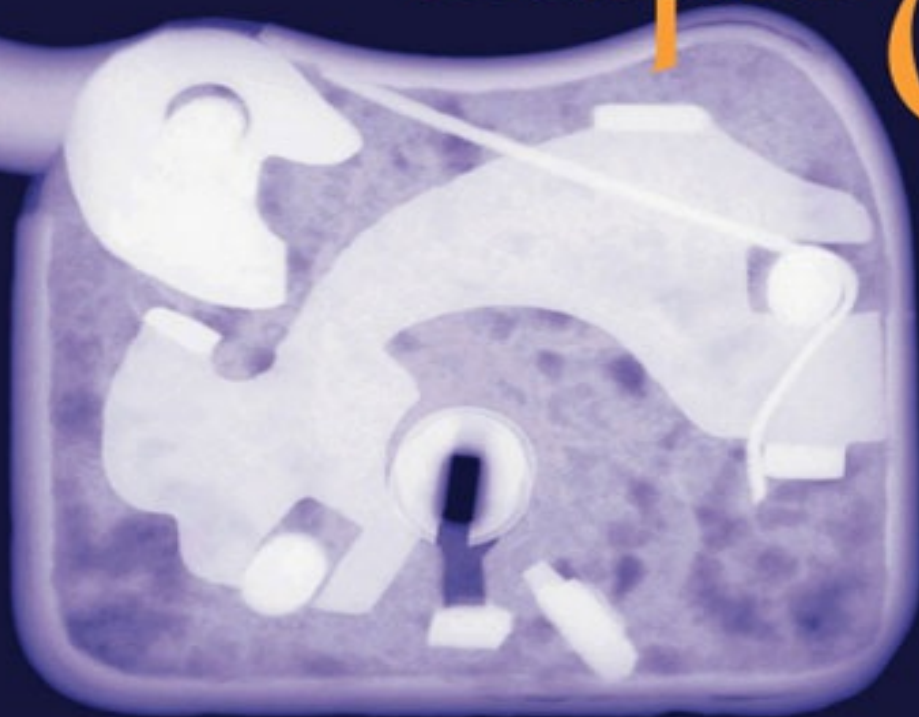


# Mary Higgins Clark



Muerte en  
*Cape Cod*



se

Los magníficos relatos reunidos en este volumen están protagonizados por Alvira Meehan, una mujer sagaz e inteligente, dotada de una inusual capacidad de observación, que dedica sus ratos libres a desentrañar crímenes pavorosos y en apariencia irresolubles. Allí donde fracasan los mejores investigadores, la agudeza de Alvira encuentra respuestas...



Mary Higgins Clark

# **Muerte en Cape Cod**

**ePub r1.4**

**Titivillus 15.01.15**

Título original: *Death on the Cape*

Mary Higgins Clark, 1995

Traducción: Celia Filipetto

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## UN CADÁVER EN EL ARMARIO

Si aquella tarde de agosto Alvira Meehan hubiera sabido lo que le esperaba en su nuevo y elegante apartamento de Central Park South, no se habría bajado del avión. Pero tal y como se presentaron las cosas, en su mente normalmente aguzada no se formó indicio alguno de malos presagios cuando el avión dio una vuelta en el aire antes de aterrizar.

Después de ganar en la lotería, Willy y ella se habían aficionado a viajar, pero Alvira siempre se alegraba cada vez que volvían a Nueva York. Contemplar los rascacielos recortados contra las nubes y las luces del puente que atravesaba el East River tenía un no sé qué de grato.

Willy le dio unas palmaditas en la mano y Alvira se volvió a mirarlo con una sonrisa cariñosa. Pensó entonces que tenía un aspecto magnífico con su nueva americana de lino azul, a juego con el color de sus ojos. Aquellos ojos y la abundante cabellera canosa convertían a Willy en un doble perfecto e inconfundible de Tip O'Neil.

Alvira se alisó el cabello castaño-rojizo que acababa de teñirse y peinarse en Dale de Londres. Dale se había asombrado al enterarse de que Alvira tuviese sesenta años. «Bromeas», le había dicho soltando un grito de asombro.

En la solapa llevaba su broche en forma de sol en el que ocultaba un micrófono. Alvira grababa las conversaciones y luego las utilizaba en los artículos que publicaba en una sección del *New York Globe*.

—El viaje ha sido maravilloso —le comentó a Willy—, pero no fue una aventura sobre la que pueda escribir. Lo más emocionante ocurrió cuando la reina se detuvo a tomar el té en el hotel «Stafford Court» y el gato del director atacó a su perro welsh gorgi.

—Me alegro de haber tenido unas bonitas y tranquilas vacaciones —dijo Willy—. Ya no soporto que arriesgues la vida para resolver crímenes.

La azafata de «British Airways» bajó por el pasillo de la zona de primera clase para comprobar si los pasajeros se habían abrochado los cinturones.

—Ha sido un placer hablar con ustedes —les dijo.

Willy le había contado que antes de ganar cuarenta millones de dólares en la lotería, él era fontanero y Alvirah se dedicaba a hacer limpiezas.

—Vaya —comentó la azafata a Alvirah—, me cuesta creer que fuera usted una señora de hacer faenas.

Después de aterrizar, lograron colocar su juego de maletas «Vuitton» en el maletero y acomodarse en el taxi en un período de tiempo asombrosamente corto. Como era normal en agosto, en Nueva York hacía un calor pegajoso y húmedo. El taxi parecía un baño turco y Alvirah pensó con añoranza en su apartamento de Central Park South, que estaría divinamente fresco. Conservaban su antiguo pisito de tres habitaciones en Flushing, donde vivieron treinta años, antes de que la lotería les cambiara la vida. Como Willy señalaba, un buen día Nueva York podía quebrar y mandarlos a paseo en vez de pagarles los cheques. Por precaución, conservaron el piso y unos ahorrillos depositados en el «Citizens of Flushing Bank».

Cuando el taxi se detuvo delante del edificio de apartamentos, el conserje, de traje rojo y dorado e imponente sombrero de piel negra, abrió la portezuela.

—Se estará usted derritiendo —le comentó Alvirah—. Cualquiera hubiera dicho que no se molestarían en ponerle uniforme hasta que acabaran las obras.

El edificio estaba en plena reparación. En primavera, cuando compraron el apartamento, el agente inmobiliario les había asegurado que la remodelación estaría terminada en cuestión de semanas. A juzgar por los andamios del vestíbulo, estaba claro que el hombre había sido excesivamente optimista.

Delante de los ascensores se les unió otra pareja, un hombre alto, cincuentón, y una mujer vestida con un traje de cóctel de seda blanca, con una expresión que a Alvirah le recordó la de alguien que acaba de abrir la nevera y recibir una vaharada de huevos podridos. «Los conozco», pensó Alvirah y comenzó a barajar los recuerdos que guardaba su memoria prodigiosa. Era Carleton Rumson, el legendario productor de Broadway, y ella era Victoria, su

mujer, una ex actriz que treinta años atrás había quedado segunda en el concurso de Miss América.

—¡Señor Rumson! —Exclamó Alvira esbozando una sonrisa que suavizaba un poco los rasgos de su prominente mandíbula, y le tendió la mano—. Soy Alvira Meehan. Nos conocimos en el balneario Cypress Point de Pebble Beach. ¡Qué agradable sorpresa! Éste es Willy, mi marido. ¿Viven ustedes aquí?

—Tenemos un apartamento porque nos resulta cómodo —repuso Rumson con una sonrisa fugaz.

A regañadientes les presentó a su esposa. La puerta del ascensor se abrió en el instante en que Victoria Rumson se daba por presentada con un leve parpadeo. «Vaya pesada», pensó Alvira al tiempo que analizaba el perfil perfecto pero arrogante, el cabello rubio claro peinado en un moño. Los años que llevaba leyendo *People*, *US*, el *National Enquirer* y los ecos de sociedad habían contribuido a que el cerebro de Alvira se convirtiera en el depósito de una cantidad de información pavorosa sobre los ricos y famosos.

Cuando llegaron al piso treinta y cuatro, Alvira había hecho un repaso de los jugosos detalles sobre Rumson. El productor era famoso por la avidez con que se le iban los ojos tras las chicas. La capacidad de su esposa de pasar por alto sus indiscreciones la habían hecho acreedora del apodo *Vicky no ve maldades*.

—Señor Rumson, el sobrino de Willy, Brian McCormack —dijo Alvira—, es un estupendo autor de teatro. Acaba de terminar su segunda obra. Me encantaría que la leyera.

Rumson puso cara de fastidio y le contestó:

—El número de mi despacho está en la guía telefónica.

—En estos momentos están representando su primera obra en un teatro experimental de Nueva York —insistió Alvira—. En una reseña han dicho que es un Neil Simon en potencia.

—Vamos, cariño —le sugirió Willy—. Estás entreteniendo a estos señores.

Inesperadamente a Victoria Rumson se le derritió la mirada glacial del rostro y dijo:

—Cariño, he oído hablar de Brian McCormack. ¿Por qué no lees la obra

aquí? Si te la envían al despacho, quedará sepultada en algún cajón.

—Es usted muy amable, Victoria —dijo Alvirah, entusiasmada—. Mañana se la haré llegar.

Al salir del ascensor y dirigirse al apartamento, Willy le preguntó:

—Cariño, ¿no te parece que has estado demasiado insistente?

—En absoluto —respondió Alvirah—. Quien no se arriesga no pasa la mar. Para mí, cuanto pueda hacer por ayudar a Brian en su carrera está bien.

\*\*\*\*\*

Desde su apartamento tenían una amplia vista de Central Park. Cada vez que Alvirah iba al parque pensaba que hasta hacía poco consideraba una bendición las horas que hacía los jueves como mujer de la limpieza y que la casa de la señora de Chester Lollop de Little Neck le parecía un palacio en miniatura. ¡Pero cómo había abierto los ojos en los últimos años!

Habían adquirido el apartamento completamente amueblado a un agente de Bolsa al que procesaron por utilizar información confidencial. Acababa de arreglarlo un interiorista que, según les había asegurado, era el furor de Manhattan. En realidad, Alvirah tenía serias dudas al respecto. El salón, el comedor y la cocina eran completamente blancos. Los sillones eran blancos y tan bajos que, para levantarse de ellos, se necesitaba una grúa; las mullidas alfombras blancas delataban la más mínima manchita; los estantes, armarios, mármoles y electrodomésticos también eran blancos y le recordaban todas las bañeras, los fregaderos y retretes que había tenido que fregar para quitarles la herrumbre.

En la puerta que daba a la terraza había una gran nota impresa.

«Después de efectuar una inspección del edificio se ha constatado que éste es uno de los pocos apartamentos en los que la barandilla y los paneles de la terraza padecen una seria debilidad en la estructura. Su terraza es segura siempre y cuando se haga de ella un uso normal, pero no se apoye en la barandilla ni permita que otros lo hagan. Las reparaciones se llevarán a cabo lo antes posible».

—Tengo bastante sentido común para no apoyarme en la barandilla, sea



segura o no —comentó Alvirah encogiéndose de hombros.

Willy sonrió tímidamente. Como padecía de vértigo y las alturas le daban un miedo horrible, nunca había salido a la terraza. Como había dicho al comprar el apartamento, «a ti te encanta la terraza, a mí la tierra firme».

Willy fue a la cocina y puso la tetera a calentar. Alvirah abrió la puerta y salió a la terraza. La recibió una ola de aire sofocante pero no le importó. Le resultaba encantador estar allí de pie viendo el parque y el brillo alegre de los árboles decorados que rodeaban el restaurante Tavern on the Green y vislumbrar en la distancia los carruajes tirados por caballos.

«Qué estupendo estar de vuelta», pensó al entrar en el cuarto mientras sus ojos expertos recorrían la sala pasando revista al resultado del servicio de limpieza semanal. Le sorprendió descubrir unas huellas digitales en la mesa bar de cristal. Maquinalmente, sacó un pañuelo y frotando con fuerza las quitó. Después se dio cuenta de que faltaba el lazo que recogía las cortinas que había junto a la puerta de la terraza. «Espero que no se lo hayan tragado con la aspiradora —pensó—; al menos yo sí era una buena mujer de la limpieza». Recordó entonces la expresión utilizada por la azafata de «British Airways». «Una señora de hacer faenas...».

—Eh, Alvirah —la llamó Willy—. ¿Ha dejado Brian alguna nota? Parece como si hubiera esperado a alguien.

Brian, el sobrino de Willy, era hijo único de Madelaine, su hermana mayor. Seis de las siete hermanas de Willy se habían hecho monjas. Madelaine se había casado a los cuarenta y tantos y justo antes de la menopausia había dado a luz a Brian, que tenía ya veintiséis años. El chico se había criado en Nebraska, escribía obras de teatro para una compañía de repertorio de la zona y hacía dos años, al morir Madelaine, se había trasladado a Nueva York. Con su rostro delgado y ansioso, su cabello rubio y rebelde y la sonrisa tímida, Brian despertó los instintos maternales inexplorados de Alvirah, quien solía comentar: «Si lo hubiera llevado nueve meses en mi vientre no podría quererlo más».

\*\*\*\*\*

En junio, cuando se marcharon a Inglaterra, Brian estaba terminando el primer borrador de su nueva obra de teatro y había aceptado de buen grado las llaves del apartamento de Central Park. «Es mucho más fácil escribir allí que en casa», fue su agradecido comentario. Vivía en un edificio sin ascensor del East Village, rodeado de familias bulliciosas.

Alvirah entró en la cocina y levantó la vista. Sobre una bandeja de plata había una botella de champán y dos copas. El champán, regalo del agente de Bolsa encargado de la venta del apartamento, reposaba en un recipiente para enfriar el vino, lleno de agua hasta la mitad. El agente les había indicado en varias ocasiones que costaba quinientos dólares la botella y que era la marca preferida de la reina de Inglaterra.

Willy puso cara de preocupación.

—Son esas botellas tan caras, ¿no? A Brian no se le ocurriría tocarlas. Aquí pasa algo raro.

Alvirah abrió la boca para darle la razón pero volvió a cerrarla. Algo raro ocurría y su intuición le indicaba que se avecinaba algún problema.

Sonó el timbre. Era el conserje que les subía el equipaje y se deshacía en disculpas:

—Perdón que haya tardado tanto, señor Meehan, pero desde que empezaron las obras de remodelación, son tantos los vecinos que usan el ascensor de servicio que los del personal tenemos que hacer cola cuando lo necesitamos.

Willy le indicó que dejara las maletas en el dormitorio, el hombre lo hizo y luego se marchó sonriendo y con un billete de cinco dólares en la palma de la mano.

Willy y Alvirah tomaron el té en la cocina. Willy no apartaba la vista del champán.

—Voy a llamar a Brian —decidió por fin.

—Todavía estará en el teatro —dijo Alvirah, cerró los ojos, se concentró y le dio el número de teléfono de la taquilla.

Willy marcó, esperó un instante y luego colgó.

—Han puesto el contestador automático —le informó—. Han suspendido la obra de Brian. Explican cómo recuperar el dinero de las entradas.

—Pobre muchacho —dijo Alvirah con un hilo de voz—. Intenta llamar a

su casa.

—También está puesto el contestador —dijo poco después—. Le dejaré un mensaje.

Alvirah sintió de repente un gran cansancio. Mientras recogía las tazas de té recordó que en hora de Inglaterra eran las cinco de la madrugada, de manera que tenía derecho a sentir que le dolían todos los huesos. Colocó las tazas de té en el lavavajillas, vaciló un instante y luego enjuagó las copas de champán y también las metió en el lavavajillas. Su amiga, la baronesa Min von Schreiber, propietaria del balneario Cypress Point donde Alvirah había ido a rejuvenecerse cuando ganó en la lotería, le había dicho que las botellas de vino bueno no debían guardarse en posición vertical. Con una esponja húmeda frotó vigorosamente la botella, la bandeja de plata y el cubo y lo guardó todo. Apagó las luces y se dirigió al dormitorio.

Willy estaba abriendo las maletas. A Alvirah le gustaba el dormitorio. Lo habían decorado para el agente de Bolsa soltero y tenía una enorme cama de matrimonio, un triple vestidor, mesitas de noche lo bastante grandes para que cupieran libros, gafas y las bolsas de hielo que Alvirah se ponía para el reuma de las rodillas; junto a la ventana se veían unos cómodos butacones. Aunque le gustara, la decoración la convenció de que el famoso decorador de interiores era adicto a la lejía. Cubrecamas blanco; cortinas blancas; alfombra blanca...

El portero había dejado el bolso para trajes de Alvirah sobre la cama. Lo abrió y comenzó a sacar trajes y vestidos. La baronesa Von Schreiber le rogaba siempre que no fuera sola a comprarse cosas.

«Alvirah —le decía Min—, eres presa natural de las dependientas a las que ordenan colocar la ropa que no se vende. Presienten tu llegada cuando todavía no has abandonado el ascensor. Llevo bastante tiempo en Nueva York. Vienes al balneario varias veces al año. Ya te acompañaré a comprar ropa».

Alvirah se preguntó si Min daría su visto bueno al traje a cuadros anaranjados y rosas que la dependienta de «Harrod's» le había vendido por un precio astronómico. Estaba segura de que no.

Cargada con un montón de ropa, abrió la puerta del armario, echó un vistazo y lanzó un grito. Tirado sobre el suelo alfombrado, entre las filas de zapatos de diseño del número cuarenta, con los ojos verdes fijos en el techo, el cabello rubio rizado revuelto sobre la cara, la lengua ligeramente salida y el

lazo de las cortinas alrededor del cuello, yacía el cadáver de una mujer joven y delgada.

—Por Dios —gimió Alvira dejando caer la ropa que llevaba.

—¿Qué ocurre, querida? —Preguntó Willy acudiendo a su lado—. Dios santo —dijo con un hilo de voz—. ¿Quién diablos es?

—Es... la... ya sabes. La actriz. La que interpretaba el papel principal en la obra de Brian. Ésa por la que estaba tan loco.

Alvira cerró con fuerza los ojos, agradecida de perder de vista la mirada vidriosa del cadáver que yacía a sus pies.

—Se llamaba Fiona. Fiona Winters.

\*\*\*\*\*

Willy la sujetó con firmeza y Alvira se dirigió al sofá de la sala, el que daba la impresión de que las rodillas se le iban a clavar en la barbilla. Mientras su marido llamaba a la Policía, se propuso pensar con claridad. No hacía falta ser muy espabilado para percatarse de que aquello podía traer serios problemas a Brian. «Debo pensar con calma —se dijo—, y recordar cuanto pueda sobre esa chica. Trataba muy mal a Brian. ¿Se habrían peleado?».

Willy atravesó la sala, se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Todo se arreglará, cariño —dijo para tranquilizarla—. La Policía llegará en unos minutos.

—Vuelve a llamar a Brian —sugirió Alvira.

—Buena idea.

Willy marcó el número y luego le informó:

—Otra vez el maldito contestador. Dejaré otro mensaje. Intenta relajarte.

Alvira asintió, cerró los ojos y de inmediato su mente pasó revista a los hechos ocurridos aquella noche de abril en que se estrenó la obra de Brian.

El teatro estaba atestado. Brian lo había dispuesto todo para acomodarlos en el centro de la primera fila; Alvira se había puesto su nuevo vestido negro con lentejuelas plateadas. La obra, *Puentes caídos*, se desarrollaba en Nebraska y trataba de una reunión familiar. Fiona Winters hacía el papel de

mujer mundana a la que aburría la compañía de su nada sofisticada familia política y Alvira hubo de reconocer que su interpretación resultaba creíble. A Alvira le caía mucho mejor la chica que tenía el segundo papel. Emmy Lakers era pelirroja, tenía ojos azules e interpretaba a la perfección un personaje gracioso aunque soñador.

Las actuaciones merecieron la ovación del público puesto en pie; Alvira sintió el corazón rebosante de orgullo cuando a los gritos de «¡Autor! ¡Autor!», Brian salió al escenario. Cuando le entregaron un ramo de flores, se inclinó sobre las candilejas y se lo dio a ella. Alvira se echó a llorar.

La fiesta del estreno se celebró en el salón del piso superior de «Gallagher's Steak House». Brian reservó los asientos contiguos al suyo para Alvira y Fiona Winters. Willy y Emmy Lakers se sentaron enfrente. Alvira no tardó en comprender por dónde iban los tiros. Brian revoloteaba alrededor de Fiona Winters como un tonto enamorado. La Winters tenía un modo increíble de desairarlo y consiguió que todos se enteraran de que provenía de una familia bien al decir: «En mi casa se quedaron de piedra cuando al regresar de Foxcroft decidí dedicarme al teatro». Después les hizo notar a Willy y a Brian, que disfrutaban de unos bocadillos con lonchas de carne y las patatas fritas especiales de «Gallagher's», que serían probables candidatos a un infarto de miocardio. Ella jamás comía carne.

«Se dedicó a criticarnos a todos —recordó Alvira—. A mí me preguntó si no echaba de menos limpiar casas. Me comentó que Brian tenía que aprender a vestirse y que, con nuestros ingresos, le sorprendía que no le echáramos una mano. Cuando la dulce Emmy Lakers le contestó que Brian tenía cosas más importantes en las que pensar, por poco se la come».

Una vez en casa, había comentado la velada con Willy y los dos estuvieron de acuerdo en que a Brian le quedaba mucho por aprender si era incapaz de percibir la maldad de Fiona. «Me gustaría que hiciera pareja con Emmy Lakers —había dicho Willy—. Si conservara la inteligencia que le tocó al nacer, se daría cuenta de que la chica está chiflada por él. Además, esa Fiona ha vivido demasiado. Debe de llevarle a Brian al menos ocho años».

El timbre sonó estrepitosamente. «Madre de Dios», pensó Alvira. Ojalá hubiera podido hablar con Brian.

Guardaba un recuerdo borroso de las horas que siguieron. Mientras se le

despejaba un poco la cabeza, Alvirah cayó en la cuenta de que era capaz de clasificar los diferentes tipos de representantes de la ley que invadieron el apartamento. Los primeros fueron los policías de uniforme. Después siguieron los detectives, los fotógrafos y los forenses. Willy y ella se quedaron sentados observándolos en silencio.

También acudieron unos agentes de la comisaría de Central Park South Towers.

—Esperamos que no haya ningún tipo de publicidad —dijo el presidente de la comunidad de vecinos—. Esto no es la Organización Trump.

Dos policías les tomaron declaración. A las tres de la mañana se abrió la puerta del dormitorio.

—No mires, cariño —le pidió Willy.

Pero Alvirah no pudo apartar la vista de la camilla que sacaron dos ayudantes de expresión sombría. Al menos el cuerpo de Fiona Winters iba tapado. «Que Dios la tenga en su gloria —rogó Alvirah, al volver a ver el cabello rubio alborotado y los labios apretados—. No era una persona agradable, pero sin duda no merecía morir».

Alguien se sentó delante de ellos; un hombre de largas piernas, cuarentón, que se presentó como el detective Rooney.

—He leído sus artículos del Globe, señora Meehan —le comentó a Alvirah—, y no sabe usted cómo he disfrutado.

Willy sonrió entusiasmado, pero Alvirah no se dejó engañar. Sabía que el detective Rooney le estaba dorando la píldora para que confiara en él. Su mente trabajaba febrilmente buscando la forma de proteger a Brian. Instintivamente, se llevó la mano al broche en forma de sol y conectó el micrófono. Más tarde quería tener ocasión de repasar cuanto se dijera.

El detective Rooney consultó sus notas.

—Según su primera declaración, acaban de regresar de unas vacaciones en el extranjero y llegaron aquí alrededor de las diez de la noche. Poco después, encontraron a Fiona Winters, la víctima. Usted reconoció a la señorita Winters porque había interpretado el papel principal en la obra de Brian McCormack, su sobrino.

Alvirah asintió. Advirtió que Willy se disponía a decir algo, pero le puso la mano en el hombro para impedirselo y contestó:

—Efectivamente.

—Al parecer vieron a la señorita Winters en una sola ocasión —dijo el detective Rooney—. ¿Cómo cree usted que llegó a su armario?

—No tengo ni idea —respondió Alvirah.

—¿Quién tenía llave del apartamento?

Willy volvió a apretar los labios. En esa ocasión, Alvirah le pellizcó el brazo.

—Veamos, las llaves del apartamento... —dijo, pensativa—. Vamos a ver. El «Servicio de Limpieza Un Dos Tres» tiene una llave. Bueno, en realidad no la tienen; la recogen en conserjería y la dejan allí cuando terminan. Mi amiga Maude tiene otra. Vino el fin de semana del Día de la Madre para ir con su hijo y su nuera al restaurante «Windows on the World». Como ellos tienen un gato y mi amiga es alérgica a los gatos, durmió en nuestro sofá. Patricia, la hermana monja de Willy, también tiene una llave. Y...

—¿Tiene su sobrino una llave, señora Meehan? —la interrumpió el detective Rooney.

Alvirah se mordió el labio.

—Sí, Brian McCormack, su sobrino, tiene una llave. —El detective Rooney alzó ligeramente la voz—. Según el conserje, ha utilizado bastante el apartamento mientras ustedes estuvieron fuera. Por cierto, si bien resulta imposible tener certeza plena antes de la autopsia, el forense estima que la muerte se produjo entre las once de la mañana y las tres de la tarde de ayer.

El detective Rooney adoptó un tono especulativo y añadió:

—Será interesante saber dónde estuvo Brian McCormack en ese período de tiempo.

Les informaron entonces que antes de que pudieran usar el apartamento, el equipo de investigación debía revisarlo a fondo en busca de huellas y pasar el aspirador para ver si encontraban más pistas.

—¿La casa está tal como la encontraron? —inquirió el detective Rooney.

—Salvo por... —empezó a decir Willy.

—Salvo por el té que nos preparamos —le interrumpió Alvirah.

«Más tarde, si se tercia, comentaré lo de las copas y el champán, pero si lo hago ahora, después no podré retractarme —pensó—. Este detective se enterará de que Brian estaba loco por Fiona Winters y llegará a la conclusión

de que fue un crimen pasional. Y después, hará que todo encaje en esa hipótesis».

El detective Rooney cerró la libreta.

—Tengo entendido que la dirección dispone de un apartamento amueblado para que puedan ustedes pasar la noche —les dijo.

Un cuarto de hora más tarde, Alvirah estaba en la cama, acurrucada contra Willy, que ya se había dormido. Se sentía muy cansada, pero le costaba relajarse en aquella cama extraña. La cosa pintaba mal para Brian. Tenía que haber una explicación. Brian era incapaz de sacar aquella botella de champán de quinientos dólares y seguro que no había matado a Fiona Winters. ¿Pero cómo habrá ido a parar a mi armario?

A pesar de acostarse tarde, a las siete de la mañana Alvirah y Willy ya estaban en pie. A medida que fueron superando la sorpresa de haber descubierto un cadáver en el armario, comenzaron a preocuparse por Brian.

—No tiene sentido que nos aflijamos por Brian —dijo Alvirah con un entusiasmo que distaba mucho de sentir—. Cuando hablemos con él, seguro que se aclarará todo. Veamos si podemos volver a nuestra casa.

Se vistieron rápidamente y salieron. Carleton Rumson esperaba delante de los ascensores. Estaba pálido. Las ojeras lo hacían parecer diez años mayor. Instintivamente Alvirah se llevó la mano al broche y encendió el micrófono.

—Señor Rumson, ¿se ha enterado del asesinato que hubo en nuestro apartamento? —le preguntó.

Rumson pulsó con fuerza el botón del ascensor.

—Sí, por cierto. Unos amigos del edificio nos telefonearon para contárnoslo. Algo terrible para la joven y para ustedes.

Llegó el ascensor. Cuando entraron, Rumson dijo:

—Señora Meehan, mi esposa me ha recordado lo de la obra de su sobrino. Mañana por la mañana nos marchamos a México. Me gustaría leerla hoy.

Alvirah se quedó boquiabierta.

—Ha sido muy amable por parte de su esposa haber insistido en el tema. Descuide, se la enviaremos.

Cuando Willy y Alvirah bajaron en su planta, ella dijo:

—Ésta podría ser la gran oportunidad de Brian siempre y cuando... —se interrumpió.



Delante de la puerta del apartamento encontraron a un policía de guardia. Dentro, todo tenía manchas del polvo para detectar huellas usado por los investigadores. Sentado delante del detective Rooney, con cara de asombro y aire solitario, estaba Brian. Se puso en pie de un salto.

—Tía Alvirah, lo siento. Para vosotros habrá sido horrible.

Alvirah lo encontró más envejecido. Llevaba la camiseta y los pantalones color caqui muy arrugados; de haberse vestido de prisa para huir de un edificio en llamas no habría podido aparecer más desaliñado.

Alvirah le apartó el cabello rubio que caía sobre su frente y Willy cogió la mano de su sobrino.

—¿Estás bien? —preguntó Willy.

Brian logró esbozar una sonrisa forzada y contestó:

—Creo que sí.

—El señor McCormack acaba de llegar —los interrumpió el detective Rooney—, y me disponía a informarle de que es sospechoso de la muerte de Fiona Winters y que tiene derecho a llamar un abogado.

—¿Está usted de guasa? —preguntó Brian, incrédulo.

—Le aseguro que no bromeo —repuso el detective Rooney y sacó un papel del bolsillo de su americana.

Le leyó a Brian sus derechos y luego le entregó la hoja.

—Dígame si ha comprendido el significado de lo que acabo de leerle.

Rooney miró a Alvirah y a Willy y dijo:

—Nuestros muchachos han terminado. Pueden quedarse en el apartamento. Tomaré declaración al señor McCormack en la comisaría.

—Brian, no digas nada hasta que hayamos conseguido un abogado —le ordenó Willy.

Brian meneó la cabeza y repuso:

—No tengo nada que ocultar, tío Willy. No necesito un abogado.

Alvirah besó a Brian y le dijo:

—Cuando hayas terminado, vuelve directamente.

El apartamento quedó en tal estado que Alvirah tuvo que poner manos a la obra. Le dio a Willy una larga lista y lo mandó a hacer la compra advirtiéndole que cogiera el ascensor de servicio para no toparse con los periodistas.

Mientras pasaba el aspirador, fregaba y quitaba el polvo, Alvira tuvo que admitir que la Policía no te leía tus derechos a menos que fueses un sospechoso en toda regla. Sintió un fugaz escalofrío.

Lo que más le costó fue pasar la aspiradora en el armario. Volvía a ver los ojos desorbitados de Fiona Winters mirándola fijamente. Ese pensamiento la condujo a otro. Si Fiona había sido estrangulada por alguien que le sorprendió por detrás, no habría sido hallada boca arriba.

Alvira soltó el tubo de la aspiradora. Pensó en las huellas que había en la mesa bar. Si Fiona Winters hubiera estado sentada en el sofá, ligeramente inclinada hacia delante, y el asesino se hubiera acercado por detrás para pasar el lazo alrededor de su cuello, ¿acaso no habría retirado la mano de ese modo?

—Dios mío —murmuró Alvira—, apuesto a que he destruido pruebas importantes.

El teléfono sonó cuando se estaba colocando el broche en la solapa. Era la baronesa Min von Schreiber que la llamaba desde el balneario de Cypress Point, en Pebble Beach, California. Min acababa de enterarse de lo ocurrido.

—¿En qué estaría pensando esa horrible muchacha cuando se dejó matar en tu armario? —inquirió Min.

—Créeme Min, la vi una sola vez —repuso Alvira—, cuando asistimos a la representación de la obra de Brian. La Policía está interrogando a mi sobrino. Estoy preocupadísima. Creen que él la ha matado.

—Te equivocas, Alvira —le corrigió Min—. A Fiona Winters la conociste aquí, en el balneario.

—¡En absoluto! —Exclamó Alvira—. Era de las que caen tan gordas que no se te olvidan en la vida.

Se produjo una pausa.

—Déjame pensar —pidió Min—. Tienes razón. Vino en otra ocasión con alguien y pasaron el fin de semana en el chalet. Hasta se hicieron llevar las comidas. Su acompañante era un famoso productor al que trataba de echar el lazo. Carleton Rumson, ¿te acuerdas de él, Alvira? Lo conociste en otro momento, cuando estuvo en el balneario solo.

\*\*\*\*\*

A mediodía, cuando regresó Carleton Rumson, los periodistas se le echaron encima y lo asediaron a preguntas.

—Sí, la señorita Winters trabajó en varias de mis producciones. No, no tenía idea de que visitara este edificio. Y ahora, si me disculpan, tengo que...

A empujones logró abrirse paso entre la multitud. Se preguntó si el día anterior habría tocado algo en el apartamento. ¿Habría dejado huellas? De sólo pensarlo, se le heló la sangre.

\*\*\*\*\*

Alvirah entró en la sala y fue a la terraza. «Willy se pone nervioso si me ve salir aquí —pensó—. Me parece una tontería. La única precaución que se ha de tener es la de no apoyarse en la barandilla».

La humedad alcanzaba el punto de saturación. En el parque no se movía una sola hoja. Sin embargo, Alvirah suspiró de placer. Se preguntó cómo alguien nacido en Nueva York podía vivir alejado mucho tiempo de la ciudad.

Junto con la compra, Willy le llevó los periódicos. Uno de los titulares anunciaba *Asesinato en Central Park South*; otro rezaba *Ganadora de la lotería descubre cadáver*. Alvirah leyó con cuidado las descripciones sensacionalistas.

—Yo no chillé ni me desmayé —dijo, burlona—. ¿De dónde habrán sacado eso?

—Según el *Post*, estabas colgando el fabuloso vestuario que compraste en Londres —le informó Willy.

—¡Fabuloso vestuario! La única prenda cara que compré fue el traje a cuadros anaranjados y rosas... que Min me obligará a regalar.

Habían publicado también notas sobre los antecedentes de Fiona Winters, la ruptura con su acomodada familia cuando decidió dedicarse al teatro, y los altibajos de su carrera. Había ganado un Tony pero se decía que resultaba

difícil trabajar con ella, lo cual le había hecho perder un buen número de apetecibles papeles. Los periódicos mencionaban también su ruptura con el dramaturgo Brian McCormack cuando abandonó repentinamente la obra *Puentes caídos*, obligando al teatro a suspenderla.

—¿Y el móvil? —Preguntó Alvira—. A este paso, los periódicos de mañana ya habrán juzgado el caso y declarado culpable a Brian.

Brian regresó a las doce y media. Alvira reparó en su pálido semblante y lo mandó sentar.

—Te prepararé un té y una hamburguesa —le dijo—. Da la impresión de que vas a desplomarte.

—Creo que una copa de whisky le sentará mucho mejor que un té —comentó Willy.

Brian esbozó una débil sonrisa.

—Tienes razón, tío Willy.

Mientras comían hamburguesas con patatas fritas, les contó cuanto había ocurrido.

—Os juro que pensé que no iban a soltarme. Están convencidos de que yo la maté.

—¿Te importa si enciendo el micrófono? —preguntó Alvira. Manipuló el broche en forma de sol y pulsó el interruptor del diminuto magnetófono—. Ahora cuéntenos exactamente lo que les dijiste.

—Muchas cosas sobre mi relación personal con Fiona —respondió frunciendo el Ceño—. Que estaba harto de su mal carácter y que me estaba enamorando de Emmy. Les dije que su abandono de la obra fue la gota que colmó el vaso.

—¿Pero cómo llegó a mi armario? —Inquirió Alvira—. ¿Has sido tú quien la dejó entrar aquí?

—Sí. Estuve trabajando bastante en vuestra casa. Ante vuestro regreso, anteayer me llevé todas mis cosas. Fiona me telefoneó ayer, me dijo que había vuelto a Nueva York y que vendría a verme. Por error olvidé aquí las notas de mi versión definitiva junto con la copia. Le pedí que se apresurara, que vendría a recoger mis papeles y que iba a pasarme el día delante de la máquina de escribir y no abriría a nadie. La encontré en el vestíbulo, y para no montar un numerito, la dejé subir.

—¿Qué quería? —preguntaron Willy y Alvirah al unísono.

—Poca cosa. El papel protagonista de *Noches de Nebraska*.

—¿Después de haberte plantado en la otra obra?

—Mira, interpretó la escena de su vida. Me suplicó que la perdonara. Me dijo que había sido una imbécil al abandonar *Puentes caídos*. Que el papel que había hecho en la película no saldría de la sala de montaje y que la había perjudicado la mala publicidad que le hicieron al abandonar la obra. Quería saber si había terminado de escribir *Noches de Nebraska*. Y bueno, uno es humano y me fue imposible no alardear. Le dije que tal vez tardara en encontrar al productor adecuado pero que cuando lo hiciera, la obra sería un exitazo.

—¿La había leído? —preguntó Alvirah.

Brian examinó las hojas de té de su taza.

—Vaya, no se presenta un futuro demasiado halagüeño —comentó—. Conocía el argumento y sabía que hay un estupendo papel principal para una actriz.

—No le prometiste dárselo, ¿verdad? —preguntó Alvirah.

Brian negó con la cabeza.

—Tía Alvirah, sé que me consideraba un tonto, pero no hasta el punto de creer que le daría el papel. Me pidió que hiciéramos un trato. Conocía a uno de los productores más importantes de Broadway; si lograba que leyera la obra y la produjera, quería el papel de Diane... quiero decir, de Beth.

—¿Beth? —inquirió Willy.

—Así se llama el personaje principal. Lo cambié anoche en la versión definitiva. Le dije a Fiona que me estaba tomando el pelo, pero que si me conseguía un productor, lo pensaría. Recogí mis notas y traté de marcharme. Fiona me comentó que le iban a hacer una prueba en el Lincoln Center y me pidió que la dejara quedarse más o menos una hora, que no molestaría en absoluto. Al final me pareció que no tenía nada de malo que la dejara quedarse, así podría ponerme a trabajar. La vi por última vez alrededor de mediodía sentada en ese sofá.

—¿Sabía que aquí tenías una copia de la nueva obra? —preguntó Alvirah.

—Sí. La saqué del cajón de la mesa cuando recogía las notas —repuso señalando hacia el vestíbulo—. Sigue en ese cajón.

Alvirah se puso en pie, fue rápidamente al vestíbulo y abrió el cajón. Como suponía, estaba vacío.

\*\*\*\*\*

Emmy Lakers estaba inmóvil en la enorme butaca de su estudio del West Side. Desde que se enteró de la muerte de Fiona por el noticiero de las siete había intentado ponerse en contacto con Brian. ¿Lo habrían detenido? «Dios santo, ¿cómo podía pasarle eso a Brian? —pensó—. ¿Y yo qué hago?». Desesperada, contempló el equipaje amontonado en un rincón de la estancia. Eran las maletas de Fiona.

En la mañana del día anterior el timbre había sonado a las ocho y media. Al abrir la puerta, Fiona entró como una exhalación.

—¿Cómo puedes vivir en un edificio sin ascensor? —le preguntó—. Menos mal que me encontré con un recadero que venía a hacer una entrega y me ayudó a subir las maletas.

Dejó todo en el suelo y buscó un cigarrillo.

—He viajado en el último vuelo de la noche. ¡Qué error cometí al aceptar ese trabajo! Le eché una bronca al director y me despidió. He intentado ponerme en contacto con Brian. ¿Tienes idea de dónde está?

Al recordarlo, Emmy sintió mucha rabia.

—La odiaba —dijo en voz alta.

Como si estuviera de pie en el otro extremo de la habitación y viera a Fiona, con el cabello rubio alborotado, el mono ceñido al cuerpo que le marcaba cada centímetro de la perfecta figura, sus ojos de gata insolentes y confiados.

Al recordar lo mal que lo había pasado todos aquellos meses viendo a Brian con Fiona, Emmy pensó que aquella mujer tenía tanta confianza en sí misma, que a pesar de la manera en que había tratado a Brian, creía que podría volver a entrar en su vida así como así. ¿Volvería a repetirse? El día anterior le había parecido que sí.

Fiona se pasó la mañana telefoneando a Brian hasta que logró dar con él. Cuando colgó, le preguntó:

—¿Te importa si dejo aquí las maletas? Brian sale ahora mismo hacia el pequeño piso de la mujer de la limpieza. Me adelantaré. —Se encogió de hombros y añadió—: ¡Qué provinciano es! Pero resulta increíble la cantidad de gente de la Costa Oeste que lo conoce. Por lo que oí comentar sobre *Noches de Nebraska* reúne todas las características para convertirse en un éxito y... quiero el papel principal.

Emmy se puso en pie. Tenía el cuerpo tenso y dolorido. A pesar de que el viejo acondicionador de aire instalado en la ventana no paraba de traquetear y zumbar, en la habitación seguía haciendo un calor sofocante y húmedo. «Tomaré una ducha fría y una taza de café. Quizás así me despeje», pensó. Quería ver a Brian. Quería abrazarlo. «No lamento la muerte de Fiona —reconoció—, pero, ay, Brian, ¿cómo esperabas salirte con la tuya?».

Acababa de ponerse una camiseta y una falda de algodón, y de recogerse la larga melena pelirroja en un moño, cuando sonó el interfono. Al contestar, el detective Rooney le anunció que subía a verla.

\*\*\*\*\*

—Esto empieza a tener sentido —comentó Alvira—. Brian, ¿no hay nada que se te haya olvidado? ¿Por casualidad no dejaste en un cubo de plata una botella de champán digna de reinas?

Brian la miró con cara de asombro y contestó:

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Imaginaba que no habías sido tú. ¡Ay, chico, qué historia! Fiona no se quedó aquí por lo de la prueba. Apuesto a que telefoneó a Carleton Rumson y le invitó a venir. Por eso encontramos las copas y el champán. Le entregó el guión y después, quién sabe por qué, discutieron. Estoy pensando que... Quiero que vayas a tu casa y traigas la versión definitiva de la obra. Le hablé de ella a Carleton Rumson, el productor, y quiere verla hoy.

—¡Carleton Rumson! —Exclamó Brian—. Es el más importante de Broadway, el más inalcanzable. ¡Debes de ser bruja!

—Te lo contaré después. Él y su mujer se marchan de viaje, así que a moverse, que al hierro candente batir de repente.

Brian lanzó una mirada al teléfono y dijo:

—Tendría que llamar a Emmy. A estas alturas ya se habrá enterado de lo de Fiona.

Marcó el número de la chica y esperó un momento. Luego, con un tono de voz decepcionado, anunció:

—No está, habrá salido.

\*\*\*\*\*

Emmy estaba segura de que era Brian quien la llamaba, pero no hizo ademán de contestar el teléfono. El hombre delgado, de rostro sombrío que estaba sentado delante de ella, acababa de pedirle que describiera con detalle lo que había hecho el día anterior. Emmy eligió cuidadosamente cada palabra.

—Salí de casa alrededor de las once de la mañana y fui a correr. Regresé a eso de la una y media de la tarde y ya no volví a salir en todo el día.

—¿Fue sola?

—Sí.

—¿Vio a Fiona Winters ayer?

Los ojos de Emmy se dirigieron al rincón donde estaban amontonadas las maletas.

—Pues... —se detuvo.

—Señorita Lakers, debo advertirle que le conviene decir la verdad. —El detective Rooney consultó sus notas y prosiguió—: Fiona Winters llegó en un vuelo desde Los Ángeles aproximadamente a las siete y media de la mañana. Cogió un taxi que la trajo a este edificio. Un recadero que la ha reconocido, la ayudó a subir el equipaje. Le comentó al chico que a usted no le haría gracia verla porque le tenía echado el ojo a su novio. Al marcharse la señorita Winters, usted la siguió. Un portero de Central Park South la reconoció. Estuvo usted sentada en un banco del parque, al otro lado de la calle, vigilando el edificio cerca de dos horas y luego entró en él por la puerta de servicio, que los pintores habían dejado abierta.

El detective Rooney se inclinó hacia delante. En tono confidencial, continuó diciendo:



—Subió usted al apartamento de los Meehan, ¿no es cierto? ¿Ya estaba muerta la señorita Winters?

Emmy se miró las manos. Brian siempre se burlaba de lo pequeñas que eran. «Pero fuertes», le comentaba entre risas cuando echaban un pulso. Brian... Dijera lo que dijese, lo pondría en un compromiso. Miró al detective Rooney.

—Quiero hablar con un abogado.

Rooney se puso de pie.

—Por supuesto, goza usted de ese privilegio. Pero permítame recordarle que si Brian McCormack asesinó a su ex novia, podría convertirse en su cómplice por ocultar pruebas. Puedo asegurarle que no servirá de nada. Esperamos un auto de acusación del gran jurado.

\*\*\*\*\*

Cuando Brian llegó a su piso, en el contestador encontró un mensaje de Emmy. «Brian, llámame, por favor. Soy Emmy». A Brian le faltaban dedos para marcar el número de la chica.

—Dígame —respondió ella con un hilo de voz.

—¿Qué te pasa, Emmy? Te he llamado hace un rato pero no contestabas.

—Estaba aquí. Vino a verme un detective. Brian, tengo que verte.

—Coge un taxi y nos reuniremos en casa de mi tía. Voy hacia allá.

—Quiero hablar contigo a solas. Es algo sobre Fiona. Estuvo aquí ayer. La seguí hasta el apartamento.

Brian notó la boca reseca.

—No digas nada más por teléfono.

A las cuatro de la tarde, el timbre sonó con insistencia. Alvira se puso en pie de un salto.

—Brian se ha olvidado la llave —le comentó a Willy—. La he visto en la mesa del vestíbulo.

Pero en la puerta se encontró con Carleton Rumson.

—Disculpe usted la molestia, señora Meehan —dijo al entrar—. Le comenté a uno de mis ayudantes que iba a estudiar la obra de su sobrino. Él

había visto ya la primera y le pareció muy buena. En realidad, me ha pedido con insistencia que la viera.

Rumson entró en el salón y se sentó. Tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la mesa bar.

—¿Le traigo una copa? —Le preguntó Willy—. ¿O prefiere una cerveza?

—¡Oh, vamos, Willy! —Le dijo Alvira—, estoy segura de que el señor Rumson sólo bebe champán del bueno. Me parece que lo he leído en *People*.

—Es verdad, pero en estos momentos no me apetece, gracias.

Su expresión se mantuvo afable, pero Alvira notó que en el cuello le latía el pulso.

—¿Dónde puedo encontrar a su sobrino?

—Vendrá dentro de un momento. Lo llamaré en cuanto llegue.

—Leo muy de prisa. Si me sube usted el guión, podría reunirme con él al cabo de una hora o así.

Al marcharse Rumson, Alvira le preguntó a Willy:

—¿En qué estás pensando?

—En que para tratarse de un productor tan famoso, está hecho un manojo de nervios. Me fastidia la gente que tamborilea en la mesa. Me pone los pelos de punta.

—El que tenía los pelos de punta era él —comentó Alvira con una misteriosa sonrisa.

Al poco rato, volvió a sonar el timbre. Alvira se apresuró a abrir la puerta. Era Emmy Lakers; del moño le caían mechones de cabello rojizo, las gafas oscuras le tapaban media cara, la camiseta se le pegaba al cuerpo delgado y la falda de algodón era un revuelo de colores. No aparentaba más de dieciséis años.

—Ese hombre que acaba de marcharse —balbuceó—, ¿quién era?

—Carleton Rumson, el productor —repuso rápidamente Alvira—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque...

Emmy se quitó las gafas y dejó al descubierto los ojos hinchados.

Alvira cogió a Emmy con fuerza de los hombros y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Emmy?

—No sé qué hacer —gimió Emmy—. No sé qué hacer.

\*\*\*\*\*

Carleton Rumson volvió a su apartamento. Tenía la frente perlada de sudor. Esa Alvira Meehan no era una estúpida. La sutileza sobre el champán no había sido un mero comentario social. ¿Hasta dónde sospechaba?

Victoria estaba en la terraza, con las manos ligeramente apoyadas en la barandilla. A regañadientes fue a reunirse con ella.

—Por Dios, mujer, ¿no has leído las notas que han puesto por todas partes? Un buen tirón y la barandilla se iría al diablo.

Victoria vestía pantalones blancos y un jersey de punto del mismo color. Rumson pensó con amargura que en cierta ocasión un comentarista de moda había escrito que siendo una belleza rubia, Victoria Rumson debía vestir exclusivamente de blanco. Victoria se había tomado el consejo al pie de la letra.

Se volvió hacia su marido tranquilamente y dijo:

—He notado que cuando estás molesto la tomas conmigo. ¿Sabías que Fiona Winters estaba en este edificio? Quizá vino porque se lo pediste tú.

—Vic, hace dos años que no veo a Fiona. Si no me crees, peor para ti.

—Con tal de que no la vieras ayer, cariño, no hay problema. Tengo entendido que la Policía está interrogando a mucha gente. No tardarán en descubrir que fuisteis noticia, como dirían los columnistas. En cuanto a la obra de Brian McCormack, ¿le estás siguiendo el rastro? Tengo una de mis famosas corazonadas sobre esa obra.

Rumson carraspeó y repuso:

—Alvira Meehan le pedirá a McCormack que me envíe la obra. Cuando la haya leído, bajaré a reunirme con él.

—Deja que la lea yo también. Así podría acompañarte. Me encantaría ver cómo decora su casa una mujer de la limpieza. —Victoria Rumson se cogió del brazo de su marido y agregó—: ¡Ay, cariño! ¿Por qué estás tan nervioso?

\*\*\*\*\*

Cuando Brian entró como una tromba en el apartamento con la obra debajo del brazo, encontró a Emmy tumbada en el sofá, tapada con una manta ligera. Alvirah cerró la puerta tras él y vio cómo el muchacho se arrodillaba al lado de Emmy y la abrazaba.

—Os dejo solos para que podáis hablar —murmuró.

Willy estaba en el dormitorio colocando ropa sobre la cama para elegir la que se pondría.

—¿Qué americana me pongo, querida? —le preguntó enseñándole dos chaquetas deportivas.

Alvirah frunció el ceño.

—En la fiesta que harán por la jubilación de Pete tienes que estar elegante, pero no ostentoso. Ponte azul con la camisa deportiva blanca.

—Sigue sin gustarme la idea de dejarte sola esta noche —protestó Willy.

—No puedes perderte la cena de Pete —repuso Alvirah con firmeza—. Ah, Willy, y si te lo pasas de miedo, ya mismo me prometes que no volverás en coche. Quédate en el piso viejo. Ya sabes cómo te pones cuando te reúnes con los muchachos.

Willy sonrió tímidamente.

—Te refieres a que si canto *Danny Boy* más de dos veces seguidas, ésa es la señal.

—Exactamente.

—Cariño, estoy tan cansado después del viaje y de lo de anoche, que preferiría tomarme unas cervezas con Pete y volver.

—No estaría bien. Cuando ganamos en la lotería y dimos aquella fiesta, Pete se quedó hasta bien entrada la mañana, cuando la autopista iba ya cargada de coches. Anda, que tenemos que hablar con los chicos.

En la sala, Brian y Emmy estaban sentados uno junto al otro, agarrados de la mano.

—¿Habéis aclarado las cosas? —inquirió Alvirah.

—No exactamente —respondió Brian—. Al parecer el detective Rooney le hizo pasar a Emmy un mal rato cuando se negó a contestar sus preguntas.

Alvirah conectó el micrófono.

—Quiero saber todo lo que te ha preguntado.

Vacilante, Emmy se lo contó. Tenía la voz más calmada y había recuperado

el aplomo cuando dijo:

—Brian, van a presentar un auto de acusación contra ti. Ese detective intenta sonsacarme cosas que te perjudiquen.

—¿Acaso tratas de protegerme? —Inquirió Brian, incrédulo—. No es necesario. No he hecho nada. Creí que...

—Creías que era Emmy la que estaba en aprietos —dijo Alvirah.

Ella y Willy ocuparon el sofá de enfrente. Notó que Brian y Emmy estaban sentados justo delante del lugar de la mesa bar donde habían quedado marcadas las huellas. Las cortinas se encontraban ligeramente a la derecha. Quien ocupara ese sofá, habría podido ver el lazo.

—Voy a deciros una cosa —anunció—. Los dos creéis que el otro ha tenido algo que ver en esto, pero os equivocáis. Contadme lo que sabéis o creéis saber. Brian, ¿no se te habrá olvidado comentar algo de lo ocurrido cuando viste a Fiona?

—No, nada —repuso Brian.

—Muy bien. Emmy, ahora te toca a ti.

Emmy fue hasta la ventana.

—Me encanta esta visita —comentó volviéndose hacia Alvirah y Willy—. He estado aquí unas cuantas veces. Ayer, cuando Fiona se fue de mi casa para encontrarse con Brian, creí enloquecer. Estuvo colado por ella y Fiona es... era el tipo de mujer que con hacer una señal tenía a los hombres rendidos a sus pies. Tenía miedo de que Brian volviese a caer en sus redes.

—Nunca me... —comenzó a protestar Brian.

—Cállate —le pidió Alvirah.

—Estuve sentada en un banco del parque durante mucho rato —continuó Emmy—. Vi salir a Brian. Cuando comprobé que Fiona no bajaba, empecé a pensar que a lo mejor le había pedido que esperara arriba. Al final me decidí a aclarar las cosas con ella. Subí por el ascensor de servicio porque no quería que nadie se enterara de que había venido. Toqué el timbre y esperé; volví a tocar y después me fui.

—¿Eso es todo? —Preguntó Brian—. ¿Por qué temías contárselo al detective Rooney?

—Porque cuando se enteró de que Fiona había sido asesinada, debió de pensar que tú la habías matado —sugirió Alvirah inclinándose hacia delante

—. Emmy, ¿por qué me has preguntado si el hombre que salía de aquí era Carleton Rumson? Ayer le viste, ¿no es cierto?

—Cuando bajaba por el pasillo, él iba delante de mí hacia el ascensor principal. Me pareció haberlo visto en alguna parte pero no lo reconocí hasta hace un momento.

Alvirah se puso en pie y anunció:

—Me parece que deberíamos pedir al señor Rumson que bajara y llamar al detective Rooney para que también venga. Pero antes, Brian, dale tu obra a Willy para que se la suba a Rumson. Veamos. Son casi las cinco de la tarde. Willy, pídele al señor Rumson que nos telefonee cuando se disponga a devolvernos el guión.

Sonó el interfono. Willy contestó.

—Es el detective Rooney. Quiere hablar contigo, Brian.

En la manera de hablar de Rooney no hubo ni asomo de cordialidad.

—Señor McCormack, debo pedirle que me acompañe a la comisaría. Tenemos que hacerle más preguntas. Ya le he leído sus derechos. Le recuerdo que todo cuanto diga puede ser utilizado en su contra.

—No se moverá de aquí —dijo Alvirah, decidida—. Detective Rooney, tengo un montón de cosas que contarle.

Dos horas más tarde, alrededor de las siete, telefoneó Carleton Rumson. Alvirah y Willy le habían contado al detective Rooney lo del champán, las copas, las huellas en la mesa bar y que Emmy había visto a Carleton Rumson, pero Alvirah se dio cuenta de que no había surtido ningún efecto en Rooney. Pensó que se oponía a cualquier posibilidad que no se ajustara a su teoría sobre Brian.

Minutos después, Alvirah se sorprendió al ver entrar en su casa al matrimonio Rumson. Victoria Rumson sonreía amablemente. Cuando le presentó a Brian, le cogió las dos manos y dijo:

—He leído su obra. Es usted un Neil Simon en potencia. Enhorabuena.

Cuando le presentaron al detective Rooney, Carleton Rumson palideció. Se dirigió a Brian y balbuceante, dijo:

—No sabe cómo lamento interrumpirlo. Seré breve. Su obra es una maravilla. Espero poder producirla. Por favor, pídale a su agente que se ponga en contacto con mi oficina mañana mismo.

Victoria Rumson se encontraba junto a la puerta de la terraza.

—Ha sido muy acertado por su parte no ocultar esta vista —le comentó a Alvira—. Mi decorador ha puesto cortinas y persianas, con lo cual mi piso podría dar a un callejón sin enterarme.

«Está visto que hoy le ha dado por ser graciosa», pensó Alvira.

—Será mejor que nos sentemos —sugirió el detective Rooney—. Señor Rumson, usted conocía a Fiona Winters, ¿verdad?

Alvira empezó a considerar que había subestimado a Rooney. Al inclinarse hacia delante, la cara del detective asumió una expresión tensa, de concentración.

—La señorita Winters trabajó hace años en algunas de mis producciones —respondió Rumson.

Estaba sentado en uno de los sofás, junto a su esposa. Alvira notó que le echaba una mirada nerviosa a su mujer.

—No me interesa lo que ocurrió hace años —dijo Rooney—. Me interesa lo que pasó ayer. ¿La vio usted ayer?

—No, no la vi.

A Alvira le pareció una respuesta forzada, de compromiso.

—¿Le telefoneó desde este apartamento? —inquirió Alvira.

—Si no le importa, señora Meehan, las preguntas las hago yo —le advirtió el detective.

—Sea usted más respetuoso cuando se dirija a mi mujer —saltó Willy.

—Yo sólo lo decía porque si ella le telefoneó desde aquí, seguramente la llamada habrá quedado registrada. Además, me sabría muy mal que el señor Rumson se metiera en líos por mentir —agregó Alvira.

Victoria Rumson dio a su marido unas palmaditas en el brazo y dijo:

—Posiblemente lo hagas para no ofenderme. Si esa mujer insoportable volvió a molestarte, no temas contar exactamente lo que quería de ti.

Rumson pareció envejecer a ojos vistas. Cuando habló, su voz sonó cansada.

—Como he dicho, Fiona Winters trabajó en varias de mis producciones. Además...

—Estuvo íntimamente relacionada con usted —intervino Alvira—. La llevaba al balneario de Cypress Point.

—Hacía años que no veía a Fiona Winters —dijo Rumson—. Me telefoneó ayer a eso de mediodía. Me dijo que tenía una obra que quería que leyese. Me aseguró que reunía todas las características para ser un éxito y que quería el papel principal. Yo esperaba una llamada de Europa y quedé en que vendría a verla una hora más tarde.

—Eso significa que le telefoneó cuando Brian ya se había marchado —concluyó Alvira con tono triunfal—. Por eso encontré las copas y el champán. Eran para usted.

—¿Vino usted aquí, señor Rumson? —inquirió Rooney.

Rumson volvió a mostrarse indeciso.

—Vamos, cariño, no pasa nada —le susurró Victoria Rumson.

Sin atreverse a mirar al detective Rooney, Alvira anunció:

—Emmy lo vio en el pasillo poco después de la una.

Rumson se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Señora Meehan, no toleraré más insinuaciones! Temía que Fiona siguiera importunándome si no la veía de inmediato. Bajé y toqué el timbre. No me abrieron. La puerta estaba entornada, así que la abrí y la llamé. Puesto que había venido hasta aquí, quise llegar al fondo del asunto.

—¿Entró en el apartamento? —le preguntó Rooney.

—Sí. Recorrí esta sala, me asomé a la cocina y al dormitorio. No la encontré por ninguna parte. Abrigué entonces la esperanza de que hubiera cambiado de parecer y ya no quisiera verme; puedo asegurarle que sentí un gran alivio. Esta mañana, cuando me enteré de las noticias, lo único que pensé fue que quizá su cuerpo estuviera en ese armario y que me vería envuelto en el asunto.

Se dirigió a su esposa y añadió:

—Supongo que estoy metido hasta el cuello, pero juro que digo la verdad.

Victoria le tocó la mano y dijo:

—Es imposible que te impliquen en este asunto. No entiendo cómo pudo esa mujer tener el descaro de pensar que debían darle el papel principal de *Noches de Nebraska*.

Volviéndose hacia Emmy, comentó:

—El papel de Diane debería interpretarlo alguien de su edad.

—Se lo daré a ella —dijo Brian—, aunque todavía no he tenido ocasión



de decírselo.

Rooney cerró la libreta y anunció:

—Señor Rumson, tendrá que acompañarme a la central. Señorita Lakers, me gustaría que prestara declaración. Señor McCormack, tenemos que volver a hablar con usted y le recomiendo que pida un abogado.

—Un momento —dijo Alvirah, indignada—. Está claro que cree más en la palabra del señor Rumson que en la de Brian.

«Adiós a la producción de la obra, pero esto es más importante», pensó Alvirah.

—Ahora dirá que posiblemente Brian se marchó, después cambió de parecer y decidió volver para pedirle a Fiona que se fuera y acabó matándola. Le diré cómo creo que ocurrió todo. Rumson bajó y empezó a discutir con Fiona. La estranguló, pero fue lo bastante listo para llevarse el guión que ella le había enseñado.

—Es mentira —exclamó Rumson.

—No quiero oír una palabra más —ordenó Rooney—. Señorita Lakers, señor Rumson, señor McCormack, tengo un coche esperando abajo.

Cuando la puerta se cerró, Willy abrazó a Alvirah.

—Cariño, no voy a ir a la fiesta de Pete. No puedo dejarte. Parece que voy a desplomarte de un momento a otro.

Alvirah correspondió al abrazo y repuso:

—De eso nada. Lo he grabado todo. Tengo que repasar las cintas y lo haré mejor en soledad. Vete ya y que te diviertas.

—Sí, ya sé, no me lo digas. Si canto *Danny Boy* más de dos veces seguidas, me quedo a dormir en el otro piso.

Cuando Willy se hubo marchado, en el apartamento reinó un silencio absoluto. Alvirah decidió que un baño caliente en la bañera Jacuzzi le relajaría el cuerpo y le despejaría la mente.

Cuando terminó, para estar más cómoda se puso su camisón preferido y el albornoz a rayas de Willy. Colocó sobre la mesa del comedor la carísima grabadora que el jefe de redacción del *New York Globe* le había comprado, sacó el diminuto casete del broche con forma de sol, lo metió en la grabadora y pulsó el botón de reproducción. Puso un casete virgen en la parte posterior del broche y volvió a colocárselo en el albornoz por si se le ocurría pensar en

voz alta. Luego se sentó a escuchar las conversaciones mantenidas con Brian, el detective Rooney, Emmy y los Rumson.

¿Qué tenía Carleton Rumson que la importunaba de aquella manera? Una y otra vez Alvira repasó el primer encuentro con los Rumson. Aquella noche, el hombre se había mostrado bastante tranquilo, pero a la mañana siguiente, cuando volvieron a encontrarse, había cambiado de actitud hasta el punto de recordarle que quería leer en seguida la nueva obra. Recordó entonces que Brian le había comentado que Carleton Rumson era bastante inaccesible.

«Eso es. Porque ya sabía lo buena que era la obra. No podía reconocer que ya la había leído. Tengo que convencer de esto al detective Rooney», pensó.

Sonó el teléfono. Alvira dio un respingo y se apresuró a contestar. Era Emmy.

—Señora Meehan —le dijo con un hilo de voz—, todavía no han terminado de interrogar a Brian y al señor Rumson, pero sé que piensan que Brian es culpable.

—Acabo de descubrirlo todo —le anunció Alvira, con aire triunfal—. Cuando te encontraste a Carleton Rumson en el pasillo, ¿pudiste verlo bien?

—Bastante bien.

—Entonces pudiste ver que llevaba el guión, ¿no? Quiero decir, si no mintió cuando dijo que sólo bajó para mandar a paseo a Fiona, no se habría llevado el guión. Pero si hablaron del tema y lo leyó por encima antes de matarla, se lo habría llevado. Emmy, creo que he resuelto el caso.

La voz de Emmy fue apenas audible.

—Señora Meehan, juraría que Carleton Rumson no llevaba nada cuando lo vi. ¿Cree usted que el detective Rooney me lo preguntará? Si digo la verdad perjudicaré a Brian.

—Es preciso que digas la verdad —dijo Alvira con tristeza—. No te preocupes. Sigo dándole vueltas a esta historia.

Cuando colgó, volvió a encender la grabadora y reprodujo varias veces las conversaciones mantenidas con Brian. Él había comentado algo que no lograba recordar.

Finalmente, se puso en pie y decidió que no le vendría mal tomar el aire. «No es que pueda decirse que el aire de Nueva York sea fresco», pensó al

abrir la puerta de la terraza. Una vez fuera, posó la mano sobre la barandilla. «Si Willy me viera, le daría un ataque, pero no me asomaré. No sé, esto de contemplar el parque me tranquiliza. Creo que uno de los recuerdos más felices que tuvo mi madre fue el del día en que se paseó en trineo por el parque cuando tenía dieciséis años. Siempre hablaba de eso. Fue porque su amiga Beth lo había pedido como regalo de cumpleaños», reflexionó.

¡Beth! ¡Beth!

Ésa era la clave. Recordó que Brian le comentó que Fiona Winters quería el papel de Diane. Pero había rectificado de inmediato diciendo Beth. Willy le preguntó entonces quién era, y Brian contestó que era el nombre del personaje principal de su nueva obra, que lo había cambiado en la versión definitiva. Alviraah conectó el micrófono y carraspeó. Será mejor que lo grabe. Cuando escribiera la historia para el *Globe* le vendría bien contar con sus impresiones inmediatas.

—No fue Rumson quien mató a Fiona Winters —dijo convencida—. Fue su esposa, *Vicky no ve maldades*. Fue ella la que insistió a Rumson en que leyera la obra. Fue ella la que sugirió que Emmy debía interpretar a Diane. Y también ella ignoraba que Brian había cambiado el nombre a su personaje. Debió de escuchar la conversación telefónica que mantuvieron Fiona y su marido. Bajó cuando su marido esperaba la llamada de Europa. No quería que Fiona volviera a estar en contacto con Rumson, por eso la mató y se llevó el guión. Pero se trataba de un borrador, no de la versión definitiva.

—Es usted muy lista, señora Meehan —dijo una voz a sus espaldas.

Alviraah notó que unas manos fuertes la cogían por la cintura. Trató de volverse y advirtió que su cuerpo se apretaba contra el balcón y la barandilla. Se preguntó cómo habría entrado Victoria Rumson en su casa y al instante recordó que la llave de Brian no estaba sobre la mesa. Intentó abalanzarse con todas sus fuerzas sobre su atacante, pero recibió un golpe en el cuello que la dejó medio atontada, la hizo girar y caer con todo el peso sobre la barandilla. Oyó vagamente un crujido y la voz asustada de Willy que gritaba su nombre.

Willy no había permanecido en la fiesta ni siquiera para cantar *Danny Boy* una sola vez. Después de cenar, se tomó unas cervezas, dio la enhorabuena a Pete y se marchó, pues en el fondo, algo le decía que tenía que volver a casa. Al entrar en el apartamento y ver a las dos mujeres luchando junto a la

barandilla de la terraza, se quedó de piedra. Gritó el nombre de Alvira y atravesó la sala a toda prisa.

—Entra, cariño —le suplicó—, ven aquí.

Al instante se percató de lo que pretendía la otra mujer. Salió a la terraza y vio caer un trozo de pared que dejó un hueco junto a Alvira. Willy avanzó hacia ella y se desmayó.

\*\*\*\*\*

¡Beth! ¡Diane! Durante el trayecto en taxi desde la comisaría a Central Park South, Emmy estuvo sentada en el borde del asiento. Tuvo que esperar a que mecanografiaran su declaración; los nervios la consumían al pensar en lo que le podía pasar a Brian y recordó la cara que puso cuando le dijo a Victoria Rumson que iba a interpretar el papel principal de la obra. «Con tal de que a Brian no le pase nada, lo de ese papel no tiene importancia», pensó. Pero el personaje no se llamaba Diane. Brian le había cambiado el nombre. Ahora era Beth. Recordó entonces el comentario de Victoria Rumson: «Usted debería interpretar el papel de Diane». Eso hacía que todo encajara. Victoria Rumson, celosa de su marido... Victoria, a la que hacía unos años Fiona estuvo a punto de quitarle el marido.

Al llegar a esa conclusión, Emmy se puso en pie de un salto y salió corriendo de la comisaría. Tenía que hablar con Alvira antes que con la Policía. Oyó que un agente la llamaba, pero no hizo caso y paró un taxi.

Al llegar al edificio, corrió hacia el ascensor. Oyó a Willy gritar cuando avanzaba por el pasillo. Encontró la puerta abierta. Vio a Willy salir a la terraza y caer al suelo. Vio las siluetas de las dos mujeres y de inmediato supo lo que estaba pasando.

Emmy salió a la terraza a toda prisa. Alvira se encontraba frente a ella balanceándose en el vacío. Con la mano derecha se aferraba a la barandilla que seguía en su sitio. Victoria Rumson descargaba un sinfín de puñetazos sobre esa mano.

Emmy agarró a Victoria de los brazos y se los puso detrás de la espalda. El grito de rabia y dolor que lanzó Victoria se elevó por encima del estrépito

provocado por un trozo de pared al caer a la calle. Emmy la apartó de un empujón y logró sujetar a Alvirah por el lazo del albornoz. Alvirah se columpiaba en el borde de la terraza; las pantuflas se columpiaban hacia afuera. Su cuerpo se balanceó a treinta y cuatro pisos de altura. En un último esfuerzo, Emmy tiró de Alvirah hacia ella y las dos fueron a caer sobre Willy, que seguía desmayado en el suelo.

\*\*\*\*\*

Alvirah y Willy durmieron hasta mediodía. Cuando por fin despertaron, Willy insistió en que Alvirah se quedara en cama. Fue a la cocina y regresó al dormitorio un cuarto de hora más tarde con una jarra de zumo de naranja, una tetera y un plato de tostadas. Después de la segunda taza de té, Alvirah recuperó su acostumbrado optimismo.

—Oye, fue fantástico que el detective Rooney entrara como una tromba siguiendo a Emmy y pescara a Victoria Rumson cuando se disponía a huir. ¿Sabes qué pienso, Willy?

—Nunca sé lo que piensas, cariño —repuso Willy con un suspiro.

—Uno de los motivos por los que Carleton Rumson nunca pidió el divorcio es porque no quería dividir su fortuna. Con *Vicky no ve maldades* en la cárcel, no tendrá que preocuparse por eso. Y apuesto lo que quieras a que producirá la obra de Brian.

»Ah, Willy —concluyó—, quiero hablar con Brian para decirle que será mejor que se case con Emmy antes de que otro se la quite. Tengo el regalo de boda perfecto para ellos, un montón de muebles blancos.

Sonó el timbre. Willy se puso la bata con dificultad y salió del dormitorio. Al abrir la puerta, entraron Brian y Emmy. Willy echó una mirada a las caras radiantes y las manos entrelazadas y dijo:

—Espero que el blanco sea vuestro color preferido.

# LOTERÍA DE NAVIDAD

Si Wilma Bean no hubiera ido a Filadelfia a ver a su hermana Dorothy, aquello no habría ocurrido jamás. Sabiendo que a medianoche Wilma habría visto el sorteo en la televisión, Ernie habría salido corriendo de su trabajo como guardia de seguridad en las «Galerías Compre Usted Aquí», de Paramus, Nueva Jersey, para volver a casa y celebrarlo con ella. ¡Dos millones de dólares! Fue la cantidad que les tocó en el sorteo especial de Navidad.

Pero, como Wilma había ido a Filadelfia a visitar a su hermana Dorothy con motivo de las inminentes fiestas navideñas, Ernie se detuvo en «El Trébol Amigo» a tomar un par de copas y luego remató la velada en el «Bar Armonía», situado en Elmwood Park, a seis manzanas de su casa. Una vez allí, haciendo una alegre seña con la cabeza al propietario y tabernero, Ernie pidió el tercer *Seven and Seven*<sup>[1]</sup> de la noche, enroscó sus piernas regordetas de sesentón a las patas del taburete y, con aire soñador, se dedicó a pensar en las formas en que él y su mujer gastarían la fortuna recién adquirida.

Fue en aquel preciso instante cuando sus ojos de un azul descolorido se posaron en Loretta Thistlebottom, que se encontraba encaramada a un taburete del rincón y reclinada contra la pared, sosteniendo una jarra de cerveza en una mano y un «Marlboro» en la otra. Ernie encontraba a Loretta muy atractiva. Esa noche llevaba el brillante cabello rubio en una melena rizada como un paje; sus labios rosados complementaban el color verde de sus enormes ojos y su pecho generoso subía y bajaba a un ritmo sensual.

Ernie contempló a Loretta con cierta admiración impersonal. Era de dominio público que Jimbo Potters, el marido de Loretta Thistlebottom, un camionero corpulento, estaba sumamente orgulloso de que en su juventud Loretta hubiera sido bailarina y, además, tenía unos celos tremendos. Incluso

se comentaba que era muy capaz de zurrar a Loretta si se mostraba demasiado simpática con otros hombres.

Sin embargo, puesto que Lou el tabernero era primo de Jimbo, a éste no le importaba que Loretta fuera al bar las noches en que se encontraba de viaje. Al fin y al cabo, era un local del barrio. A él acudían muchas mujeres con sus maridos y como Loretta acostumbraba decir: «Jimbo no puede pretender que vea la tele sola en casa o vaya a las reuniones de Tupperware mientras él transporta cabezas de ajo o plátanos por la Autopista Uno. Como persona nacida en la rama de una conocida familia del espectáculo, necesito rodearme de gente».

Su carrera en el mundo del espectáculo solía ser el tema de conversación de Loretta y, con los años, tendía a aumentar en importancia. Era uno de los motivos por los que a pesar de que legalmente era la esposa de Jimbo Potters, Loretta seguía utilizando su apellido artístico, Thistlebottom.

Bajo la luz mortecina de la lámpara estilo Tiffany que pendía sobre la barra cubierta de señales, Ernie admiraba en silencio a Loretta y pensaba que aunque debía de andar por los cincuenta y tantos, conservaba la figura muy, pero que muy bien. Sin embargo, no estaba realmente concentrado en ella. El billete de lotería ganador que llevaba prendido con un alfiler a la camiseta le calentaba la zona del corazón. Era como llevar un fuego encendido. Dos millones de dólares. O sea, veinte años a cien mil dólares anuales menos impuestos. Cobrarían hasta bien entrado el siglo XXI. Para entonces, quizá pudieran hacer una visita turística a la Luna.

Ernie intentó imaginar la cara que pondría Wilma cuando se enterara. Dorothy, la hermana de Wilma, no tenía televisor y rara vez escuchaba la radio, de manera que Wilma no se habría enterado de que era rica. En cuanto lo supo por su radio portátil, Ernie sintió la tentación de correr al teléfono más próximo y llamar a Wilma, pero de inmediato decidió que no habría tenido gracia. Ernie sonreía feliz y la cara redonda se le arrugaba como un *crepé* al imaginar el regreso de Wilma, al día siguiente. Iría a recogerla a la estación de trenes de Newark. Ella le preguntaría si habían estado cerca del billete ganador. «¿Hemos acertado dos números? ¿Tres?». Él le diría que no habían sacado ni un solo número de la combinación ganadora. Cuando llegaran a casa, su mujer encontraría una media colgada de la repisa de la chimenea,

como acostumbraban a hacer los primeros años de casados. En aquella época, Wilma llevaba medias y portaligas. En la actualidad usaba *panties* talla extra grande, de modo que se vería obligada a meter la mano hasta llegar a la punta del pie para encontrar el billete. Él le diría: «Sigue buscando. Ya verás cuando encuentres la sorpresa». Se la imaginaba como si la estuviera viendo; se pondría a dar chillidos de alegría y le echaría los brazos al cuello.

Cuarenta años atrás, cuando se casaron, Wilma era una jovencita muy guapa. Conservaba una cara bonita y tenía el cabello rubio claro y rizado. No tenía el mismo tipo de actriz de Loretta, pero a él le gustaba así. En ocasiones se enfadaba con él porque de vez en cuando le gustaba empinar el codo en compañía de los muchachos pero, por lo demás, Wilma era una mujer de primera. Y vaya Navidades pasarían ese año. Tal vez la llevaría a la peletería de Fred para comprarle un abrigo de mutón o algo por el estilo.

Reflexionando acerca del placer que le reportaría semejante prueba de generosidad, Ernie pidió su cuarto *Seven and Seven*. De pronto se percató de que Loretta Thistlebottom se encontraba enfrascada en un extraño ritual. Una vez por minuto posaba en el cenicero el cigarrillo que tenía en la mano derecha y dejaba en la barra la jarra de cerveza que sostenía en la izquierda para rascarse vigorosamente la palma, los dedos y el dorso de la mano derecha con las largas y afiladas uñas de la izquierda. Ernie notó que tenía la mano inflamada, muy roja y cubierta de ampollitas de aspecto desagradable.

Era tarde y la gente comenzaba a marcharse. La pareja que estaba sentada junto a Ernie, y en ángulo recto con respecto a Loretta, abandonó el bar. Al sentir que Ernie la observaba, Loretta se encogió de hombros y dijo:

—Hiedra venenosa. ¿Te imaginas, hiedra venenosa en diciembre? La tonta de la hermana de Jimbo decidió que tenía maña para la jardinería y obligó al infeliz de su marido a que redujera la cocina para construir un invernadero. ¿Y adivina qué se le ocurre plantar? Hierbas y hiedra venenosa. Mira que se necesita talento...

Loretta se encogió de hombros, volvió a coger la jarra de cerveza, el cigarrillo y prosiguió:

—¿Qué tal estás, Ernie? ¿Alguna novedad en tu vida?

—No demasiadas —respondió Ernie, cauteloso.

Loretta lanzó un suspiro y dijo:



—Yo tampoco. Lo mismo de siempre. Jimbo y yo ahorramos para irnos de aquí el año que viene cuando él se jubile. Todo el mundo comenta que Fort Lauderdale es un sitio realmente estupendo. Jimbo lleva tantos años conduciendo camiones que le han salido almorranas. Me canso de repetirle que podría ayudarlo trabajando como camarera, que sacaría un montón de dinero, pero él no quiere que nadie me corteje.

Loretta se rascó la mano contra la barra y sacudió la cabeza.

—Imagínate, después de veinticinco años de casados, Jimbo sigue pensando que todos los hombres del mundo me desean. La verdad es que me gusta que sea así, pero llega un momento en que resulta incordiante.

Loretta lanzó un suspiro cargado de aburrimiento y añadió:

—Jimbo es el tipo más apasionado que he conocido en mi vida, lo que ya es decir mucho. Mi madre comentaba siempre que un buen revolcón es mucho mejor cuando entre el colchón y los muelles hay una cartera repleta de dinero.

—¿Tu madre comentaba eso?

La practicidad del comentario dejó perplejo a Ernie. Se puso a beber despacio su cuarto *Seven and Seven*.

—Era una mujer muy divertida que llamaba a las cosas por su nombre —repuso Loretta asintiendo con la cabeza—. ¡Al diablo con todo! Tal vez algún día me toque la lotería.

La tentación era demasiado grande. Ernie se deslizó por los dos taburetes vacíos tan veloz como se lo permitió su cuerpo bajo de forma.

—Lástima que no tengas la misma suerte que yo —le susurró.

De pronto, Lou el tabernero gritó: «Muchachos, va el último aviso». Ernie se dio unas palmaditas en el pecho «prodigioso», justo encima del corazón, y añadió:

—Como suelen decir, Loretta, la cruz te indica el sitio. En el sorteo especial de Navidad hubo dieciséis billetes ganadores. Y uno de éstos lo llevo prendido aquí, en la camiseta.

Ernie notó que la lengua se le reseca. Su voz se convirtió en un susurro furtivo.

—*Dos millones de dólares*. ¿Qué te parece?

Se llevó el dedo a los labios y guiñó un ojo.

Loretta soltó el cigarrillo y dejó que se quemara sobre la largamente

castigada superficie de la barra.

—*¡Estás de guasa!*

—No estoy de guasa. Nada de eso. —Ernie hacía verdaderos esfuerzos por hablar—. Wilma y yo jugamos siempre al mismo número, uno, nueve, cuatro, siete, cinco, dos. Mil novecientos cuarenta y siete porque fue el año en que acabé la escuela secundaria. Y el cincuenta y dos porque fue el año en que nació la pequeña Willie.

Su sonrisa triunfal dejó bien claro que no mentía.

—Lo más increíble de todo es que Wilma todavía no lo sabe. Ha ido a visitar a su hermana Dorothy y no regresará hasta mañana.

Ernie buscó con precipitación la billetera y pidió la cuenta. Lou se acercó y se lo quedó mirando mientras Ernie hacía equilibrios sobre el suelo que, de repente, parecía haber adquirido vida propia.

—Espera un momento, Ernie —le ordenó Lou—. Vas muy cargado. Te llevaré en coche en cuanto cierre. Tendrás que dejar el tuyo aquí.

Ofendido, Ernie se dirigió hacia la puerta. Lou insinuaba que estaba borracho. Qué cara más dura. Ernie abrió la puerta del lavabo de señoras y estaba ya metido en un retrete cuando se dio cuenta de su error.

Bajándose del taburete, Loretta anunció rápidamente:

—Lou, yo le llevaré. Vive a dos manzanas de mi casa.

Lou arrugó la frente y repuso:

—A Jimbo no le hará gracia.

—Pues no se lo digas.

Se quedaron mirando a Ernie mientras este salía con paso inseguro del lavabo de señoras.

—Por el amor de Dios, ¿acaso crees que va a propasarse conmigo? —le preguntó con sorna.

Lou tomó una decisión y dijo:

—Me estás haciendo un favor, Loretta. *Pero no se lo cuentes a Jimbo.*

Loretta soltó uno de sus gritos exagerados y le preguntó:

—¿Estás loco? ¡No iba a jugarme mis nuevas fundas dentales! ¡Hasta el año que viene no acabaremos de pagarlas!

Ernie oyó a sus espaldas un clamor de voces y risas. De pronto se encontró fatal. El dibujo moteado de las baldosas comenzó a bailar y ante sus ojos

empezó a girar un repugnante torbellino de puntos. Sintió que alguien lo cogía del brazo.

—Te llevaré a casa, Ernie.

Ernie reconoció la voz de Loretta a pesar del rugido que notaba en los oídos.

—Eres muy, amable, Loretta —masculló—. Se me ha ido la mano con la celebración.

Tuvo la vaga idea de que Lou le decía que tomara una copa de Navidad, que invitaba la casa, en el instante en que se disponía a ir a buscar el coche.

En el viejo «Bonneville Pontiac» de Loretta, apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. No cayó en la cuenta de que se encontraban en la avenida que conducía a su casa hasta que Loretta lo sacudió para que despertara.

—Dame la llave, Ernie. Te ayudaré a entrar.

Pasándole el brazo por los hombros lo ayudó a subir por el sendero. Ernie oyó el ruido de la llave en la cerradura y notó que sus pies lo conducían por la sala hasta llevarlo al final del corto pasillo.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es? —Ernie no podía mover la lengua.

—¿Cuál es tu dormitorio? —Inquirió Loretta con irritación—. Venga, Ernie, que no eres precisamente una pluma. Ah, olvídalo. Tiene que ser el otro. Éste está lleno de esas estatuas de pájaros que hace tu hija. Vaya, no te desharías de ellas ni regalándolas como promoción en un manicomio. Hay que estar loco para que te gusten.

Ernie sintió una oleada de resentimiento instintivo al oír el comentario negativo que Loretta hizo sobre su hija Wilma, la pequeña Willie como la llamaba él. La pequeña Willie tenía verdadero talento. Algún día llegaría a ser una escultora famosa. Había vivido en Nuevo México desde que abandonó sus estudios en 1968 y se mantenía trabajando por las noches como camarera en un «McDonald's». Durante el día hacía cerámica y esculpía aves.

Ernie notó que le daban la vuelta y lo empujaban hacia abajo. Se le doblaron las rodillas y oyó el chirrido familiar del colchón de muelles. Suspiró aliviado y al mismo tiempo que se estiraba quedó dormido.

\*\*\*\*\*

Wilma Bean y su hermana Dorothy habían pasado un día agradable. Siempre que fuera en pequeñas dosis, Wilma disfrutaba en compañía de su hermana Dorothy, que tenía sesenta y tres años y le llevaba cinco. El problema radicaba en que Dorothy era muy testaruda y se mostraba sumamente crítica con Ernie y la pequeña Willie, y a Wilma no le hacía mucha gracia. Pero sentía lástima de su hermana. El marido de Dorothy la había abandonado hacía diez años para darse la gran vida con su segunda esposa, una instructora de karate. Dorothy no se llevaba bien con su nuera. Seguía trabajando medio día como cobradora de una compañía de seguros, y, como le decía a menudo a Wilma: «a mí no me cuelan una sola reclamación falsa».

A la gente le costaba creer que fueran hermanas. Tal como Ernie la describía, Dorothy era como un número once, toda espigada hacia arriba y luego hacia abajo; llevaba el pelo fino y grisáceo recogido en un moño apretado sobre la nuca. Ernie solía decir que debían haberle dado el papel de Carrie Nation, porque habría estado soberbia con un hacha en la mano. Wilma era consciente de que Dorothy seguía sintiendo celos de ella porque era la más guapa y, aunque había engordado, su cara apenas tenía arrugas y parecía la de siempre. No obstante, Wilma sostenía que los lazos de sangre pueden más que la distancia y que pasar un fin de semana en Filadelfia cada cuatro meses, sobre todo cuando faltaba poco para Navidades, resultaba agradable.

La tarde en que se celebró el sorteo de la lotería, Dorothy recogió a Wilma en la estación de tren. Almorzaron tarde en un «Burger King» y luego pasearon en coche por el barrio donde se había criado Grace Kelly. Las dos habían sido fieles admiradoras de la actriz. Después de aclarar que estaban de acuerdo en que el príncipe Alberto debía casarse, que la princesa Carolina había sentido la cabeza y estaba haciendo un buen papel, y que a la princesa Estefanía había que encerrarla en un convento para que allí la hicieran entrar en vereda, fueron a ver una película y después se dirigieron al apartamento de Dorothy. Había preparado un pollo y durante la cena aprovecharon para cotillear.

Dorothy se quejó de que su nuera no tenía idea de cómo criar a un hijo y

que era demasiado cabezota para aceptar la más bienintencionada de las sugerencias.

—Al menos tú ya tienes nietos —comentó Wilma suspirando—. La pequeña Willie no da señales de querer casarse. Está entregada en cuerpo y alma a su carrera de escultora.

—¿Qué carrera de escultora? —espetó Dorothy.

—Si pudiéramos pagarle un buen profesor —suspiró Wilma pasando por alto la pregunta de su hermana.

—Ernie no debería animar a Willie —comentó Dorothy, brutal—. Dile que no arme tanto alboroto por esos trastos que os envía. Tu casa parece la pajarera de un demente. ¿Qué tal está Ernie? Espero que lo mantengas alejado de los bares. Recuerda bien lo que te digo. Tiene todos los números para convertirse en alcohólico. No hay más que ver los capilares rotos de su nariz.

Wilma recordó las inmensas cajas con regalos de Navidad que les había enviado días atrás la pequeña Willie. Llevaban unas etiquetas con la inscripción *No abrir hasta Navidades* y llegaron acompañadas de una nota. «Mamá, espera a ver éstas. Ahora me dedico a los pavos reales y a los loros». Wilma recordó también la fiesta navideña para el personal de las «Galerías Compre Usted Aquí» celebrada noches atrás; Ernie se había emborrachado y le había pellizcado el trasero a una de las camareras.

Wilma sabía que Dorothy tenía razón cuando le comentaba que a Ernie le gustaba empinar el codo, pero aun así, le molestaba que lo dijera.

—Aunque sea cierto que Ernie se pone tonto cuando ha bebido una copa de más, en lo de la pequeña Willie te equivocas por completo. La chica tiene verdadero talento y cuando me toque el gordo, la ayudaré a probarlo.

Dorothy se sirvió otra taza de té.

—Supongo que seguirás gastando dinero en billetes de lotería.

—Claro que sí —repuso Wilma alegremente pugnando por contener su buen humor—. Esta noche es el sorteo especial de Navidad. Si estuviera en casa, me verías pegada al televisor y rezando.

—¡La combinación de números que jugáis es ridícula! Uno, nueve, cuatro, siete, cinco, dos. Comprendo que utilices el año en que nació tu hija, ¿pero el año en que Ernie terminó la escuela secundaria? Qué ridiculez.

Wilma nunca le había contado que Ernie había tardado seis años en acabar

sus estudios secundarios y que su familia lo celebró con una fiesta a la que invitaron a todo el vecindario. «La mejor fiesta de mi vida —decía él frecuentemente con el rostro iluminado al recordarlo—. Hasta vino el alcalde».

De todas maneras, a Wilma le gustaba la combinación de números. Estaba absolutamente convencida de que algún día ganarían mucho dinero. Después de dar las buenas noches a su hermana, y jadeando por el esfuerzo de hacerse la cama en el sofá donde dormía cuando la visitaba, pensó que, con los años, Dorothy se volvía cada vez más avinagrada. Además, hablaba sin parar, no le extrañaba que su nuera la tachara de «pelma insoportable».

Al día siguiente a mediodía, Wilma bajó del tren en la estación de Newark, donde Ernie debía ir a recogerla. Cuando se dirigía al punto de encuentro en la entrada principal de la estación, se asustó de encontrar allí a Ben Gump, el vecino.

Corrió hacia Ben con el cuerpo tenso de miedo.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Dónde está Ernie?

El fino rostro de Ben se iluminó con una sonrisa reconfortante.

—Tranquila, Wilma, todo está en orden. Ernie se levantó con un poco de catarro o algo así. Me pidió que viniera a recogerte. Mira, no tengo nada que hacer más que ver cómo crece la hierba.

Ben lanzó una sonora carcajada después de pronunciar la ingeniosa frase que desde su jubilación se había convertido en la más habitual.

—Un catarro —repitió Wilma, burlona—. Le voy a dar yo catarro.

Ernie era un hombre razonablemente discreto y Wilma no encontraba el momento de volver tranquilamente a casa. Consciente de que iba a perder a su audiencia cautiva, esa mañana, durante el desayuno, Dorothy se había dedicado a verter una cascada de ácidos comentarios que a Wilma le provocaron dolor de cabeza.

Ben conducía a paso de caracol y no paraba de contar historias; para alejarse de aquella monotonía, Wilma se puso a pensar en lo agradable y emocionante que sería llegar a casa y consultar el periódico para cotejar los resultados de la lotería. 1-9-4-7-5-2. 1-9-4-7-5-2, repitió en su interior. Era una tontería. El sorteo ya había pasado, pero aun así, tenía una corazonada. Claro que Ernie la habría llamado si se hubieran acercado al número, aunque

hubieran acertado tres o cuatro de los seis números, le habría hecho saber que su suerte comenzaba a cambiar.

Advirtió que el coche no estaba aparcado en la entrada y de inmediato adivinó el porqué. Seguramente estaría aparcado delante del «Bar Armonía». En la puerta logró deshacerse de Ben Gump; le agradeció con entusiasmo el haberla recogido, pero no le prestó atención alguna cuando comentó que le apetecía una taza de café. Wilma entró y fue directamente al dormitorio. Tal como esperaba, encontró a Ernie metido en la cama. Estaba tapado hasta la punta de la nariz. Con sólo un vistazo supo que tenía una resaca monumental.

—Cuando el gato no está, los ratones bailan —comentó, con un suspiro—. Espero que sientas la cabeza como una piedra del tamaño de un globo.

Era tal su enfado que tiró el pelícano de metro veinte de altura, regalo de la pequeña Willie para el Día de Acción de Gracias, colocado en una mesa que había antes de entrar en el dormitorio. Cayó al suelo en medio de un gran estrépito arrastrando el florero de cerámica, una obra anterior de la pequeña Willie, y el arreglo de clavellinas y flores de pascua que Wilma había preparado laboriosamente para Navidad.

Recoger el florero roto, volver a ordenar las flores y colocar en la mesa el pelícano, al que le faltaba un trozo de ala, colocó a Wilma al borde de la histeria.

Pero con sólo pensar en el momento mágico en que sabría lo cerca que estuvieron de ganar la lotería, de descubrir quizá que en esa ocasión habrían fallado por poco, le devolvió su buen humor habitual. Se preparó una taza de café y una tostada de canela antes de sentarse a la mesa de la cocina y abrir el periódico.

*Dieciséis afortunados ganadores comparten treinta y dos millones de dólares*, rezaba el titular.

Dieciséis afortunados ganadores. Ay, quién pudiera ser uno de ellos. Wilma puso la mano sobre la combinación ganadora y la fue retirando poco a poco, para leer los números dígito por dígito. De ese modo era más divertido.

Uno, nueve, cuatro, siete, cinco...

Contuvo el aliento. Sintió que la cabeza le latía. ¿Era posible? Con el alma en vilo, apartó la mano y el último número quedó a la vista.

Dos.

El grito que lanzó y el ruido que hizo la silla al caer al suelo hicieron que Ernie se sentara de golpe en la cama. Había llegado el día del juicio final.

Wilma corrió al dormitorio con el rostro transfigurado.

—Ernie, ¿por qué no me lo has dicho? ¡*Tenemos el billete!*

Ernie agachó la cabeza y con un susurro apenas audible contestó:

—Lo he perdido.

\*\*\*\*\*

Loretta sabía que tarde o temprano aquello se produciría. Aun así, al ver a Wilma Bean avanzar por el sendero de cemento cubierto de nieve, seguida por un apático y abatido Ernie, sintió auténtico miedo. «Olvídalo —se dijo Loretta—. No tienen dónde agarrarse». Interiormente se repetía que había borrado las huellas por completo; entretanto, Wilma y Ernie subían los escalones que llevaban al porche entre dos arbustos que Loretta había adornado con decenas de luces navideñas. Había ensayado la historia. Había llevado a Ernie hasta la puerta de su casa. Quienes sabían lo celoso que era el grandullón de Jimbo entenderían el hecho de que Loretta no entrara en casa de otro hombre en ausencia de su mujer.

Cuando Wilma le preguntara por el billete, Loretta respondería: «¿Qué billete?» Ernie no le había comentado nada sobre ningún billete. Además, no estaba en condiciones de decir nada sensato. Pregúntale a Lou. Después de un par de copas, Ernie llevaba una cogorza que no se aguantaba. Seguramente antes se habría detenido en algún otro bar.

¿Había comprado Loretta un billete de lotería para el sorteo especial de Navidad? Claro que sí. ¿Quieres verlos? Todas las semanas, cuando se acordaba, compraba unos cuantos. Nunca en el mismo sitio. A veces en la tienda de licores, otras en la librería. Por probar suerte. Y siempre números que se le ocurrían de repente.

Loretta se rascó la mano derecha con furia. Maldita erupción... Había ocultado el billete ganador con el número 1-9-4-7-5-2 en el azucarero de su mejor vajilla. Se disponía de un año para cobrar los premios. Justo antes de que pasara el plazo encontraría el billete «por casualidad». No importaba que



Wilma y Ernie se desgañitaran diciendo que les pertenecía...

Sonó el timbre. Loretta se dio unas palmaditas en el cabello dorado brillante, peinado con desenfado, se enderezó las hombreras del jersey de relucientes lentejuelas y a toda prisa se dirigió al pequeño vestíbulo. Al abrir la puerta esbozó una sonrisa de oreja a oreja, sin reparar en que sonreír demasiado no sentaba bien a su cutis. La cara empezaba a llenársele de arrugas, un problema genético de familia. Andaba siempre muy preocupada porque a los sesenta, su madre tenía la cara como si hubiese pasado nueve días bajo la lluvia.

—¡Wilma, Ernie, qué sorpresa tan agradable! —exclamó—. Pasad, pasad.

Loretta decidió ignorar el hecho de que ni Wilma ni Ernie devolvieron el saludo, que ninguno de los dos se molestó en quitar la nieve de sus zapatos en el felpudo del vestíbulo que invitaba específicamente a hacerlo y que sus rostros no lucían sonrisas navideñas, acordes con el recibimiento que acababa de dispensarles.

Wilma no aceptó sentarse cuando la invitó a hacerlo, ni tampoco la taza de té ni el Bloody Mary<sup>[2]</sup>. Planteó el problema con toda claridad. Ernie tenía un billete de lotería premiado con dos millones de dólares. Se lo había comentado a Loretta en el «Bar Armonía». Loretta lo había acompañado a casa desde el «Armonía» y lo había llevado a su dormitorio. Cuando Ernie se quedó dormido, el billete desapareció.

En 1945, antes de convertirse en bailarina profesional, Loretta había estudiado arte dramático en la Escuela Sonny Tufts para actores. Echando mano de aquella experiencia de años atrás, convincente y sincera, interpretó ante Wilma y Ernie el papel ensayado. Ernie jamás le había dicho nada sobre el billete ganador. Ella se limitó a llevarlo a casa para hacerle un favor a él y a Lou. Lou no podía dejar el bar, además, era tan pequeñajo que habría sido incapaz de quitarle a Ernie las llaves del coche.

—Menos mal que me dejaste conducir —dijo Loretta, indignada, dirigiéndose a Ernie—. Arriesgué la vida al dejar que roncaras todo el trayecto de regreso en mi coche.

Se volvió hacia Wilma y de mujer a mujer le recordó:

—Ya sabes lo celoso que es Jimbo. Será tonto, el hombre. Ni que tuviera dieciséis años. Ni loca entro yo en tu casa, Wilma, a menos que estés tú

presente. Ernie se emborrachó muy de prisa en el «Armonía». Pregúntaselo a Lou. ¿No te detuviste antes en algún otro sitio y le hablaste a alguien del billete?

Loretta se felicitó al notar la duda y la confusión reflejada en sus rostros. Pocos minutos más tarde se marcharon.

—Espero que lo encontréis. Rezaré por vosotros —prometió piadosamente.

Se negó a estrecharles la mano y le explicó a Wilma que la tonta de su cuñada había plantado hiedra venenosa en su invernadero.

—Venid a tomar una copa con Jimbo y conmigo antes de Navidad —los invitó—. Volverá a las cuatro de la tarde del día de Nochebuena.

\*\*\*\*\*

Una vez en casa, sentada sombriamente delante de una taza de té, Wilma dijo:

—Miente. Sé que miente, ¿pero quién podría probarlo? Ya se han presentado quince ganadores. Falta uno y tiene un año para reclamar el premio.

Unas lágrimas imperceptibles de frustración le bajaron por las mejillas.

—Le contará a todo el mundo que acostumbra comprar un billete de vez en cuando en distintos lugares. Se pasará las próximas cincuenta y una semanas diciéndoselo a todo el mundo y entonces, ¡eureka!, encontrará el billete que no recordaba tener.

Sumido en un abatido silencio, Ernie contemplaba a su mujer. Ver llorar a Wilma era un espectáculo insólito. Se le enrojeció la cara y la nariz le empezó a moquear; Ernie le dio su pañuelo rojo. Con un brusco ademán tiró un colibrí de cerámica que había en el estante situado a sus espaldas. El pico del colibrí se hizo añicos sobre las baldosas del comedor, lo cual provocó en Wilma un nuevo gemido de pena.

—Mi gran esperanza era que la pequeña Willie pudiera dejar de trabajar por las noches en el «McDonald's» para dedicarse únicamente a estudiar y a esculpir sus pájaros —dijo Wilma entre sollozo y sollozo—. Y ya ves, mi

gozo en un pozo.

Para estar completamente seguros, fueron al «Trébol Amigo», cerca de las galerías «Compre Usted Aquí» de Paramus. El tabernero de la tarde les confirmó que Ernie había estado allí la noche anterior alrededor de las doce, se había tomado dos o tres copas, pero no había dicho ni pío a nadie.

—Se limitó a permanecer ahí sentado sonriendo como el gato que se zampó al canario.

Después de la cena en la que ninguno de los dos probó bocado, Wilma revisó con cuidado la camiseta de Ernie, que aún conservaba el imperdible.

—Ni siquiera se molestó en abrir el imperdible —dijo Wilma con amargura—. Metió la mano y lo arrancó.

—¿Podemos demandarla? —sugirió Ernie para tantear el terreno.

A medida que transcurría el tiempo se daba cuenta de la enormidad de su estupidez. ¡Mira que emborracharse e ir a contárselo todo a Loretta!

Demasiado cansada para contestarle, Wilma abrió la maleta que todavía no había deshecho y buscó el camisón de franela.

—Nos queda el recurso de demandarla —repuso con tono sarcástico—, por tener una mente ágil cuando trata con un borracho. Apaga la luz, duérmete y deja de rascarte de una maldita vez. Me estás volviendo loca.

Ernie se rascaba el pecho en la zona cercana al corazón.

—Es que me pica —objetó.

Al cerrar los ojos, Wilma estaba tan cansada que se durmió en seguida, pero soñó con billetes de lotería que flotaban en el aire como copos de nieve. De vez en cuando la despertaban los movimientos agitados de Ernie, quien acostumbraba a dormir como un oso en estado de hibernación.

El día de Nochebuena amaneció gris y apagado. Wilma caminaba por la casa desganadamente cumpliendo con el ritual de colocar regalos debajo del árbol. Las dos cajas de la pequeña Willie... Si no hubieran perdido el billete premiado, podrían haberla invitado a pasar las Navidades. Tal vez no hubiera aceptado. La pequeña Willie consideraba el ambiente suburbano de clase media como una trampa. En ese caso, Ernie podría haber dejado su empleo y habrían ido a verla a Arizona. Además, Wilma se habría comprado el televisor de cuarenta pulgadas que tanto la impresionara la semana anterior en el «Trader Horn's». «Imagina lo que sería ver a J. R. en una pantalla de cuarenta

pulgadas», pensó.

En fin. A lo hecho, pecho. La cosa no tenía remedio. Ernie le había contado que de no haber perdido el billete, lo habría metido en sus *panties* colgados de la repisa de la falsa chimenea. Wilma trató de no imaginar la alegría que le habría dado encontrar el billete allí dentro.

No fue amable con Ernie, que seguía con resaca y telefoneó al trabajo para avisar que faltaría por segundo día consecutivo. Le dijo exactamente dónde podía meterse la jaqueca...

A media tarde, Ernie entró en el dormitorio y cerró la puerta. Al cabo de un rato, Wilma se alarmó y entró también. Se lo encontró sentado en el borde de la cama, se había quitado la camisa y se rascaba el pecho lastimeramente.

—Estoy bien —dijo con una expresión de avergonzado, que parecía instalada para siempre en el rostro—. Pero tengo unos picores insoportables.

Algo aliviada de que Ernie no hubiera encontrado el modo de suicidarse, Wilma le preguntó irritada:

—¿Por qué diablos tienes tantos picores? Todavía no ha llegado la época de tus alergias. Bastante tengo con oírte hablar de ellas todo el verano.

Examinó de cerca la piel inflamada.

—Por el amor de Dios, pero si es una erupción provocada por hiedra venenosa. ¿Dónde diablos has cogido eso?

*Hiedra venenosa.*

Se miraron fijamente.

Wilma cogió la camiseta de Ernie de lo alto del tocador. La había dejado allí, con el imperdible todavía puesto; de él colgaba un trocito de billete, testigo silencioso y hostil de la estupidez de su marido.

—Póntela —le ordenó.

—Pero...

—¡Qué te la pongas!

De inmediato se dieron cuenta de que la erupción provocada por la hiedra estaba centrada en el sitio exacto en el que había ocultado el billete.

—Será mentirosa la bailarina esa. —Wilma hizo una mueca y enderezó los hombros—. Dijo que Jimbo regresaría a eso de las cuatro, ¿no?

—Creo que sí.

—Bien. No hay nada como un comité de bienvenida.

A las tres y media aparcaron delante de la casa de Loretta. Tal como esperaban, el camión articulado de dieciséis ruedas de Jimbo todavía no había llegado.

—Nos quedaremos aquí sentados un rato, así pondremos nerviosa a esa desgraciada —sentenció Wilma.

Notaron que las persianas de la casa de Loretta se agitaban erráticamente. A las cuatro menos tres minutos, Ernie señaló nerviosamente con la mano y dijo:

—Mira, en el semáforo. El camión de Jimbo.

—Vamos —le ordenó Wilma.

Loretta abrió la puerta con otra de sus sonrisas de oreja a oreja. Con sombría satisfacción, Wilma comprobó que era una sonrisa extremadamente tensa.

—Ernie. Wilma. Qué bien. ¿Habéis venido a tomar una copa para celebrar las fiestas?

—Ya la tomaré más tarde —le contestó Wilma—. Y será para celebrar la recuperación de nuestro billete. ¿Qué tal tienes la erupción de hiedra venenosa, Loretta?

—Se me está pasando. No me gusta tu tono de voz, Wilma.

—Es una verdadera pena.

Wilma pasó junto al sofá tapizado en cuadros rojos y negros, se dirigió a la ventana y abrió la persiana.

—Vaya, ¿qué te parece? Aquí viene Jimbo. Imagino que los dos tórtolos estarán deseando estrecharse entre sus brazos. Se pondrá furioso cuando le diga que voy a demandarte por andar tonteando con mi marido.

—¿Que yo qué?

El tono morado con el que Loretta se había pintado cuidadosamente los labios se tornó más oscuro cuando la cara le palideció de golpe.

—Ya me has oído. Y tengo pruebas. Ernie, quítate la camisa. Enséñale la erupción a esta ladrona de maridos.

—Erupción —gimió Loretta.

—Por hiedra venenosa, igual que tú. Le empezó en el pecho cuando le metiste la mano debajo de la camiseta para quitarle el billete. Vamos, niégalo. Dile a Jimbo que no sabes nada del billete, que Ernie y tú sólo pretendíais

engañarnos un poco.

—Es mentira. ¡Fuera de aquí! Ernie, no te desabroches la camisa.

Desesperada, Loretta le agarró las manos a Ernie.

—Cielos, qué corpulento es Jimbo —dijo Wilma con tono de admiración cuando lo vio bajar del camión. Le hizo señas—. Un hombre realmente fuerte.

Se dio media vuelta y ordenó a su marido:

—Ernie, quítate también los pantalones.

Wilma dejó caer la persiana y se dirigió de prisa hacia Loretta.

—La erupción le llega hasta *ahí* —le susurró.

—Dios mío. Es mi fin. Es mi fin. ¡No te quites los pantalones!

Loretta salió corriendo hacia el diminuto comedor, abrió el estante donde guardaba los restos de la vajilla de su madre. Con manos temblorosas buscó el azucarero. Se le cayó al suelo y se hizo añicos. Luego cogió el billete de lotería. Jimbo giraba la llave en la cerradura mientras ella le entregaba apresuradamente el billete a Wilma.

—Marchaos. Y no digáis nada.

Wilma se sentó en el sofá de cuadros rojos y negros.

—Se extrañaría mucho si nos viera salir corriendo. Ernie y yo aceptaremos la copa que nos ofreciste para celebrar las fiestas.

\*\*\*\*\*

En las casas de su manzana habían colocado muñecos de Papá Noel en los tejados, ángeles en los jardines y guirnaldas de luces en las ventanas. Llegaron a casa con una sonrisa pacífica. Wilma se dio cuenta entonces de lo bonito que estaba el barrio. Cuando entraron entregó el billete a Ernie y le dijo:

—Mételo en mi media como pensabas hacer.

Entró mansamente en el dormitorio, eligió los *panties* preferidos de su mujer: los blancos con brillantitos. Wilma buscó en el cajón de su marido y sacó uno de sus calcetines de rombos, algo gastados, porque no era muy buena tejedora, pero aun así eran los mejores. Cuando estaban clavando con chinchetas las medias y el calcetín en la repisa de la falsa chimenea, Ernie le dijo con un débil murmullo:

—Wilma, no tengo una erupción ahí abajo.

—Ya sé que no, pero el truco surtió efecto. Anda, pon el billete en mis medias que yo pondré tu regalo en el calcetín.

—¿Me has comprado un regalo? ¿Después de todo el lío que he montado? Oh, Wilma.

—No, no te lo he comprado. Lo he sacado del botiquín y le he puesto un lazo.

Con una sonrisa feliz, Wilma dejó caer el frasco de Talquistina en el calcetín de rombos de Ernie.

## FONTANERÍA PARA WILLY

Si Alvira Meehan hubiera podido echar un vistazo en una bola de cristal y contemplar los acontecimientos de los diez días siguientes, habría cogido a Willy de la mano y habría salido corriendo de la sala verde. Pero se quedó sentada charlando con los demás invitados del programa de Phil Donahue. El tema del día no eran las orgías sexuales ni los esposos maltratados, sino la gente que había arruinado su vida después de ganar mucho dinero en la lotería.

El programa de Donahue se había puesto en contacto con el grupo de apoyo a los ganadores de lotería y habían elegido a los invitados que representaban los casos más graves. La entrevistadora les comentó a Alvira y Willy que ellos harían de contrapunto a los demás. «Cualquiera sabe a qué se referirá», le dijo Alvira a Willy al finalizar la entrevista inicial.

Especialmente para el programa, Alvira se había teñido el cabello en un tono fresa que le suavizaba los rasgos. Por la mañana, Willy le había dicho que tenía el mismo aspecto que cuando se conocieron en el baile de los Caballeros de Colón, hacía más de cuarenta años. La baronesa Min von Schreiber había viajado expresamente a Nueva York desde el balneario de Cypress Point en Pebble Beach, para elegir el traje que Alvira luciría en el programa.

—Acuérdate de comentar que lo primero que hiciste cuando ganaste la lotería fue venir al balneario —le advirtió a Alvira—. Con esta maldita crisis, el negocio está medio parado.

Alvira vestía un traje de seda azul claro, una blusa blanca y su inconfundible broche en forma de sol. Deseó haber adelgazado los diez kilos acumulados en el viaje que habían hecho a España en el mes de agosto, pero a pesar de eso, Alvira sabía que tenía buen aspecto. Según ella, muy bueno.



Con su mandíbula ligeramente prominente y su corpachón, no se hacía ilusiones de que la llamaran para participar en el concurso de belleza para señoras maduras.

Participaban también otros dos grupos de invitados; tres trabajadores de una fábrica de *panties* que seis años antes habían compartido un premio de diez millones de dólares. Se habían sentido tan afortunados que decidieron comprar caballos de carreras y lo perdieron todo. Los cheques que les quedaban por cobrar les servirían para pagar a los Bancos y al Tío Sam. Los otros ganadores, una pareja que había conseguido dieciséis millones de dólares, compraron un hotel en Vermont y tenían que trabajar como bestias siete días a la semana para tratar de cubrir gastos. Las pocas ganancias que sacaban las invertían en poner anuncios clasificados para tratar de deshacerse del hotel.

Una ayudante entró para conducirles al estudio.

Alvirah se había acostumbrado a salir en televisión. Había aprendido a sentarse de lado para parecer más delgada. No llevaba joyas voluminosas que pudieran rozar el micrófono. Hablaba con frases cortas.

Willy, por su parte, jamás se acostumbraría a la presencia del público. A pesar de que Alvirah le aseguraba siempre que era un hombre muy apuesto y que la gente lo confundía con Tip O'Neil, se sentía más feliz con una llave inglesa en la mano arreglando una tubería perforada. Willy era fontanero nato.

Donahue comenzó el programa con su voz jovial e incrédula.

—¿Les parece a ustedes posible que después de ganar millones de dólares en la lotería sea necesario recurrir a un grupo de apoyo? ¿Les parece posible que una persona esté en bancarrota a pesar de recibir cada mes unos sustanciosos cheques?

—¡No! —gritó obediente el público del estudio.

Alvirah se acordó de esconder la barriga, luego cogió a Willy de la mano y los dos entrelazaron los dedos. No quería que pareciera nervioso cuando saliera en pantalla. Los estarían viendo muchos familiares y amigos. Cordelia, la monja, hermana mayor de Willy, había invitado al convento a un montón de religiosas jubiladas para que vieran el programa.

Tres hombres que veían el programa con ávido interés no se encontraban entre los televidentes habituales de Donahue. Sammy, Clarence y Tony

acababan de salir de una prisión de máxima seguridad cerca de Albany, donde habían estado alojados durante doce años como invitados del Estado por su participación en el atraco a mano armada a un camión de la empresa «Brink's». Por desgracia para ellos nunca llegaron a gastar los seiscientos mil dólares del botín. Al coche en el que huyeron le había explotado un neumático a una manzana de la escena del delito.

Después de pagar su deuda con la sociedad, buscaban una nueva forma de enriquecerse. A Clarence se le había ocurrido la idea de secuestrar al pariente de un agraciado ganador de lotería. Por eso estaban viendo el programa de Donahue en su miserable cuartucho del destartado hotel «Lincoln Arms», situado en la esquina de la Novena Avenida con la Calle 40. Tony tenía treinta y cinco años, diez menos que sus compañeros. Al igual que su hermano Sammy, tenía el pecho portentoso y brazos fuertes. Sus ojos se escondían bajo los pliegues carnosos de sus párpados caídos. Llevaba desaliñada la abundante cabellera negra. Obedecía ciegamente a su hermano y éste obedecía a Clarence.

Clarence era completamente diferente de los otros dos. Bajito, delgado, con la voz suave, despedía un aura de frialdad. Inspiraba un miedo instintivo en la gente, y con razón. Clarence había nacido sin conciencia, y del registro de homicidios sin resolver habrían desaparecido unos cuantos si en la época que pasó en la cárcel se hubiera dedicado a hablar en sueños.

Sammy nunca había querido reconocer ante Clarence que el día antes del atraco a la empresa «Brink's», Tony había estado conduciendo como un loco el coche que utilizarían en la huida y que había pasado por una calle llena de cristales. Tony no habría vivido lo suficiente como para expresar su arrepentimiento de no haber revisado los neumáticos.

Uno de los ganadores de la lotería que había invertido en caballos de carreras se quejaba:

—En el mundo no había dinero suficiente para alimentar a esos jamelgos.

Sus compañeros asintieron vigorosamente.

—Esos infelices no saben sumar dos más tres —comentó Sammy con sorna y apagó el televisor.

—¡Eh!, espera un momento —espetó Clarence.

En ese instante hablaba Alvirah.

—No estábamos acostumbrados al dinero. Llevábamos una vida normal. Teníamos un piso de tres habitaciones en Flushing que seguimos manteniendo por si el Estado quiebra y nos dice que dejan de pagarnos los cheques. Yo antes me dedicaba a hacer limpiezas y Willy era fontanero, así que teníamos que ir con cuidado.

—Los fontaneros ganan una fortuna —protestó Donahue.

—Pero Willy no —repuso Alvirah esbozando una sonrisa—. Se pasaba la mitad del tiempo haciendo arreglos gratuitos en rectorías y conventos y para gente pobre. Ya sabe cómo son estas cosas. Sale muy caro mantener en buen funcionamiento fregaderos, retretes y bañeras, y Willy creía que de ese modo le facilitaba la vida a la gente. Y todavía continúa.

—Pero seguramente se habrán divertido con el dinero —sugirió Donahue—. Se la ve a usted muy bien arreglada.

Alvirah recordó que tenía que mencionar el balneario de Cypress Point y respondió que sí, que se divertían, que se habían comprado un apartamento en Central Park South. Que viajaban mucho. Que hacían donaciones. Que escribía artículos para el *New York Globe* y que, además, había tenido la suerte de resolver algunos crímenes. Siempre había deseado ser detective.

—No obstante —concluyó, tajante—, en los cinco años que han pasado desde que ganamos la lotería hemos ahorrado la mitad de cada cheque que cobramos. Tenemos todo el dinero en el Banco.

Clarence, seguido de Sammy y Tony, se unieron al sonoro aplauso en que irrumpió el público del estudio. Clarence esbozó entonces una leve sonrisa desprovista de alegría.

—Dos millones de dólares al año. Calculando que casi la mitad se va en impuestos, les queda algo más de un millón al año, y ahorran la mitad de esa cifra. Han de tener más de dos millones en el Banco. Con eso podremos arreglarnos una temporada.

—¿La raptamos? —inquirió Tony señalando la pantalla.

Clarence lo dejó tieso con una sola mirada.

—No, imbécil. Míralos bien. ¿No ves que él se agarra a la mujer como si fuera un salvavidas? Se hundiría e iría corriendo a la Policía. Secuestraremos al tipo. Ella es de las que seguirá nuestras órdenes y pagará el rescate con tal de recuperar a su marido. —Echó un vistazo a su alrededor y concluyó—:

Espero que a Willy le guste estar con nosotros.

Tony frunció el ceño.

—Tendremos que venderle los ojos. No quiero que me señale en una sesión de reconocimiento.

Sammy lanzó un suspiro y dijo:

—No te preocupes por eso, Tony. En cuanto consigamos la pasta, Willy Meehan arreglará escapes de agua en el fondo del río Hudson.

\*\*\*\*\*

Dos semanas más tarde, Alvira estaba en Louis Vincent, el salón de belleza que había en la misma manzana de su apartamento de Central Park South.

—Desde que salí en el programa, recibo un montón de cartas —le contaba a Vincent—. ¿Sabías que hasta me ha llegado una del Presidente? Nos felicitó por la forma tan acertada en que manejamos nuestras finanzas. Según él somos un perfecto ejemplo de prosperidad planificada. Ojalá nos invitara a una cena en la Casa Blanca. Siempre he querido asistir a una. Bueno, tal vez algún día.

—Tú asegúrate de que sea yo quien te peine —le advirtió Vincent dando los últimos toques al peinado de Alvira—. ¿Te vas a hacer las manos?

Más tarde, Alvira supo que debía haber seguido la extraña corazonada que le dictaba volver a su apartamento. Debía haber llegado antes de que Willy se precipitara a subir en el coche con aquellos hombres.

Media hora más tarde, al verla el conserje, sonrió aliviado.

—Señora Meehan, debe de haber sido un error. Qué preocupado estaba su marido.

Alvira escuchaba incrédula mientras José le contaba que Willy había salido corriendo del ascensor, con los ojos anegados en lágrimas. Exaltado le había explicado que Alvira había tenido un ataque al corazón en la peluquería, tras lo cual salió como una exhalación hacia el hospital Roosevelt.

—Fuera lo esperaba un tipo en un «Cadillac» negro —le contó José—. Entró por la avenida cuando le abrí la puerta. El médico envió su propio vehículo a buscar al señor Meehan.

—Eso sí que me parece raro —dijo Alvira en voz baja—. Iré inmediatamente al hospital.

—Avisaré a un taxi —dijo el conserje.

En aquel instante sonó el teléfono. Disculpándose con una sonrisa, contestó.

—Central Park South dos once —repuso, y luego escuchó con cara de asombro y añadió—: Es para usted, señora Meehan.

—¿Para mí?

Alvira cogió el teléfono y con el corazón compungido oyó que una voz susurrante le decía:

—Alvira, escúcheme bien. Dígame al conserje que su marido se encuentra bien. Que todo ha sido un malentendido. Que se reunirá con usted más tarde. Luego suba a su apartamento y espere nuestras instrucciones.

Willy había sido secuestrado. Alvira lo sabía. «Dios santo», pensó.

—Ah, de acuerdo —logró decir—. Dígame a Willy que me reuniré con él dentro de una hora.

—Es usted una mujer muy lista, señora Meehan —susurró la voz.

Oyó entonces un clic. Alvira se volvió hacia José.

—Ha sido un error. Pobre Willy.

Trató de reír.

José le sonrió.

—En Puerto Rico nunca había visto que un médico enviara su coche.

El apartamento estaba en el piso veintidós y tenía una terraza que daba a Central Park. Normalmente, Alvira esbozaba una sonrisa en cuanto abría la puerta. Era muy bonito, e interiormente Alvira se repetía que tenía buen gusto para los muebles. Los años que había pasado limpiando en las casas de los demás la habían convertido en una especie de decoradora de interiores.

Pero no la reconfortaron el sofá color marfil a tono con el diván, ni el cómodo sillón de Willy, ni la alfombra oriental en tonos rojos y azules, ni la mesa lacada en negro, ni las sillas del comedor, y ni siquiera los últimos rayos de sol planeando sobre las hojas otoñales del parque.

¿De qué serviría todo aquello si a Willy llegaba a pasarle algo? Deseó de todo corazón no haber ganado la lotería y encontrarse de nuevo en el apartamento de Flushing, situado sobre la sastrería de Orazio Romano. A esa

hora habría vuelto de limpiar en casa de la señora O'Keefe, y bromeando le habría contado a Willy que a su jefa la habían vacunado: «No sabe estar callada, Willy. Si hasta me grita para que la oiga cuando paso la aspiradora. Menos mal que es una mujer ordenada, de lo contrario nunca terminaría con la faena».

Sonó el teléfono. Alvirah se precipitó sobre el supletorio de la sala, luego cambió de parecer y a toda prisa corrió al dormitorio donde tenía el magnetófono. Pulsó el botón de grabación y cogió el teléfono.

Era la misma voz susurrante de antes.

—¿Alvirah?

—Sí. ¿Dónde está Willy? Haga lo que haga, no lo lastimen.

Oyó unos ruidos de fondo, como de aviones despegando. ¿Tendrían a Willy en un aeropuerto?

—No le haremos nada siempre y cuando consigamos el dinero, y siempre y cuando no avise a la pasma. No la habrá llamado, ¿verdad?

—No. Quiero hablar con Willy.

—En seguida. ¿Cuánto dinero tiene en el Banco?

—Algo más de dos millones de dólares.

—Es usted una mujer honrada, Alvirah. Es justo lo que habíamos calculado. Si quiere volver a ver a Willy será mejor que empiece a retirar el dinero.

—Pueden quedárselo todo.

Se oyó una risita ahogada.

—Me gusta usted, Alvirah. Con dos millones nos conformamos. Sáquelo en efectivo sin que nadie se dé cuenta de que pasa algo raro. Ah, y nada de billetes marcados, nena. Y no vaya a la Policía. La estaremos vigilando.

Los sonidos del aeropuerto resultaron casi ensordecedores.

—No le oigo —gritó Alvirah, desesperada—. No les daré un solo céntimo antes de asegurarme de que Willy sigue vivo.

—Hable con él.

Un momento después, una voz mansa la saludó:

—Hola, cariño.

Alvirah se sintió invadida por un alivio abrumador. Su inagotable cerebro inactivo desde que José le dijo que Willy había subido «al coche del médico»,

volvió a funcionar con la precisión de un mecanismo de relojería.

—Cariño —le gritó para que sus secuestradores la oyeran—, di a esos tipos que te cuiden bien o no conseguirán un solo céntimo.

\*\*\*\*\*

Willy estaba atado de pies y manos. Se quedó mirando a Clarence, el jefe, cuando éste puso el pulgar sobre el interruptor de llamadas y cortó la comunicación.

—Tienes una mujer de armas tomar, Willy —le dijo Clarence. Después apagó el aparato que simulaba los sonidos de fondo de un aeropuerto.

Willy se sintió como un idiota. Si a Alvirah le hubiera dado un ataque al corazón, Louis o Vincent lo habrían llamado desde el salón de belleza. Debería haberlo sabido. Qué imbécil era. Echó un vistazo a la habitación: era una pocilga. Cuando subió al coche, el tipo que se ocultaba en el asiento de atrás le puso una pistola al cuello y le advirtió:

—Si causas problemas, te reviento.

Siguieron apuntándole mientras recorrieron el vestíbulo y subieron en el desvencijado ascensor. Se encontraban a una manzana del túnel de Lincoln. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, pero a pesar de eso, los humos de los tubos de escape de los autobuses, los camiones y los coches resultaban abrumadores. Prácticamente se podían ver.

Willy había calado a Tony y a Sammy de entrada. No eran muy listos. Incluso podría ingeniárselas para darles esquinazo. Pero cuando entró Clarence para anunciar que había advertido a Alvirah que hiciera creer al conserje que todo estaba en perfecto orden, Willy se asustó de verdad. Clarence le recordaba a Nutsy, un chico que había conocido en su niñez. Nutsy tenía la costumbre de disparar a los nidos de pájaros con su pistola de aire comprimido.

Estaba claro que Clarence era el jefe. Había llamado a Alvirah para tratar el asunto del rescate. Él mismo decidió que Willy se pusiera al teléfono.

—Volved a encerrarlo en el armario —ordenó.

—¡Eh!, un momento —protestó Willy—. Estoy muerto de hambre.

—Pediremos hamburguesas con patatas fritas —dijo Sammy mientras amordazaba a Willy—. Ya te dejaremos comer.

Sammy ató a Willy de pies y manos con una serie de nudos y lo metió en el estrecho armario. La puerta no cerraba bien y Willy alcanzaba a oír cómo conversaban en voz baja.

—Dos millones de dólares, o sea que tendrá que ir a veinte Bancos. Esa tía es demasiado lista para tener más de cien mil dólares en un solo Banco, porque ésa es la máxima cantidad que te aseguran. Calculando los impresos que deberá rellenar y el tiempo que tardarán en contar el dinero, vamos a darle tres o cuatro días de margen.

—Necesitará cuatro —sentenció Clarence—. El viernes por la noche tendremos la pasta. Le diremos que vamos a contarla y que después podrá recoger a Willy. —Lanzó una carcajada y agregó—: En ese momento le enviaremos un mapa en el que le indicaremos con una cruz por dónde tiene que empezar a dragar.

\*\*\*\*\*

Alvirah se pasó horas sentada en el sillón de Willy con la mirada perdida mientras el sol proyectaba sus últimos rayos sesgados sobre Central Park hasta ponerse del todo. Encendió la lámpara y se levantó despacio. No tenía sentido pensar en los buenos momentos que había pasado al lado de Willy en esos cuarenta años, ni que esa misma mañana habían repasado una serie de folletos para decidir si debían hacer un viaje en camello por la India o un safari en globo por África Occidental.

«Voy a recuperar a mi marido», se dijo a sí misma al tiempo que movía la mandíbula con cierta agresividad. Lo primero que debía hacer era prepararse una taza de té. Después sacaría todas las libretas y prepararía el recorrido de Bancos que haría al día siguiente para retirar el dinero.

Los Bancos estaban desperdigados por todo Manhattan y Queens. En cada uno tenían depositados cien mil dólares y los intereses acumulados que sacaban a final de año y utilizaban para abrir una nueva cuenta. Habían decidido no correr riesgos y vivir de rentas, así que lo más seguro era tener el



dinero en el Banco. Cuando alguien intentaba convencerlos de que comprasen bonos que se liquidaban a los diez o quince años, Alvirah contestaba: «A nuestra edad no se compra nada que haya que cobrar al cabo de diez años».

Sonrió al recordar el comentario que solía añadir Willy: «Y tampoco compramos plátanos verdes».

Con un sorbo de té Alvirah trató de disolver el nudo que tenía en la garganta y decidió que a la mañana siguiente empezaría por la Calle 57, en el «Chase Manhattan», luego cruzaría al «Chemical», e iría recorriendo Park Avenue empezando por el «Citibank» para pasar después a Wall Street.

No pegó ojo y la noche se le hizo eterna pensando en si Willy estaría bien. Se propuso pedir a los secuestradores que la dejaran hablar con él todas las noches hasta que les entregara el dinero. «Así no le harán nada hasta que se me haya ocurrido una solución», pensó.

Al amanecer se sintió tentada de llamar a la Policía. Pero cuando se levantó, a eso de las siete, había cambiado de parecer. Esos tipos eran capaces de poner un espía en el edificio para que les informaran de si en su casa había mucho movimiento. No podía arriesgarse.

\*\*\*\*\*

Willy pasó la noche en el armario. Le aflojaron las cuerdas para que pudiera estirarse un poco. No le dieron manta ni almohada, y había tenido que apoyar la cabeza en un zapato, pues no había manera de apartarlo. El armario estaba lleno de porquerías. De vez en cuando se quedaba dormido; soñó que su cuello quedaba incrustado en la ladera del monte Rushmore, directamente debajo del rostro esculpido de Teddy Roosevelt.

\*\*\*\*\*

Los Bancos no abrían hasta las nueve. A las ocho y media, en un arrebatado de energía más propio de una olla a presión, había limpiado todo el apartamento. Había metido las libretas en su voluminoso bolso. Había

rescatado del armario un cesto de plástico, en forma de salchicha, el único vestigio que quedaba de la época en que ella y Willy se pasaban las vacaciones haciendo excursiones a las montañas Catskills en los autocares de la línea «Greyhound».

Hacía una fresca mañana de octubre y Alvirah lucía un traje color verde claro que se había comprado cuando hizo una de sus dietas. El cinturón no le cerraba, pero solucionó el problema con un voluminoso broche. Se colocó instintivamente en la solapa el broche con forma de sol en el que ocultaba la grabadora.

Era demasiado temprano para salir. Tratando de no perder el optimismo, y repitiéndose que en cuanto hubiera pagado el rescate todo se solucionaría, Alvirah puso la tetera a calentar y vio las noticias de la «CBS».

Para variar, los titulares eran bastante mundanos. No juzgaban a ningún jefe de la Mafia. No se había producido ningún homicidio espectacular como consecuencia de una atracción fatal. No habían detenido a nadie por vender bonos falsos.

Alvirah bebía lentamente el té y se disponía a apagar el televisor cuando el locutor anunció que a partir de ese día, los neoyorquinos disponían de un aparato que grababa el número telefónico de quienes llamaran desde la zona con el código 212.

Tardó un minuto en comprender el alcance de la noticia. Cuando lo hizo, se puso en pie de un salto y corrió al armario de los trastos. Entre los aparatos electrónicos que a ella y a Willy les encantaba traer a casa desde Hammacher Schlemmer, se encontraba el registrador de números telefónicos de las llamadas recibidas. Lo habían comprado sabiendo que en Nueva York no les iba a servir para nada.

«Madre de Dios Santísima», rogaba mientras abría la caja y con manos temblorosas sacaba el magnetófono y lo colocaba en lugar del contestador automático que tenían en el dormitorio. Ojalá tuvieran a Willy en Nueva York. Ojalá la llamaran desde el lugar donde lo tenían secuestrado.

Recordó grabar un mensaje. «Ha llamado usted a la casa de Alvirah y Willy Meehan. Al oír la señal deje su mensaje. Nos comunicaremos con usted lo antes posible». Volvió a escuchar la grabación. Su voz sonaba distinta, preocupada, tensa.

Se esforzó en recordar que en el sexto curso de la escuela de St. Francis Xavier del Bronx había ganado la medalla de arte dramático. Repitiéndose a sí misma que era toda una actriz, inspiró hondo y grabó otro mensaje: «Hola. Ha llamado usted a la casa de...».

Oyó la nueva versión y le pareció mucho mejor. Luego cogió el bolso y se dirigió al «Banco Chase Manhattan» para empezar a reunir el dinero del rescate.

\*\*\*\*\*

Willy pensó que se volvería loco mientras flexionaba los brazos que, sin saber cómo, sentía doloridos y dormidos a la vez. Seguía con las piernas firmemente atadas. Se había rendido. A las ocho y media oyó que llamaban suavemente a la puerta. Seguramente se trataría del servicio de habitaciones de aquel hotel cochambroso. Les subieron una comida horrible en platos de papel, al menos así habían servido las hamburguesas de la noche anterior. A pesar de todo, de sólo pensar en una taza de café y una tostada a Willy se le hizo la boca agua.

Poco después se abrió la puerta del armario. Sammy y Tony lo miraban desde arriba. Sammy lo apuntó con el revólver mientras Tony le quitaba la mordaza.

—¿Has dormido bien?

La fea sonrisa de Tony dejó al descubierto un colmillo partido. Willy deseó tener las manos desatadas aunque sólo fuera por un par de minutos. Se moría de ganas de «igualar» la dentadura de Tony.

—Como un angelito —mintió. E indicando el lavabo con un movimiento de cabeza preguntó—: ¿Qué tal si me lleváis?

—¿Adónde? —Tony parpadeó y en su cara apareció una mueca de asombro.

—Necesita ir al lavabo —dijo Clarence. Cruzó la estrecha habitación e inclinándose sobre Willy le preguntó—: ¿Ves ese revólver? Tiene silenciador. Si intentas algo raro, se acabó todo. Sammy es un tipo muy nervioso. Nos pondremos furiosos contigo por habernos dificultado las cosas y tendremos

que ir a por tu mujer. ¿Entendido?

Willy estaba completamente convencido de que Clarence hablaba en serio. Tony podía ser un tonto. Sammy podía ser un tipo muy nervioso, pero no haría nada sin la aprobación de Clarence. Y Clarence era un asesino.

—Entendido —repuso tratando de parecer tranquilo.

Saltando a la pata coja logró llegar al cuarto de baño. Tony le soltó las manos lo suficiente para que pudiera remojarse un poco la cara. Willy miró a su alrededor con asco. Las baldosas estaban rotas y daba la impresión de que hacía años que no las limpiaban. Tanto la bañera como el lavabo estaban cubiertos de incrustaciones de óxido. Lo peor de todo era el constante goteo del depósito, los grifos y la alcachofa de la ducha.

—Suenan como las cataratas del Niágara —le comentó Willy a Tony que esperaba de pie en la puerta.

Tony lo empujó hacia donde estaban Sammy y Clarence, sentados a una mesa de juego, repleta de latas de café y objetos que parecían McMuffins de huevo<sup>[3]</sup> abandonados.

Clarence indicó con un movimiento de cabeza la silla plegable que había junto a Sammy.

—Siéntate ahí —le ordenó a Willy, y volviéndose a Tony gritó—: ¡Cierra esa condenada puerta! Ese jodido goteo me está volviendo loco. No me ha dejado dormir en toda la noche.

A Willy se le ocurrió una idea. Intentó expresarla como quien no quiere la cosa.

—Supongo que estaremos aquí un par de días. Si me conseguís unas cuantas herramientas, os arreglo los grifos. —Tendió la mano, cogió un bote y añadió—: Soy el mejor fontanero que hayáis secuestrado jamás.

\*\*\*\*\*

Alvirah se enteró de que era más fácil meter dinero en un Banco que sacarlo. Cuando presentó el formulario para retirar lo que había depositado en el «Chase Manhattan», al cajero se le pusieron los ojos como platos y le pidió que pasara a hablar con el ayudante del director.

Un cuarto de hora después, Alvirah seguía insistiendo en que no estaba disconforme con el servicio. Que sí, que estaba segura de que quería el dinero en efectivo. Que por supuesto entendía lo que era un cheque certificado. Hasta que se cansó y preguntó con enfado:

—¿Es o no es mi dinero?

—Claro, claro.

Le pidieron que rellenara unos impresos que exigía la normativa del Gobierno para los casos en que se retiraran sumas superiores a los diez mil dólares.

Después tuvieron que contar el dinero. Volvieron a sorprenderse cuando Alvirah les informó que quería la mitad en billetes de cien y la mitad en billetes de cincuenta. Se pasaron un buen rato contando.

Era casi mediodía cuando Alvirah paró un taxi para que la llevara a su apartamento, a tres manzanas de allí, donde dejó el dinero en un cajón de la cómoda y después salió otra vez en dirección al «Chemical Bank» de la Octava Avenida.

Al final del día apenas había logrado reunir trescientos mil dólares de los dos millones que necesitaba. Volvió a casa y se sentó a mirar el teléfono. Había un modo de ir más de prisa. Por la mañana telefonaría a los demás Bancos y les avisaría que le prepararan el dinero. Empezad a contar, muchachos.

A las seis y media sonó el teléfono. Alvirah lo cogió justo cuando aparecía un número conocido en la pequeña pantalla del magnetófono. Alvirah supo que quien llamaba era la formidable hermana Cordelia.

Willy tenía siete hermanas. Seis de ellas estaban en el convento. La séptima, ya fallecida, era la madre de Brian, el dramaturgo al que Alvirah y Willy querían como si fuera su propio hijo. Brian se encontraba en Londres. Alvirah habría solicitado su ayuda de haber estado en Nueva York.

Pero no podía contarle a Cordelia que habían secuestrado a Willy. Su cuñada era capaz de llamar a la Casa Blanca para exigir al Presidente que mandara al Ejército a rescatar a su hermano.

Cordelia parecía malhumorada.

—Oye, Alvirah, se suponía que Willy tenía que venir esta tarde. Una de las ancianas que visitamos necesita que le arreglen el water. Me extraña que se

haya olvidado. Ponme con él.

Alvirah lanzó una carcajada que incluso a ella le pareció de esas enlatadas que ponen en los programas de televisión.

—Vaya, Cordelia, debe de habérsele olvidado. Willy está... está... —En un arranque de inspiración, terminó por decir—: Se ha ido a Washington para informar de cuál es el modo más barato de arreglar las tuberías de los edificios que el Gobierno está restaurando. Ya sabes que es capaz de hacer milagros para que las cosas funcionen. El Presidente leyó que Willy es un genio en esto y lo mandó llamar.

—¡El Presidente!

El tono incrédulo de Cordelia hizo que Alvirah deseara haber nombrado al senador Moynihan o tal vez a algún diputado. «Esto me pasa porque nunca miento», pensó.

—Willy no se iría a Washington sin ti —objetó Cordelia.

—Enviaron un coche a buscarlo.

«Al menos eso sí que es cierto», pensó Alvirah.

Oyó el soplido de Cordelia. No era ninguna tonta.

—Bueno, cuando regrese, le dices que venga en seguida.

Dos minutos después volvió a sonar el teléfono. En esa ocasión, el número que apareció en la pantalla del magnetófono no le resultó familiar. «Son ellos», pensó Alvirah. Notó que le temblaba la mano. Pensando una vez más en la medalla de arte dramático del sexto curso, levantó el auricular.

Pronunció un «dígame» fuerte y seguro.

—Esperamos que haya recorrido unos cuantos Bancos, señora Meehan.

—Efectivamente. Páseme con Willy.

—Podrá hablar con él dentro de un momento. Queremos el dinero el viernes por la noche.

—¡El viernes por la noche! Hoy es martes. Sólo quedan tres días. Lleva mucho tiempo conseguir esa cantidad.

—Haga lo que le digo. Y ahora salude a Willy.

—Hola, cariño. —La voz de Willy sonó apagada—. ¡Eh, déjame hablar!

Alvirah oyó que el auricular caía al suelo.

—Está bien, Alvirah —le dijo la voz susurrante—. No volveremos a llamar hasta el viernes a las siete de la tarde. Entonces volverá a hablar con

Willy y le diremos dónde encontrarse con nosotros. No lo olvide, nada de tonterías, o de aquí en adelante, tendrá que pagar para que le hagan los arreglos de fontanería, porque Willy no estará presente para hacerse cargo de ellos.

Oyó un clic. Willy. Willy. Con la mano en el auricular, Alvira se quedó mirando el número que aparecía en el aparato: 555-7000. ¿Debía llamar? ¿Y si contestaba uno de ellos? Se enterarían de que intentaba localizarlos. Decidió entonces telefonar al *Globe*. Tal como esperaba, Jim, el jefe de redacción, seguía en su despacho. Le explicó lo que necesitaba.

—Claro que sí, Alvira. Pareces un tanto misteriosa. ¿Estás trabajando en algún caso del que puedas enviarnos una nota?

—Todavía no estoy segura.

Diez minutos más tarde Jim la telefoneó.

—Oye, Alvira, el número que me has dado es de un hotelito cochambroso, el «Lincoln Arms». Está en la Novena Avenida, cerca del túnel. Ha de ser una verdadera pocilga.

El hotel «Lincoln Arms». Alvira le dio las gracias a Jim antes de colgar y dirigirse a la puerta.

Por si acaso estuvieran vigilándola, abandonó el edificio por el aparcamiento y llamó un taxi. Le pediría al taxista que la llevara al hotel, pero lo pensó mejor y cambió de idea. ¿Y si uno de los secuestradores la veía al llegar? Le pidió entonces que la llevara a la terminal de autobuses, que se encontraba a una manzana del túnel de Lincoln.

Con la cabeza cubierta por un pañuelo y el cuello del abrigo levantado, Alvira pasó por delante del hotel «Lincoln Arms». Comprobó alarmada que se trataba de un lugar bastante grande. Levantó la vista y vio las ventanas. ¿Estaría Willy detrás de una de ellas? El edificio tenía el aspecto de haber sido construido antes de la guerra civil, pero tenía por lo menos diez o doce plantas. ¿Cómo le encontraría? Volvió a plantearse la posibilidad de llamar a la Policía, pero recordó los casos en que alguna esposa lo había hecho: los policías eran vistos en el lugar de entrega del rescate, los secuestradores salían corriendo y el cadáver aparecía tres semanas más tarde.

Alvira se ocultó entre sombras, junto al hotel, y le rezó a san Judas, santo de los imposibles. Entonces vio el cartel en una de las ventanas: SE

NECESITA SEÑORA. Turno de cuatro a doce de la noche. ¿Para el servicio de habitaciones, quizá? Tenía que conseguir el puesto, pero no con el aspecto que llevaba.

Haciendo caso omiso de los camiones, coches y autobuses que avanzaban a toda velocidad hacia la entrada del túnel, Alvirah salió a la calzada, paró un taxi, subió y le dio al taxista su dirección de Flushing. La cabeza le funcionaba a marchas forzadas.

El viejo apartamento había sido su hogar durante cuarenta años y estaba exactamente igual que el día en que ganaron la lotería. El mullido sofá de terciopelo gris oscuro y el sillón a juego, la alfombra anaranjada y verde que iba a tirar la señora para la que limpiaba los martes, el juego de dormitorio chapado en caoba que les había regalado la madre de Willy...

En el armario guardaba la ropa de aquella época, vestidos de llamativo estampado comprados en «Alexander's». Pantalones y chándals de poliéster, zapatillas y zapatos de tacón adquiridos de mayoristas. En el botiquín del lavabo encontró el champú de hierbas que le dejaba el pelo de un color parecido al del sol naciente de la bandera japonesa.

Una hora más tarde no quedaban rastros de la ganadora de lotería. Una melena rojo brillante enmarcaba una cara extremadamente maquillada, al estilo que tanto le gustaba antes de que la baronesa Min le enseñara que cuanto menos, mejor. La antigua barra de labios hacía juego con el tono de sus cabellos fulgurantes. Llevaba los ojos embadurnados de sombra violeta. Un mono que le quedaba corto, unos gruesos calcetines que le cubrían las pantorrillas, unas zapatillas bien gastadas y un chándal afelpado con el horizonte de edificios de Manhattan estampado en la espalda completaban la transformación.

Alvirah examinó el resultado con satisfacción. «Tengo aspecto de ir a pedir trabajo a ese hotel cochambroso», se dijo. De mala gana dejó el broche en forma de sol en un cajón. No estaba muy a tono con el chándal.

Cuando se puso el viejo abrigo, se acordó de poner el dinero y las llaves en el voluminoso bolso verdinegro que había utilizado cuando hacía limpiezas.

Cuarenta minutos más tarde se presentó en el hotel «Lincoln Arms». El mugriento vestíbulo se componía de un mostrador desvencijado colocado delante de un muro de buzones y cuatro sillones de polipiel negra en avanzado



estado de deterioro. La alfombra marrón estaba cubierta de manchas y agujeros que dejaban ver el anterior suelo de linóleo.

«¿Servicio de habitaciones? Lo que necesitaban era una mujer de la limpieza», pensó Alvira al acercarse al mostrador.

El empleado, un hombre de piel color sebo y ojos llorosos, se la quedó mirando.

—¿Qué busca?

—Un trabajo. Soy muy buena camarera.

Los labios del empleado esbozaron algo más parecido a una mueca que a una sonrisa.

—No hace falta que sea buena sino rápida. ¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta —mintió Alvira.

—Si usted tiene cincuenta, yo tengo doce. Váyase.

—Necesito trabajar —insistió Alvira, con el corazón en vilo. Notaba la presencia de Willy. Hubiera jurado que estaba oculto en algún rincón del hotelucho—. Déme una oportunidad. Trabajaré gratis tres o cuatro días. Si no soy la mejor que ha pasado por aquí, el sábado puede echarme.

El empleado se encogió de hombros y le contestó:

—No pierdo nada. La espero mañana a las cuatro en punto. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Tessie —respondió Alvira con firmeza—. Tessie Magink.

\*\*\*\*\*

El miércoles por la mañana Willy notó que la tensión aumentaba entre sus captores, Clarence se negó rotundamente a que Sammy saliera de la habitación. Cuando éste se quejó, Clarence dijo:

—Después de haber pasado doce años en una celda no debería costarte demasiado trabajo permanecer quieto.

En el pasillo no había señales de ninguna sirvienta limpiando habitaciones. «De todas maneras, seguro que esto lleva más de un año sin ver el agua y el jabón», pensó Willy.

Los tres camastros estaban alineados con la cabecera contra la pared del

cuarto de baño. Una cómoda estrecha, forrada con hojas de Contact que empezaban a despegarse, un televisor en blanco y negro y una mesa redonda con cuatro sillas completaban la decoración.

El martes por la noche Willy logró convencer a sus secuestradores de que lo dejaran dormir en el suelo del lavabo. Era más grande que el armario y, según él mismo señaló, al poder estirarse un poco más, cuando lo entregaran a cambio del botín caminaría mucho mejor. Se percató de las miradas que intercambiaron al escuchar la sugerencia. No tenían intención de liberarlo para que fuera por ahí hablando de ellos. Lo cuál significaba que disponía de unas cuarenta y ocho horas para encontrar la forma de salir de aquel antro.

A las tres de la mañana, cuando oyó los ronquidos acompasados de Tony y Sammy y los jadeos irritados pero regulares de Clarence, Willy logró sentarse, luego ponerse en pie y, dando saltos, acercarse a la taza del retrete. La cuerda con que estaba atado al grifo de la bañera le permitía llegar a la tapa del depósito de agua. La levantó, la puso sobre el lavabo y metió las manos atadas en el interior del mugriento depósito recubierto de óxido. Con aquella maniobra logró que, minutos más tarde, el goteo fuera más sonoro y frecuente.

Clarence se despertó al oír el molesto y constante ruido del depósito. Willy sonrió para sus adentros cuando lo oyó aullar:

—¡Me voy a volver majara! ¡Parece un camello meando!

Cuando les sirvieron el desayuno, Willy estaba otra vez bien atado y amordazado en el interior del armario, pero la pistola de Sammy le apuntaba a la sien. Del pasillo le llegó a Willy la voz débil y ronca de un hombre anciano que, al parecer, era el único empleado del servicio de habitaciones. No tenía sentido pensar en llamar su atención.

Por la tarde Clarence colocó toallas alrededor de la puerta del cuarto de baño, pero no había manera de amortiguar el ruido del agua.

—¡Me está entrando una de mis jaquecas! —rugió sentándose en la cama sin hacer.

Al cabo de unos minutos, Tony se puso a silbar. Sammy lo mandó callar de inmediato. Willy lo oyó susurrar:

—Vete con cuidado cuando Clarence tiene jaqueca.

Era evidente que Tony se aburría. Sus ojos de hurón se le pusieron vidriosos de tanto ver la televisión con el sonido apenas audible. Willy estaba

sentado a su lado, atado a la silla, con la mordaza lo bastante floja para hablar a través de los labios casi cerrados.

Sentado a la mesa, Sammy jugaba interminables partidas de solitario. A últimas horas de la tarde, Tony se aburría de la televisión y la apagó.

—¿Tiene hijos? —le preguntó a Willy.

Willy sabía que la única esperanza de salir con vida de aquel agujero podía ser Tony. Tratando de ignorar la mezcla de calambres y entumecimiento de brazos y piernas, le contó a Tony que Alvirah y él habían sido desafortunados y no habían podido tenerlos, pero que consideraban a su sobrino Brian como a un hijo, sobre todo desde que la madre de Brian, hermana de Willy, había pasado a mejor vida.

—Tengo otras seis hermanas —le explicó a Tony—. Son todas monjas. Cordelia es la mayor. Tiene sesenta y ocho años muy bien llevados.

Tony se quedó boquiabierto.

—No me diga. Cuando de pequeño andaba por las calles tratando de reunir unos cuantos pavos robando el bolso a las mujeres, no sé si me explico, nunca me metí con las monjas, ni siquiera cuando iban al supermercado, o sea cuando llevaban pasta encima. Y las veces que sacaba una buena tajada, dejaba unos cuantos pavos en el buzón del convento, en señal de gratitud.

Willy intentó mostrarse impresionado ante la generosidad de Tony.

—¿Queréis callaros? —Les chilló Clarence desde la cama—. Se me parte la cabeza.

Willy rezaba para sus adentros al tiempo que decía:

—Podría arreglar esos grifos si tuviera una llave inglesa y un destornillador.

«Ojalá pudiera meterle mano a ese depósito», pensó. Inundaría la habitación. No podrían dispararle si la gente acudía en tropel para detener la cascada de agua que provocaría.

\*\*\*\*\*

La hermana Cordelia sabía que estaba pasando algo. Quería mucho a Willy, pero no se lo imaginaba subiendo a un coche enviado por el Presidente.

Por otra parte, Alvirah era siempre tan abierta que se le entendía todo. El miércoles, cuando Cordelia intentó telefonar a Alvirah nadie cogió el teléfono. A eso de las tres y media, cuando por fin logró dar con ella, Alvirah parecía nerviosa. Le explicó que tenía que salir corriendo, pero no le dijo adonde iba. Willy se encontraba bien, por supuesto. ¿Por qué no iba a ser así? Le comentó que volvería ese fin de semana.

El convento se encontraba en un apartamento de un viejo edificio situado en la confluencia de la avenida Amsterdam y la Calle 110. La hermana Cordelia vivía allí junto con otras cuatro hermanas ancianas y una novicia, la hermana Maeve Mane de veintisiete años, que antes de descubrir su vocación había trabajado tres años como policía.

Cuando Cordelia colgó después de hablar con Alvirah, se sentó pesadamente en una de las robustas sillas de la cocina.

—Maeve, a Willy le ha pasado algo —le dijo—. Es una corazonada.

El teléfono volvió a sonar. Era Arturo Morales, el director del Banco de Flushing, situado en la esquina del antiguo apartamento de Willy y Alvirah.

—Hermana, lamento molestarla —le dijo con tono afligido—. Pero estoy preocupado.

Cordelia notó un vuelco en el corazón cuando Arturo le contó que Alvirah había intentado retirar cien mil dólares del Banco. Sólo pudieron darle veinte mil pero le prometieron que tendría el resto el viernes por la mañana, porque Alvirah había insistido en que lo necesitaba con urgencia.

Cordelia le agradeció la información, prometió no revelar que había violado la confidencialidad de los datos bancarios, colgó y le ordenó a Maeve Mane:

—Andando. Iremos a ver a Alvirah.

\*\*\*\*\*

Alvirah se presentó puntualmente a las cuatro en el hotel «Lincoln Arms». Se había cambiado de ropa en la terminal de autobuses. Allí de pie, delante del recepcionista, se sintió segura con su disfraz. El empleado le indicó con la cabeza que debía bajar por el pasillo hasta la puerta con el letrero de

PROHIBIDO PASAR. Conducía a la cocina. El *chef*, un hombre huesudo de unos setenta años con un asombroso parecido a Gabby Hayes, actor de los años cuarenta que interpretaba papeles de vaquero, preparaba hamburguesas. De la grasa que caía sobre la plancha se elevaban nubes de humo. El hombre levantó la cabeza.

—¿Es usted Tessie?

Alvirah asintió.

—Bien. Me llamo Hank. Empiece a servir.

El servicio de habitaciones carecía de detalles sutiles: bandeja de plástico color marrón de las que se encuentran en las cafeterías de los hospitales, servilletas baratas, vajilla de plástico, mostaza, *ketchup* y aderezo en sobrecitos.

Hank colocó unas hamburguesas fofas sobre los panecillos.

—Sirva el café. No llene demasiado las tazas. Saque las patatas fritas del fuego.

Alvirah obedeció.

—¿Cuántas habitaciones hay? —preguntó mientras preparaba las bandejas.

—Cien.

—¿Tantas?

Hank sonrió dejando al descubierto unos dientes postizos manchados de nicotina.

—Pero sólo cuarenta se alquilan de noche. Los clientes que vienen por horas no necesitan servicio de habitaciones.

Alvirah hizo sus cálculos. Cuarenta, no estaba tan mal. Imaginó que en el secuestro estarían implicados por lo menos dos hombres. Uno para conducir el coche y otro para sujetar a Willy e impedir su huida. Tal vez hubiera otro, el de las llamadas telefónicas. Para empezar debía controlar los pedidos grandes.

Comenzó a repartir los servicios con la firme advertencia de Hank de cobrar en el acto. Las hamburguesas iban al bar, poblado por una docena de tipos rudos a los que no resultaba muy aconsejable encontrar de noche. El segundo pedido era para el recepcionista, el gerente del hotel, que vigilaba las instalaciones desde una habitación sin ventilación que había detrás del mostrador. Sus bocadillos eran cortesía de la casa. La siguiente bandeja con

*cornflakes* y un whisky doble era para un señor mayor, desgredado y con los ojos hinchados. Alvirah tuvo la certeza de que los *cornflakes* fueron una ocurrencia de último momento.

Luego sirvió una pesada bandeja a cuatro hombres que jugaban a cartas en la novena planta. Otro grupo de jugadores en la séptima pidió pizzas. En la octava planta la recibió en la puerta un hombre fornido que le dijo:

—Ah, eres nueva. Ya lo cojo yo. Cuando llames a la puerta no golpees fuerte. Mi hermano tiene jaqueca.

Detrás del hombre, Alvirah alcanzó a ver a otro que estaba tendido en la cama con un trapo sobre los ojos. El goteo persistente que provenía del cuarto de baño le trajo un recuerdo abrumador de Willy. Él habría arreglado ese grifo en un periquete.

Era evidente que en la habitación no había nadie más, y el tipo que había salido a atenderla, tenía todo el aspecto de poder zamparse él sólo el contenido de la bandeja. En el interior del armario, Willy pudo oír la cadencia de una voz que le hizo desear ardientemente estar junto a Alvirah.

Los pedidos al servicio de habitaciones la mantuvieron ocupada desde las seis hasta las diez. Por sus propias observaciones y por las explicaciones de Hank, que ante la eficiencia de la nueva camarera fue mostrándose más locuaz, Alvirah comprendió cómo estaba organizado el hotel. Había diez plantas con diez habitaciones por planta. Los primeros seis pisos estaban reservados a los clientes por horas. Las habitaciones de los pisos superiores eran más espaciales, tenían cuarto de baño y se alquilaban por lo menos varios días seguidos.

Mientras tomaba una voluminosa hamburguesa que se preparó a las diez de la noche, Hank le contó que todo el mundo se registraba bajo un nombre falso. Todos pagaban al contado.

—Hay un tipo que viene a repasar la correspondencia que recibe en sus apartados de correo. Publica revistas porno. Otro organiza partidas de cartas. Muchos tipos vienen aquí a echar una cana al aire cuando todo el mundo cree que están en viaje de negocios. Ya sabes, ese tipo de clientes. Nada malo. Esto es una especie de club privado.

Poco después de beber la tercera cerveza, Hank empezó a cabecear. Al cabo de unos minutos, se quedó dormido. Sin hacer ruido, Alvirah se acercó a

la mesa que servía de tajadera y escritorio. Cuando traía el dinero después de servir cada pedido, le indicaban que lo guardara en una caja de cigarros que hacía de registradora. El recibo se ponía en la caja de al lado. Hank le había explicado que a medianoche se terminaba el servicio de habitaciones y el recepcionista recogía el dinero, lo contaba para comprobar si cuadraba con los recibos y luego lo metía en la caja fuerte, oculta en el fondo del refrigerador. Los comprobantes iban a parar entonces a una caja de cartón que había debajo de la mesa con un montón de papelitos revueltos.

Nadie se daría cuenta si llegaba a faltar alguno. Deduciendo que los de arriba eran los más recientes, Alvira sacó un manojito y se los metió en el bolso. Entre las once y las doce sirvió tres pedidos más en el bar. Entre servicio y servicio, incapaz de estar quieta en aquella cocina mugrienta, se puso a limpiarla ante la mirada divertida de Hank.

Después de detenerse unos momentos en la terminal de autobuses para cambiarse de ropa, quitarse el maquillaje y envolverse la fulgurante cabellera en un turbante, Alvira bajó del taxi a la una menos cuarto. Ramón, el portero de noche le anunció:

—Ha venido la hermana Cordelia. Me hizo un montón de preguntas para averiguar dónde estaba usted.

«Cordelia no es precisamente tonta», reconoció Alvira muy a su pesar. Pero empezaba a idear un plan en el que Cordelia debía participar.

Antes de meter su cuerpo agotado en la Jacuzzi que burbujeaba con los aceites del balneario de Cypress Point, Alvira había clasificado los grasientos recibos del hotel. En una hora logró reducir las posibilidades. Había siete habitaciones que hacían pedidos grandes. No hizo caso alguno del temor de que estuviesen todas ocupadas por tahúres o algún otro tipo de apostadores y que Willy no estuviera allí, sino en Alaska. En cuanto entró en el hotel su instinto le había dicho que Willy se encontraba por allí cerca.

Eran casi las tres de la madrugada cuando se metió en la cama. Aunque estaba exhausta, no logró dormir. Se lo imaginó acurrucándose a su lado.

—Buenas noches, cariño mío —dijo en voz alta.

Mentalmente oyó que le contestaba: «Que duermas bien, cielo».

\*\*\*\*\*

El jueves por la mañana, Clarence tenía los ojos bizcos de la terrible jaqueca que le partía la cabeza. Hasta Tony procuró no fastidiarlo. Ni siquiera hizo ademán de encender el televisor; se conformó con sentarse al lado de Willy, y con un ronco susurro le fue contando la historia de su vida. Había llegado ya a la época en que tenía siete años, cuando descubrió lo fácil que resultaba robar en las tiendas de golosinas. Clarence rugió desde la cama:

—¿Dices que puedes arreglar ese jodido grifo?

Willy no quiso demostrar excesivo entusiasmo, pero los músculos de la garganta se le contrajeron al tiempo que asentía vigorosamente con la cabeza.

—¿Qué necesitas?

—Una llave inglesa —gruñó Willy a través de la mordaza—. Un destornillador. Y alambre.

—Está bien. Sammy, ya lo has oído. Sal a comprar lo que pide.

Sammy jugaba otra vez al solitario.

—Mandaré a Tony.

Clarence se levantó como un rayo.

—Te he mandado a ti. El imbécil de tu hermano empezará a contar al primero que se le cruce qué va a comprar, para quién va a comprarlo y para qué lo necesita. Márchate ya.

Sammy se estremeció al oír aquel tono de voz y recordó que Tony había estado haciendo carreras en el coche de la fuga.

—Sí, Clarence, lo que tú digas —respondió, conciliador—. Oye, ya que voy a salir, ¿qué te parece si traigo comida china? No estaría mal para variar.

Clarence dejó de fruncir el ceño momentáneamente al contestar:

—De acuerdo. Trae mucha salsa de soja.

\*\*\*\*\*

La hermana Cordelia llegó a las siete de la mañana del jueves. Alvirah



estaba preparada para recibirla. Llevaba levantada desde hacía media hora y se había puesto el albornoz a cuadros de Willy, que olía ligeramente a su loción para después del afeitado. Había puesto el café al fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó Cordelia abruptamente.

Mientras tomaban café y tarta de Sara Lee, Alvira se lo explicó.

—Cordelia, no voy a decirte que no tengo miedo, porque te mentiría —concluyó Alvira—. Me aterra pensar que a Willy pueda pasarle algo. Pero si hay alguien vigilando el edificio y esos tipos llegan a enterarse de que aquí hay un movimiento raro de personas, matarán a Willy. Cordelia, te juro que está en ese hotel y tengo un plan. Maeve conserva el permiso de armas, ¿no?

—Sí —respondió la hermana Cordelia. Sus penetrantes ojos grises escrutaron el rostro de Alvira.

—Y sigue siendo amiga de los tipos que mandó a la cárcel, ¿verdad?

—Claro que sí. Todos la adoran. Sabes que siempre le echan una mano a Willy cuando necesita ayuda para arreglar las tuberías y además se turnan para llevar comidas a nuestros enfermos imposibilitados.

—A eso me refería. Tienen la misma pinta que la gente que merodea el hotel. Quiero que tres o cuatro de esos hombres se alojen esta noche en el «Lincoln Arms». Que organicen una partida de cartas. Es algo frecuente. Mañana a las siete de la tarde llamarán para decirme dónde debo entregar el dinero. Saben que no voy a entregárselo hasta que hable con Willy. No podrán sacarlo de allí, así que quiero que los muchachos de Maeve vigilen las salidas. Es nuestra única oportunidad.

Cordelia se quedó mirando sombríamente el vacío y luego dijo:

—Alvira, Willy siempre me pide que confíe en mi sexto sentido. Será mejor que lo haga.

\*\*\*\*\*

El *chow mien* fue un alivio después de tanta hamburguesa. Cuando terminaron de cenar, Clarence le ordenó a Willy que se metiera en el lavabo y arreglara los grifos que goteaban. Sammy lo acompañó. A Willy se le cayó el alma a los pies cuando Sammy le dijo:

—Yo no sé arreglar nada, pero sí sé cómo no se arregla, así que no te pases de listo.

«Mi gran plan se ha ido al diablo. Aunque tal vez logre ganar tiempo hasta que se me ocurra otra cosa», pensó Willy y se puso a rascar el óxido acumulado de años en el fondo del depósito.

\*\*\*\*\*

A las cuatro menos veinte, Alvira dejó en el suelo la maleta en la que llevaba los últimos cien mil dólares retirados del Banco y apenas tuvo tiempo suficiente para salir corriendo a la terminal de autobuses, cambiarse y presentarse en el trabajo. Cuando pasó al trote por el vestíbulo del «Lincoln Arms» vio a una monja de dulce rostro, vestida con el hábito tradicional, que pasaba una canastilla de una mesa a otra del bar. Todos colaboraban con algo. En la cocina, Alvira le preguntó a Hank por la monja.

—¡Ah!, ésa. Invierte el dinero en los niños que viven en la zona. Todos se sienten bien echándole algo en la cesta. Tiene un no sé qué de espiritual, no sé si me explico.

Esa noche, no hubo tantos pedidos como el día anterior. Alvira le sugirió a Hank que podía aprovechar para clasificar los comprobantes de la caja.

—¿Por qué? —le preguntó Hank, asombrado.

Alvira tiró de la camiseta que llevaba puesta. En la parte de delante había una inscripción que decía: HE PASADO LA NOCHE CON BURT REYNOLDS. Willy se la compró para gastarle una broma cuando estuvieron en el teatro de Reynolds, en Florida. Tratando de hacerse la misteriosa, le contestó:

—¿Por qué iba a querer alguien clasificar unos comprobantes viejos? Por si las moscas —susurró.

La respuesta pareció satisfacer a Hank.

Alvira ocultó los comprobantes ya clasificados debajo de la pila que volcó sobre la mesa. Sabía lo que buscaba: los pedidos importantes hechos desde el lunes.

Se dedicó exclusivamente a buscar los correspondientes a las cuatro

habitaciones seleccionadas de antemano en su casa.

A las seis de la tarde empezaron a llegar pedidos. Eran las ocho y media y ya había servido en tres de las cuatro habitaciones sospechosas. En dos de ellas jugaban a cartas. En otra, a dados. Tuvo que reconocer que ninguno de los jugadores tenía cara de secuestrador.

Los de la habitación 802 no hicieron ningún pedido. Tal vez el tipo que padecía de jaqueca y su hermano se habían marchado. A medianoche, muy abatida, Alvira se disponía a marcharse cuando Hank masculló:

—Trabajar con usted es fácil. El nuevo chico que estaba en el turno de día se ha largado y mañana me van a mandar uno nuevo. Seguro que me liaré todos los pedidos.

Rezando sigilosamente una plegaria de agradecimiento, Alvira se ofreció al momento a cubrir el turno de las siete de la mañana a la una y el de las cuatro a las doce de la noche. Calculó que tendría suficiente tiempo para ir a los Bancos que le habían prometido el dinero entre las doce y cuarto y las tres.

—Vendré a las siete —le prometió a Hank.

—Yo también —respondió él, quejumbroso—. El cocinero de día también se ha largado.

Al salir, Alvira vio caras conocidas en el bar. Louie, que había estado preso siete años por atracar un Banco y era cinturón negro de karate; Al, que había trabajado como matón a sueldo para un prestamista y había cumplido cuatro años de condena por agresiones; Zurdo, cuya especialidad eran los coches robados.

Cumpliendo fielmente sus instrucciones, aunque Alvira sabía que la habían visto, ni Louie, ni Al, ni Zurdo dieron señales de haberla reconocido.

\*\*\*\*\*

Willy redujo el goteo al nivel inicial de incordio; irritado, Clarence asomó la cabeza y le pidió a gritos que dejara de martillar.

—Soportaré ese ruido otras veinticuatro horas.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Willy. Le quedaba una sola esperanza. Sammy estaba cansado de verlo trabajar en el depósito del agua. Al día

siguiente no lo vigilaría tan de cerca. Willy se aseguró de que por la noche volvieran a requerir sus servicios: entró en el lavabo sin hacer ruido y volvió a manipular el depósito del agua para que continuara goteando como antes.

Por la mañana, Sammy tenía los ojos hinchados. Tony empezó a hablar de una antigua novia que pensaba visitar en cuanto llegaran al escondite que tenían en Queens y nadie le mandó cerrar la boca. «Lo cual significa que no les importa que los oiga», pensó Willy.

Mientras les servían el desayuno, Willy dio un brinco tan repentino en el armario que Sammy casi le dispara. Willy no oyó tan sólo la cadencia de una voz que le recordaba a Alvirah. Era ella en persona la que le preguntaba a Tony si a su hermano se le había pasado la jaqueca.

Asustado, Sammy le siseó al oído:

—¿Te has vuelto loco o qué?

Alvirah lo estaba buscando y tenía que ayudarla. Debía volver al cuarto de baño, manipular el depósito del agua y con la llave inglesa golpear al ritmo de *Casey bailarí con la pelirroja*, la canción que tocaron cuando invitó a Alvirah a bailar por primera vez en la sala de fiestas «Clave de Do» hacía cuarenta años.

Tuvo la oportunidad cuatro horas más tarde cuando, con la llave inglesa y el destornillador en la mano, seguido de un tembloroso Sammy, y bajo las órdenes enfurecidas de Clarence, continuó con la doble tarea de arreglar y sabotear el depósito de agua.

Procuró no pasarse. Con un tono conciliador, acalló las protestas de Sammy aduciendo que al fin y al cabo no estaba haciendo tanto ruido y que, de todos modos, a los directivos del hotel les encantaría tener por lo menos un cuarto de baño decente. Rascándose la barba de cuatro días y retorciéndose incómodo con la ropa arrugada, Willy empezó a enviar las señales a intervalos de tres minutos, *tap/ tap/taap/tap* «y la orquesta seguía tocando», Alvirah repartía unas pizzas en la 702 cuando oyó la señal. «Dios mío, ay Dios mío», se dijo a sí misma. Dejó la bandeja sobre una mesa inclinada. El ocupante de la habitación, un guapo treintañero, se recuperaba de una borrachera.

—¿No se volvería usted loca con ese ruido? —le preguntó—. Parece ser que están de obras. Hasta se puede elegir a qué suena: las cataratas del Niágara o una fiesta de fin de año. «Tiene que ser en la 802 —pensó Alvirah

recordando al tipo que estaba en la cama, al de la puerta y el cuarto de baño abierto—. Cuando llaman al servicio de habitaciones, deben de meter a Willy en el armario». A pesar de que estaba tan nerviosa que los latidos del corazón parecían notársele a través de la camiseta con la inscripción NO TIRES PAPELES EN LA VÍA PÚBLICA, se entretuvo un momento en advertir al bebedor que el alcohol lo llevaría a la ruina.

\*\*\*\*\*

En el pasillo, al lado del bar, había un teléfono. Con la esperanza de no ser vista por el recepcionista, Alvira llamó rápidamente a Cordelia. Terminó la conversación diciéndole:

—Me llamarán a las siete de la tarde.

Esa tarde, a las siete menos cuarto, los ocupantes del bar del hotel «Lincoln Arms» se quedaron perplejos al ver entrar en el vestíbulo a ocho monjas ancianas, vestidas con el hábito largo hasta los pies, velos y tocas tarareando suavemente un himno sobre el río Jordán. El recepcionista se levantó de un salto e hizo un movimiento indicándoles la puerta giratoria que tenían a sus espaldas. Alvira se las quedó mirando con la bandeja en la mano, mientras Maeve, la portavoz elegida por las damas, observaba al empleado del hotel.

—Tenemos permiso del propietario para cantar en cada planta y pedir donativos —le informó Maeve.

—Ni hablar.

Bajando el tono de voz, Maeve susurró:

—Tenemos permiso del señor...

El empleado palideció.

—Muchachos, sacad la pasta —les gritó a los ocupantes del bar—. Las hermanas van a cantaros unos himnos.

—No, no, empezaremos por arriba —le indicó Maeve—. Terminaremos la ronda aquí mismo.

Alvira se refugió en la retaguardia del grupo de monjas conducidas por Cordelia cuando éstas subieron al ascensor cantando *Michael lleva tu barca a*

*la orilla, aleluya.*

Fueron directamente a la octava planta y se arremolinaron en el pasillo donde las esperaban Zurdo, Petey y Louie. Exactamente a las siete, Alvira llamó a la puerta.

—Servicio de habitaciones —anunció.

—No hemos pedido nada —gruñó una voz.

—Alguien ha hecho este pedido y tengo que cobrarlo —gritó con firmeza.

Oyó un arrastrar de pies y un portazo. El armario. Estaban escondiendo a Willy. La puerta se entreabrió.

—Deje la bandeja ahí fuera. ¿Cuánto es?

Decidida, Alvira puso el pie entre la puerta y el marco mientras las notas de *Michael lleva tu barca a la orilla, aleluya* llenaban el pasillo. Las monjas más ancianas aparecieron detrás de Alvira. Clarence tenía el teléfono en la mano.

—¿Queréis callaros? —gritó.

—Ésa no es manera de hablar a las hermanas —protestó Tony. Se apartó con aire reverente para permitir que las monjas entraran en la habitación.

La hermana Maeve cerraba el grupo con las manos alzadas en el interior de las mangas de su hábito. En un abrir y cerrar de ojos, se colocó detrás de Clarence, sacó el revólver con la derecha y lo apuntó en la sien. Con el tono seco y cortante que había hecho de ella una excelente policía, susurró:

—Si se mueve es hombre muerto.

Tony abrió la boca para lanzar una advertencia que quedó ahogada por varios aleluyas mientras Zurdo lo dejaba inconsciente con un golpe de karate. Acto seguido, Zurdo se aseguró de que Clarence no soltara prenda con un certero golpe en la nuca que lo dejó tendido en el suelo, junto a Tony.

Louie y Petey condujeron a la hermana Cordelia y su rebaño de ancianitas hasta la seguridad del pasillo. Había llegado el momento de rescatar a Willy. Zurdo estaba preparado para atacar. La hermana Maeve apuntaba con su revólver. Alvira abrió de par en par la puerta del armario al tiempo que gritaba:

—Servicio de habitaciones.

Sammy se encontraba de pie junto a Willy con el revólver apuntándole al cuello.

—Salid todos —gruñó—. Tire el revólver, señora.

Maeve vaciló pero acabó obedeciendo.

Sammy quitó el seguro del revólver.

«No tiene escapatoria y está desesperado —pensó Alvira angustia—.  
Va a matar a mi Willy». Haciendo un esfuerzo por parecer tranquila, le dijo:

—Tengo mi coche delante del hotel. En el interior están los dos millones de dólares. Willy y yo iremos con usted. Puede comprobar si está el dinero, alejarse de aquí y luego dejarnos en alguna parte.

Dirigiéndose a Zurdo y a Maeve, añadió:

—No intentéis detenernos o lastimará a Willy. Esfumaos todos.

Contuvo el aliento y miró fijamente al secuestrador intentando aparentar tranquilidad.

Sammy vaciló un instante. Alvira lo vigilaba cuando el hombre apuntó el revólver en dirección a la puerta.

—Señora, más vale que el dinero esté donde dice —le advirtió—. Desátele los pies.

Se arrodilló obediente y desató los nudos de la cuerda. Cuando estaba desatando el último nudo, miró de reojo hacia arriba. El revólver seguía apuntando hacia la puerta. Alvira recordó que acostumbraba poner el hombro debajo del piano de la señora O'Keefe y levantarlo un poco para enderezar la alfombra. Uno, dos, tres. Se levantó como una flecha y con el hombro golpeó la mano en la que Sammy empuñaba el arma. El hombre pulsó el gatillo justo cuando se le caía el revólver. La bala salió hacia el cielo raso del que se desprendió un poco de pintura.

Willy, que seguía con las manos atadas, atrapó entre sus brazos a Sammy y apretó con fuerza hasta que los otros entraron corriendo en la habitación.

Como en sueños, Alvira se quedó mirando cómo Zurdo, Petey y Louise liberaban a Willy de sus ataduras y las utilizaban para inmovilizar a los secuestradores. Oyó que Maeve marcaba el 911 y decía:

—Habla la agente Maeve O'Reilly, quiero decir, la hermana Maeve Mane. Es para informarles de un secuestro, un intento de asesinato y la exitosa detención de los secuestradores.

Alvira notó que Willy la abrazaba.

—Hola, cariño —le susurró.

Estaba tan feliz que había perdido el habla. Se miraron fijamente. Ella vio sus ojos enrojecidos, la barba crecida y el pelo revuelto. Él estudió su llamativo maquillaje y la camiseta con la inscripción NO TIRE PAPELES EN LA VÍAPÚBLICA y le dijo con fervor:

—Cariño, estás preciosa. Perdona si tengo la misma pinta que uno de los hermanos Smith.

Alvirah restregó su cara contra la de él. Las lágrimas de alivio que se agolpaban en su garganta desaparecieron al surgir la carcajada.

—Ay, cariño —gritó—. A mí siempre me parecerás igualito a Tip O'Neil.



## VOCES EN LA CARBONERA

Llegaron cuando ya había oscurecido. Mike abandonó el camino de tierra, enfiló por la larga avenida y se detuvo delante de la cabaña. La agente inmobiliaria había prometido encenderles la calefacción y las luces. Estaba claro que no era partidaria de malgastar electricidad.

Una bombilla repelente de insectos colgada encima de la puerta despedía un débil haz amarillento que temblaba en la persistente llovizna. Un leve destello de luz que se colaba por la persiana entreabierta apenas iluminaba las ventanas de cristales pequeños.

Mike se desesperó. Después de pasar los últimos tres días conduciendo catorce horas diarias sentía agarrotado todo su largo y musculoso cuerpo. Se apartó el cabello castaño oscuro de la frente y deseó haber tenido tiempo de cortárselo antes de salir de Nueva York. Laurie se metía con él cuando llevaba el cabello largo. «Eh, ricitos, pareces un emperador romano treintañero —era su comentario habitual—. Lo único que te falta es la toga y una corona de laureles para completar el efecto».

Laurie llevaba una hora dormida. Tenía la cabeza apoyada en su regazo. Le echó un vistazo; detestaba despertarla. A pesar de que apenas lograba entrever su perfil, sabía que dormida, desaparecían las arrugas de tensión en su rostro y la expresión de pánico.

La repetida pesadilla había comenzado hacía cuatro meses, la pesadilla que la hacía gritar: «No, no iré con vosotros. No cantaré con vosotros».

Él acostumbraba sacudirla para que despertara y le decía: «Tranquila, cariño. Ya está bien, tranquila».

Sus gritos se convertían en sollozos aterrados. «No sé quiénes son, pero me buscan, Mike. No les veo las caras, pero están reunidos, todos juntos, y me

hacen señas para que vaya con ellos».

La había llevado a un psiquiatra que le recetó una serie de medicamentos y la sometió a un tratamiento intensivo. Pero las pesadillas no cesaron. Habían convertido a una talentosa cantante de veinticuatro años, con una excelente temporada como solista en su primer musical de Broadway, en un espectro incapaz de quedarse sola después del crepúsculo.

El psiquiatra les había sugerido que tomaran unas vacaciones. Mike le había hablado de los veranos que pasó en la casa que tenía su abuela en el lago de Oshbee, a sesenta kilómetros de Milwaukee.

—Mi abuela murió el pasado setiembre —le había explicado—. La casa está en venta. Laurie nunca ha estado allí y le encanta el agua.

El médico había aprobado la idea.

—Pero cuídela mucho —le advirtió—. Padece una profunda depresión. Estoy convencido de que esas pesadillas son una reacción a las experiencias de su niñez, pero la están abrumando.

Laurie se había aferrado con entusiasmo a la posibilidad de marcharse. Mike era uno de los socios más jóvenes del bufete de abogados de su padre.

—Haremos lo que sea para ayudar a Laurie —dijo su padre—. Tómame el tiempo que haga falta.

«Recuerdo que este lugar estaba lleno de luz», pensó Mike mientras estudiaba la sombría cabaña con una consternación creciente. «Recuerdo el tacto del agua cuando me zambullía, el calorcillo del sol cuando me daba en la cara, la forma en que la brisa henchía las velas haciendo que la barca atravesara el lago rozando apenas su superficie».

\*\*\*\*\*

Estaban a finales de junio pero hacía un tiempo más propio de principios de marzo. Según las noticias de la radio, la ola de frío llevaba tres días instalada en Wisconsin. «Ojalá haya carbón suficiente para encender la estufa, de lo contrario, esa agente inmobiliaria se quedará sin casa que vender», pensó Mike.

Tenía que despertar a Laurie. No convenía que la dejara sola en el coche,

aunque fuera poco tiempo.

—Ya hemos llegado, cariño —le dijo con un tono falsamente alegre.

Laurie se movió. Notó que se ponía nerviosa, pero al abrazarla se relajó.

—Qué oscuro está —susurró ella.

—Entraremos y encenderemos las luces.

Recordaba que la cerradura siempre había funcionado mal. Había que empujar la puerta hacia fuera para que la llave encajara. En el pequeño vestíbulo habían enchufado una lamparilla. La casa no estaba caliente pero tampoco encontró un frío que calara los huesos, como había temido.

Mike se apresuró a encender la luz de la entrada. El papel pintado con su dibujo de hiedras trepadoras parecía desteñido y gastado. La casa había sido alquilada los cinco veranos que su abuela permaneció en la residencia de ancianos. Mike recordó lo limpia, cálida y acogedora que era cuando su abuela vivía allí.

El silencio de Laurie resultaba ominoso. Sin dejar de abrazarla, la condujo al salón. Los sillones y sofás tapizados de terciopelo que le acogían cuando se sentaba a leer un libro seguían en su sitio pero, al igual que el papel pintado, parecían viejos y raídos.

Mike frunció la frente en un gesto de preocupación.

—Lo siento, cariño. Pero venir aquí ha sido una pésima idea. ¿Quieres que vayamos a un motel? Hemos pasado delante de un par que parecían decentes.

Laurie le sonrió y respondió:

—Quiero quedarme aquí, Mike. Quiero que compartas conmigo los maravillosos veranos que pasaste aquí. Quiero imaginar que tu abuela era la mía. Tal vez así me recupere.

Laurie había sido educada por su abuela, una mujer temerosa de todo que inculcó a su nieta el miedo a la oscuridad, a los desconocidos, a los aviones, a los coches, a los animales. Cuando Laurie y Mike se conocieron dos años atrás, ella lo había sorprendido y divertido recitándole una letanía de historias espeluznantes con las que su abuela la había alimentado día tras día.

—¿Cómo es posible que salieras tan normal y simpática? —solía preguntar Mike.

—De haberme convertido en una loca de atar habría sido mi fin —le contestaba ella.

Pero los últimos cuatro meses constituían una prueba de que Laurie había sido incapaz de librarse de la mala influencia de su abuela, quien le había provocado un daño psicológico que debía ser tratado.

Mike le sonrió y contempló con cariño sus ojos verdes como el mar, las espesas pestañas oscuras que proyectaban sombras sobre su piel de porcelana, la forma en que el cabello castaño enmarcaba el óvalo de su rostro.

—Eres preciosa —le dijo—, ya te contaré todo sobre mi abuela. Tú la conociste cuando ya estaba inválida. Te contaré cómo pescábamos juntos cuando había tormenta, cómo íbamos a correr alrededor del lago y ella me gritaba para que mantuviera el ritmo. Imagínate, hasta que cumplió los sesenta, no logré nadar más de prisa que ella.

Laurie tomó su rostro entre sus manos y le pidió:

—Ayúdame a ser como ella.

Metieron las maletas y la comida que habían comprado por el camino. Mike bajó al sótano. Hizo una mueca cuando vio la carbonera. Era bastante grande; un cajón de metro veinte de ancho por metro ochenta de largo, situado junto a la caldera y justamente debajo de la ventana en donde el camión descargaba el carbón. Mike recordó que a los ocho años había ayudado a su abuela a cambiar algunas planchas de madera de la carbonera. Ahora parecían casi todas podridas.

«De noche hace bastante frío, incluso en verano, pero con esto vamos a estar muy calentitos, Mike», decía su abuela alegremente mientras echaban paladas de carbón en la vieja caldera ennegrecida.

Mike siempre recordaba la carbonera llena de brillantes piedras negras. Ahora estaba prácticamente vacía, apenas había carbón para dos o tres días. Buscó la pala.

La caldera todavía se podía usar. No tardó en oírse su ruido sordo por toda la casa. Las tuberías se estremecieron cuando el aire caliente pasó a través de ellas.

En la cocina, Laurie sacó la comida de las bolsas y se puso a preparar una ensalada. Mike hizo la carne a la plancha. Abrieron una botella de burdeos y comieron uno al lado de la otra, sentados a la vieja mesa esmaltada de la cocina, con los hombros casi tocándose.

Se disponía a subir las escaleras para ir a dormir cuando Mike vio la nota

que la agente inmobiliaria le dejó sobre la mesa del vestíbulo.

«Espero que lo encuentre todo en orden. Lamento que no les acompañe el tiempo. El viernes les servirán el carbón».

\*\*\*\*\*

Decidieron utilizar el dormitorio de su abuela.

—Le encantaba la cama metálica —le comentó Mike—. Decía siempre que no hubo una noche en que no hubiera dormido en ella a pierna suelta.

—Esperemos que surta el mismo efecto en mí —dijo Laurie suspirando.

En el ropero encontraron sábanas limpias, aunque estaban húmedas y pegajosas. El colchón de muelles olía a humedad.

—¡Ay, qué frío tengo, abrígame, anda! —susurró Laurie con un estremecimiento cuando se taparon con las mantas.

—A tus órdenes.

Se durmieron abrazados. A las tres de la madrugada, Laurie lanzó un grito penetrante y quejumbroso que llenó toda la casa.

—¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡No quiero! ¡No quiero!

Dejó de sollozar al amanecer.

—Están cada vez más cerca —le dijo a Mike—. Cada vez más cerca.

\*\*\*\*\*

Llovió durante todo el día. El termómetro exterior marcaba tres grados. Pasaron la mañana leyendo acurrucados en los sofás de terciopelo. Mike vigiló a Laurie y comprobó que se iba relajando. Cuando se quedó dormida después de comer, fue a la cocina y telefoneó al psiquiatra.

—Es posible que la sensación de que están más cerca sea buena señal —le comentó el médico—. Es probable que esté a punto de hacer progresos. Estoy convencido de que esas pesadillas nacen de los cuentos que le contaba su abuela. Si logramos precisar exactamente cuál es el que le causa tanto miedo, podremos eliminarlo, y después a todos los demás. No le pierda de vista, sin

olvidar que es una muchacha fuerte con voluntad de curarse. Tiene media batalla ganada.

Cuando Laurie despertó, decidieron hacer un inventario de lo que había en la casa.

—Papá dice que podemos quedarnos con lo que nos apetezca —le recordó Mike—. Hay un par de mesas que son piezas de anticuario y ese reloj que ves sobre la repisa de la chimenea es una joya.

En el vestíbulo había un trastero. Sacaron cuanto contenía a la sala. Vestida con tejanos y un jersey, y el cabello recogido en un moño, Laurie parecía una chica de dieciocho años. Repasando todos los objetos comenzó a animarse.

—Los pintores locales eran bastante malos —dijo entre risas—, pero los marcos son estupendos. ¿No te los imaginas en las paredes de nuestra casa?

El año pasado, como regalo de boda, la familia de Mike les había regalado una buhardilla en el Greenwich Village. Hasta hacía cuatro meses, habían dedicado su tiempo libre a asistir a subastas y ventas organizadas en busca de oportunidades. Al comenzar las pesadillas, Laurie había perdido interés en decorar el apartamento. Mike cruzó los dedos. Quizá era cierto que empezaba a mejorar.

En el estante superior, sepultado debajo de unas cuantas mantas de diversos colores, descubrieron una Victrola.<sup>[4]</sup>

—Dios mío, me había olvidado de ella —dijo Mike—. Qué hallazgo. Mira. Aquí hay unos discos viejos.

No se percató de que Laurie se sumía en un repentino silencio mientras él quitaba las capas de polvo acumulado en la Victrola y levantaba la tapa. En el interior figuraban la marca Edison, y el logotipo de un perro escuchando el altavoz y el titular *La voz de su amo*.

—Hasta tiene aguja —dijo Mike.

Colocó un disco en el giradiscos, le dio a la manivela, pulsó el botón de encendido y se quedó mirando cómo empezaba a girar el disco. Con cuidado, puso el brazo con la fina aguja en el primer surco.

El disco estaba rayado. Las voces eran masculinas pero chillonas, casi de falsete. La música sonaba mal sincronizada, como si fuera demasiado de prisa.

—No entiendo la letra —dijo Mike—. ¿La reconoces?

—Es *Chinatown* —repuso Laurie—. Escucha.

Se puso a tararear la canción. Su hermosa voz de soprano destacaba en el coro: *Corazones que no conocen otro mundo, vagan de un lado a otro*. Se le quebró la voz. Casi sin aliento, gritó:

—¡Apágalo, Mike! ¡Apágalo ahora mismo!

Se tapó las orejas con las manos y cayó de rodillas; tenía una palidez mortecina en el rostro. Mike apartó la aguja del disco.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No lo sé. No lo sé.

\*\*\*\*\*

Esa noche la pesadilla adquirió una forma distinta. Esta vez, las siluetas que se le acercaban entonaban *Chinatown* con voz de falsete y exigían a Laurie que cantara con ellas.

\*\*\*\*\*

El amanecer los sorprendió en la cocina, bebiendo café.

—Mike, empiezo a recordarlo. Algo que pasó cuando era pequeña. Mi abuela tenía una de esas Victrolas. Y el mismo disco. Le pregunté dónde estaba la gente que cantaba. Creía que se escondían en alguna parte de la casa. Me llevó al sótano y me indicó la carbonera. Me dijo que las voces salían de allí. Me juró que los que cantaban estaban en la carbonera.

Mike dejó la taza de café y exclamó:

—¡Santo Dios!

—Después de eso no volví a bajar al sótano. Me daba miedo. Al cabo de un tiempo nos mudamos a un apartamento y mi abuela regaló la Victrola. Supongo que por eso lo había olvidado.

En los ojos de Laurie brilló un destello de esperanza.

—Mike, es posible que aquel antiguo miedo regresara a mí por alguna razón. Cuando terminé la obra estaba exhausta. Empecé a tener pesadillas

justo después. Mike, ese disco lo grabaron hace muchos años, probablemente todos los cantantes hayan muerto, pero está claro que me acuerdo muy bien del sonido. Quizás ahora se me pase.

—Claro que se te va a pasar.

Mike se puso en pie, le tendió la mano y preguntó:

—¿Qué tal si hacemos una prueba? Abajo hay una carbonera. Quiero que bajes conmigo y la veas.

El miedo se reflejó en los ojos de Laurie; se mordió el labio.

—Vamos —dijo.

Mike observó el rostro de Laurie mientras sus ojos verdes exploraban nerviosamente el sótano. A través de la mirada de su mujer se dio cuenta de la sordidez reinante. La bombilla que pendía del techo. Las paredes de ladrillos llenos de ceniza, brillantes de humedad. El polvo de cemento del suelo que se pegaba a las suelas de las zapatillas. Las escaleras que conducían a las puertas metálicas que daban al patio trasero. El pasador oxidado que las cerraba tenía aspecto de no haber sido descorrido en años.

La carbonera estaba junto a la caldera, en la parte delantera de la casa. Mike notó que Laurie le clavaba las uñas en la palma de la mano cuando se acercaron a ella.

—Nos hemos quedado prácticamente sin carbón —le dijo—. Es una suerte que hoy vengan a traernos más. Dime, cariño, ¿qué es lo que ves?

—Una carbonera. Con unas diez paladas de carbón como mucho. Una ventana. Recuerdo que cuando venía el camión a descargar metían la tolva por la ventana y el carbón bajaba rugiendo. Me preguntaba si a los cantantes no les haría daño cuando les caía encima. —Laurie intentó reírse—. No hay señales de que aquí viva nadie. Ay, Dios mío, que se acaben las pesadillas.

Cogidos de la mano subieron las escaleras. Laurie bostezó.

—Estoy tan cansada, Mike. Y tú, pobre, hace meses que no duermes bien por mi culpa. ¿Por qué no nos metemos en la cama y pasamos el resto del día durmiendo? Te apuesto lo que sea a que no me despertaré con pesadillas.

Se quedaron dormidos. Ella con la cabeza apoyada en el pecho de él y él rodeándola con sus brazos.

—Dulces sueños, cariño —susurró Mike.

—Te juro que lo serán. Te quiero, Mike. Gracias por todo.



\*\*\*\*\*

El ruido del carbón al bajar por la tolva despertó a Mike. Parpadeó. La luz se colaba por las persianas. Instintivamente echó un vistazo al reloj. Eran casi las tres. Vaya, debía de estar realmente exhausto. Laurie ya se había levantado. Se puso unos pantalones color caqui, se calzó las zapatillas y aguzó el oído para comprobar si se oían movimientos en el cuarto de baño. No oyó nada. El albornoz y las zapatillas de Laurie estaban sobre la silla. Seguramente ya se habría vestido. Invasado por un temor irracional, Mike se puso rápidamente un chándal.

La sala. El comedor. La cocina. Las tazas de café seguían sobre la mesa y exactamente como las habían dejado. A Mike se le hizo un nudo en la garganta. El ruido del carbón al caer por la tolva comenzaba a disminuir. *El carbón...* Tal vez. Bajó las escaleras del sótano de dos en dos escalones. Por la carbonera asomaba una pila de brillantes piedras negras. Oyó el chasquido de la ventana al cerrarse. Miró las pisadas del suelo. Las huellas de sus zapatillas. Eran las marcas que habían dejado él y Laurie por la mañana al bajar en zapatillas.

Después vio las huellas de los pies descalzos de Laurie, las bonitas marcas con el arco pronunciado dejadas por sus pies delgados. Se detenían en la carbonera. No había señales de que volvieran hacia las escaleras.

Sonó el timbre. Un sonido agudo e insistente como el de un gong que siempre le había disgustado y que divertía a su abuela. Mike subió las escaleras corriendo. Laurie. Que fuera Laurie.

El camionero tenía un papel en la mano.

—Firme el albarán, por favor.

El carbón. Mike aferró al hombre por el brazo.

—¿Cuando empezó a descargar el carbón, miró dentro de la carbonera?

Unos asombrados ojos azules en un rostro agradable, curtido por el aire y el sol, lo miraron fijamente.

—Claro que sí, miré para ver cuánto necesitaba. Estaba prácticamente a cero. No le habría alcanzado para hoy. Ha dejado de llover, pero seguirá haciendo frío.

Mike procuró no ponerse nervioso.

—¿Se habría dado cuenta si hubiera visto a alguien dentro de la carbonera? Al fin y al cabo, el sótano está oscuro. ¿Habría visto a una mujer joven y delgada si hubiera estado allí dentro inconsciente?

Le leyó el pensamiento al carbonero. «Pensará que estoy borracho o drogado».

—¡Maldita sea! —Gritó Mike—. ¡Mi mujer ha desaparecido! ¡Mi mujer ha desaparecido!

\*\*\*\*\*

Se pasaron días buscando a Laurie. Mike buscó con ellos desesperadamente. Recorrió palmo a palmo la zona densamente boscosa que rodeaba la cabaña. Esperó acurrucado y tembloroso en el atracadero mientras dragaban el lago. Esperó con incredulidad mientras vaciaban la carbonera que acababan de llenar y amontonaban el carbón en el suelo del sótano.

Rodeado de policías cuyos nombres y caras no le decían nada, habló por teléfono con el médico de Laurie. Con un tono de voz apagado, le refirió el miedo que Laurie tenía a las voces de la carbonera. Al concluir Mike con su relato, el jefe de Policía habló con el médico. Cuando colgó, el policía cogió a Mike del hombro y le dijo:

—Seguiremos buscando.

Cuatro días más tarde, un buceador encontró el cuerpo de Laurie enredado en las algas del fondo del lago. Había muerto ahogada. Llevaba puesto el camisón. Conservaba trocitos de carbón prendidos en el pelo y la piel. El jefe de Policía intentó sin éxito suavizar la horrible tragedia de su muerte.

—Por eso sus pisadas se detenían en la carbonera. Debió de meterse en ella para salir por la ventana. Es bastante ancha y era una muchacha delgada. He vuelto a hablar con su médico. Es probable que se hubiera suicidado antes de no haber estado usted a su lado. Es tremenda la forma en que las personas destrozan a sus hijos. El médico de su mujer dice que la abuela la había aterrorizado con estúpidas supersticiones desde antes que aprendiera a andar.

—Me lo contó ella misma. Ya empezaba a darse cuenta.

Mike escuchó sus propias objeciones y también los preparativos para incinerar a Laurie.

A la mañana siguiente, mientras hacía las maletas, llegó la agente inmobiliaria, una mujer de cabello canoso y cara delgada que vestía con sencillez y cuyos modales enérgicos no ocultaban la pena que reflejaban sus ojos.

—Tenemos un comprador para la casa —le dijo—. Si quiere conservar alguna cosa, dígamelo y haré que se la envíen.

El reloj. Las mesas antiguas. Los cuadros de preciosos marcos de los que Laurie se había reído. Mike intentó imaginarse regresando solo a la buhardilla del Greenwich Village y no pudo.

—¿Qué me dice de la Victrola? —le preguntó la agente inmobiliaria—. Es un verdadero tesoro.

Mike había vuelto a dejarla en el trastero. La sacó de nuevo y revivió el terror de Laurie, la oyó cantar otra vez *Chinatown* uniendo su voz a las del viejo disco.

—No sé si la quiero —le contestó.

La agente inmobiliaria le lanzó una mirada de reprobación.

—Se trata de una pieza de coleccionista. Tengo que marcharme. Ya me dirá qué decide hacer con ella.

Mike se quedó mirando hasta que su coche desapareció al girar la curva. *Laurie, te quiero*. Levantó la tapa de la Victrola como había hecho hacía cinco días, cinco días que parecían un siglo. Le dio a la manivela, buscó el disco de *Chinatown*, lo puso en el giradiscos, pulsó el botón de encendido. Se quedó mirando mientras el disco iba cogiendo velocidad, luego soltó el brazo y colocó la aguja en el surco inicial.

«Chinatown, mi Chinatown...».

Mike notó un escalofrío. ¡*No, no!* Incapaz de moverse, incapaz de respirar, se quedó mirando cómo daba vueltas el disco.

«... corazones que no conocen otro mundo vagan de un lado a otro...».

Por encima de las chirriantes voces en falsete de los antiguos cantantes, la exquisita voz de soprano de Laurie llenó la estancia con su plañidera y sobrecogedora belleza.

## CONCURSO DE BELLEZA EN EL PALACIO DE BUCKINGHAM

Sentado en el solarío de su mansión de la Riviera, Sir Winston esperaba pacientemente a que el respetuoso periodista, situado al otro lado de la mesa, comenzara a formular preguntas sobre el sexto volumen de sus memorias, que abarcaban los últimos cuarenta años del siglo XX, y que acababa de ser publicado.

Tenía un poco de frío; giró el pomo que había en su silla y los rayos de sol enfocaron con más fuerza en su dirección.

—Esta idea la han sacado de algo que se llama manta eléctrica —le comentó al periodista—. Pero claro, es muy probable que usted no se acuerde de eso.

Mordió el cigarro y pensó que cuando se llega a los ciento cuarenta y seis años, uno debería recordar que no debe referirse a acontecimientos ni objetos pertenecientes a más de dos generaciones anteriores. De lo contrario, la gente empieza a creer que te estás volviendo loco.

—Sir Winston, he leído todos sus libros, menos este último —le informó el periodista levantando el lápiz—. Echando una mirada retrospectiva a su larga vida, ¿cuál cree usted que fue el momento más crucial? ¿Cuándo cree usted que sus dotes de mando e ingenio llegaron a destacar más? ¿Fue durante las mejores horas de Inglaterra en la Segunda Guerra Mundial? ¿O tal vez cuando fue solicitado como árbitro en la disputa entre Rusia y los Estados Unidos sobre quién se quedaba con el lado oscuro de la Luna? ¿O quizá...?

Sir Winston levantó la mano despacio y repuso:

—Hijo mío, ninguno de esos terribles momentos que menciona hicieron

que se me helara la sangre en las venas como en aquella noche de 1961, cuando tuvo lugar el concurso de belleza más sonado del siglo XX.

Bebió un sorbo de brandy y se estremeció al recordarlo.

—Fue durante los primeros años del reinado de Isabel II —dijo—. Jacqueline Kennedy de Estados Unidos estaba en la Casa Blanca, como primera dama, claro está, no como presidente. La primera mujer presidente no fue elegida hasta un cuarto de siglo más tarde. Fabiola de Bélgica acababa de casarse. La princesa Gracia de Mónaco era famosa por su hermosura. Sirikit de Tailandia y Farah de Irán... En fin, que alguien sugirió que las naciones se reunieran teniendo en cuenta la belleza de sus principales mujeres y acabaron por organizar un concurso entre las damas que acabo de mencionar. Los jueces fueron Jruschov de Rusia, Nehru de la India y De Gaulle de Francia. Yo estaba convencido de que aquello sería un auténtico berenjenal, pero nadie me hizo caso. Y como esas señoras irían acompañadas de sus maridos, la ocasión parecía apropiada para organizar una cumbre informal.

Volvió a coger su copa de brandy y prosiguió:

—Se ideó una medalla para el primer premio. Un mapa del mundo en miniatura con las fronteras delineadas en piedras preciosas, valorado en un millón de libras. Yo ejercía de maestro de ceremonias y el *Times* de Londres me puso el apodo de *sir Bert Parks*, pero nunca logré saber por qué. Alguien había adaptado una canción bastante espantosa, *Ahí está, Miss jefa de Estado*, que la ganadora debía cantar. Tras meses de preparativos, todo quedó dispuesto. El salón de baile del palacio de Buckingham estaba preparado. Se enviaron las invitaciones a la *crème de la crème*, y las participantes llegaron en sus jets privados. Es probable que tampoco se acuerde usted de los jets.

Sir Winston se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

—¡Ah!, es como si hubiera sido ayer —dijo.

El periodista esperó respetuosamente. Lo sabía todo sobre el concurso de belleza. Había leído libros y más libros sobre el tema. ¿Quién no? Era conocido como la obra maestra de Sir Winston.

\*\*\*\*\*

Las participantes esperaban a ambos lados del escenario, dispuestas a pasear por el atestado salón de baile. Las damas allí reunidas lucían trajes de noche y tiaras de alta moda. Para los hombres el frac era *de rigueur*. El gran vestíbulo estaba lleno de flores. Cuando Sir Winston anunció a la primera concursante, la orquesta tocó las notas iniciales de *Pompa y circunstancia*. El público no aplaudió. Hizo una reverencia.

Con paso majestuoso, ataviada con un traje de brillante satén color albaricoque, luciendo en su blanco cuello refulgentes joyas valoradas en un millón de dólares, las manos delgadas y el cabello castaño, apareció su majestad Isabel II, por la gracia de Dios, soberana del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y demás reinados y territorios, cabeza de la Commonwealth, defensora de la fe. Obsequió a la concurrencia con su fulgurante sonrisa, levantó la mano en su conocido gesto de saludo y ocupó su lugar en el estrado.

Era la primera vez que participaba en un concurso de belleza y, aunque ocultaba el nerviosismo tras su regio aplomo, se preguntaba si lograría añadir un título más a su impresionante lista: «la más hermosa primera dama del mundo». Claro que debía competir con bellezas como Gracia de Mónaco, Jackie de las Colonias, Sirikit de Tailandia, Farah de Irán y Fabiola de Bélgica, pero aun así, había recorrido mucho camino desde aquella novia trémula que lograra meter su voluminoso corpachón en el traje azul que Norman Hartnell había creado para que lo luciera después de la boda. Querido Norman. Debió de estar un poco loco para sugerir aquel color. La verdad, así vestida no había dado la imagen de heredera del imperio, sino más bien de imperio, sin más.

Echó una mirada fugaz a la primera fila ocupada por los dignatarios más importantes. Felipe sonreía. Tenía cara de satisfecho, de modo que su aspecto debía de ser inmejorable. Casi le había perdonado lo de aquel día, poco después de nacer Carlos cuando, después de lanzarle una mirada irónica, le había dicho: «Querida, dentro de poco, tu madre y tú podréis intercambiaros los trajes». Claro que le había pasado factura. Meses más tarde, cuando le comentó que casi no tenía cintura, ella le contestó: «Pues mucho mejor, así hará juego con tus cabellos, querido». Aunque el comentario no pareció afectarlo demasiado. Con todo, era bonito sentir que estaba orgulloso de ella.

«Eres una reina soberbia, tesoro, quizá sea porque disfrutas mucho con ello». Claro que disfrutaba con ello, de eso no cabía duda.

El murmullo de admiración se fue apagando; conteniendo el aliento, el público esperó a la siguiente participante. Los ingleses presentes en la sala consideraban que el concurso había terminado, por supuesto. Isabel se había superado incluso a sí misma. No era sólo por aquellos increíbles ojos azules, el cutis perfecto, el cabello brillante. La muchacha tenía presencia, luz propia, en fin, algo lógico cuando se nace reina.

Sir Winston consultó el programa que tenía en la mano antes de anunciar a la siguiente participante. Aunque no hiciera falta. ¡Caramba! Menudo trabajo había costado decidir en qué orden entrarían. Afortunadamente, a Attlee se le había ocurrido sugerir que Isabel, como anfitriona, debía entrar primero, seguida de las demás según el orden de importancia de sus reinados. Solución que eliminaba el delicado problema de la edad y que permitió que la reina saliera en primer lugar, como debía ser. Se podía confiar en los «corderitos» como Attlee, pues acababan convirtiéndose en palomas de la paz.

—Su majestad, la reina Sirikit de Tailandia —anunció logrando reproducir en parte el brillo dorado y sonoro que había tenido su voz en tiempos de guerra.

Al entrar la esbelta Sirikit, el público lanzó un grito de admiración. Vestía un traje de brocado multicolor que recordaba la cultura oriental de su país. Era de líneas rectas, con un corte en la parte delantera que dejaba al descubierto una pantorrilla que no habría desentonado ni en una bailarina de sala de fiestas ni en una reina. Llevaba el cabello negro azabache recogido en lo alto de la cabeza. Al sonreír cortésmente a la audiencia, sus dientes blancos y uniformes lanzaron un destello. Recorrió despacio el salón y subió al estrado tratando de no colocarse demasiado cerca de Isabel.

«Ojalá pudiera ganar —pensaba—. Esos occidentales con sus asombrosas ideas sobre Tailandia...». La culpa la tenía ese libro, *Anna y el rey de Siam*. En el aeropuerto había llegado a oír incluso el siguiente comentario: «Con una reina así, ¿crees que al rey le hará falta tener un harén?». ¡Un harén nada menos! Su querido Phumiphon. Todo el mundo sabía que cualquier posibilidad de que alguna vez llegara a fijarse en otra chica, pasaba porque ésta supiera tocar el saxofón y la trompa de llaves.

En general, había sido su año: ocupaba la lista de mujeres más elegantes del mundo y, si ganaba el concurso, seguramente la gente empezaría a tomarse en serio a su país. Y no sólo por las condenadas joyas de plata que Phumpy insistía en pedirle que luciera para fomentar el comercio.

Entre quienes se atrevían a susurrar se oyeron comentarios entusiastas. Qué comparación imposible, decían. Cómo elegir entre Blancanieves y la Bella Durmiente. No se trataba de grados de belleza, sino de tipo. Que Dios se apiadara de los jueces si las demás eran la mitad de guapas que las dos primeras. Hasta el mismísimo Salomón se habría quedado perplejo. En un concurso como aquél, no se podía abrir las ventanas y dejar que las abejas revolotearan entre las flores.

—Su graciosa majestad, la princesa Gracia de Mónaco —dijo Sir Winston ajustándose las gafas.

Era a la que más temía Sir Winston. Tenía la certeza de que su propia reina podía ganar de sobra a las otras participantes, pero con las actrices nunca se sabía, había que tener cuidado. Se rió por lo bajo. Hacía medio siglo, en su vida había habido una actriz. La adorada Ethel. En *El capitán Jinks de los infantes de marina* estaba arrebatadora. Tenían una manera de mostrarse que superaba incluso a la exhibida por aquellas que habían nacido en el papel de reinas. Inclino la cabeza hacia delante y vio pasar a la princesa Gracia con paso majestuoso. Peor de lo que esperaba..., ¡la muchacha era de una belleza imponente!

Tuvo el detalle de no levantar la cabeza más de lo que lo había hecho Isabel. La gente siempre se fijaba en ese tipo de cosas. La joven se alegró de haberse decidido por el traje blanco. Ella y Rainiero se habían pasado media noche vacilando hasta que por fin decidieron en contra del azul.

—Serás la reina de la nieve —había decretado Rainiero—. Además, el traje blanco destacará más en la nueva serie de sellos.

—Otra serie de sellos no, cariño —protestó ella—. ¿No te parece que empezamos a tener más sellos que cartas en que colocarlos? Nos sobraron tantos de la primera emisión que hubo que guardarlos en el salón de banquetes. El cocinero se ha negado a que utilicemos más botes de los suyos y el sótano ya está atestado.

Rainiero se había mostrado abatido, pero luego, más esperanzado, había



dicho:

—Volveremos a organizar otra Semana Nacional de la Correspondencia. En la última utilizamos todos los sellos del desván.

Gracia comenzó a ascender al estrado pensando en lo bonito que sería ganar por el bien de su esposo, que deseaba fervientemente que su país fuera considerado importante. Esos comentarios que comparaban a Mónaco con Central Park lo tenían muy mosqueado. Además, hacía cuanto podía por ella. Como cuando llegó para la boda, le dijo que en su honor había mandado arreglar todos los escapes de agua del palacio. «Ahora es el sueño de un fontanero», le había comentado, orgulloso.

Después le había mostrado su magnífico jardín de cactáceas. «Cuando tengas ganas de actuar, podemos venir aquí a interpretar una escena de *Solo ante el peligro*», le había sugerido.

Los últimos acordes de *Pompa y circunstancia* se fueron apagando mientras ella ocupaba su sitio en el estrado. «Me encanta esa música. Si no fuera por los cheques de regalías que me mandan por *Verdadero amor*, sin duda, sería mi preferida», pensó. Tuvo que contenerse para no tararear los últimos compases de *Verdadero amor* mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor. Las otras chicas se veían estupendas. Miró fijamente la primera fila de dignatarios y vio que Rainiero le sonreía de oreja a oreja, henchido de orgullo, tanto que parecía a punto de estallar. Se relajó. «Espero que mamá se acuerde de enviarme los periódicos que salgan mañana en Filadelfia», pensó.

Farah Diba esperaba impacientemente en un extremo del escenario. Sabía que le brillaban los ojos, los entornó deliberadamente y se esforzó porque en su rostro se dibujara la suave sonrisa de Mona Lisa que la gente esperaba de ella. Lucía un traje de color verde pálido bordado con cientos de pequeños diamantes. Su querido señor le había colocado personalmente la nueva tiara que valía un imperio. Había retrocedido para contemplarla y asentir con un movimiento de cabeza. «Pequeña, a menos que esos jueces sean tontos, esta noche tendrás un título más», le había dicho.

Ella le había respondido con una sonrisa y le había sugerido: «Si no votan por mí, manda que los decapiten».

Él se había mostrado sorprendido. «Mis antepasados podían haberlo hecho, claro —había reconocido—. Pero hoy en día me temo que sería

considerado poco deportivo». Y enlazando su brazo en el de su esposa, habían partido hacia el salón de baile.

«Lo gracioso —pensaba Farah—, es que aún no sabes que me adoras. En el fondo, crees que el ayer sigue estando aquí presente».

Recordó que estaba en la Sorbona con una amiga cuando leyeron el desconsolado mensaje del sha en el que anunciaba su decisión de divorciarse de su amada Soraya. Su amiga, que era de las sentimentales, le había dicho con un suspiro: «No importa con quién se case, siempre llorará por Soraya».

Farah recordaba su contestación: «Los sauces llorones se trasplantan con facilidad». Seguía creyéndolo así. Claro que al principio no había sido fácil. Pero Reza hijo había inclinado la balanza a su favor. Y ella tenía seis años menos que Soraya. Eso también ayuda.

—Su alteza imperial, Farah Diba, reina de Irán.

Oyó los primeros acordes musicales y salió al gran salón de baile sintiéndose inefablemente segura de sí misma. Una cosa más, una vez ganado el concurso, se encargaría rápidamente de que la avenida de Soraya cambiara de nombre. Hasta entonces no había permitido que lo tocaran. Era mejor mostrarse magnánima, pero todo tenía un límite.

Sabía que el público la comparaba con sus predecesoras. Soraya también había tenido una bella predecesora, ¿pero quién hablaba de ella? Subió al estrado con paso confiado. Reza se inclinaba hacia delante en su asiento, con una sonrisa triunfal en los labios. Farah sintió ganas de lanzarle un beso. Era el tipo de extravagancias que parecían fascinar al sha, pero se contentó con hacerle un guiño apenas perceptible.

«Y lo más gracioso de todo —reflexionó— es que si no fuera por la historia del heredero al trono del faisán, habría preferido una niña».

Sir Winston carraspeó. Esperaba que la dulce muchachita que acababa de salir no hubiera oído los murmullos que la comparaban con sus predecesoras. «Estos países del Cercano Oriente», pensó con impaciencia. ¿Qué diablos había de malo en que una mujer fuera la sucesora al trono? A juzgar por algunos reyes que había conocido, las reinas lo hacían bastante mejor. Y hablando de reinas..., cayó en la cuenta de que el público lo miraba con expectación. ¡Ah!, sí, la nueva jovencita, Fabiola de Bélgica. Una muchachita muy dulce, en verdad, aunque no estaba a la altura de Isabel, pero ¿quién lo

estaba?

—Su majestad, la reina Fabiola de Bélgica.

Fabiola inspiró profundamente, de puro entusiasmo, no de nerviosismo. Avanzó envuelta en satén rosa pálido y reluciente; el exquisito traje de baile llevaba metros y metros de satén, pero, no tenía cola. ¡Santo cielo, cada vez que pensaba en los seis metros de cola del vestido de bodas! Le supuso tal esfuerzo el arrastrarla que se había pasado media luna de miel con tortícolis.

Cruzó lentamente la estancia, inclinándose ligeramente para responder a las reverencias y los vítores. Para dar más alegría a su atuendo con un toque de elegancia española, había sugerido lucir un par de peinetas en el pelo y llevar abanico. Pero Balduino se había mostrado dolido y le había sugerido: «La mantilla y las peinetas puedes llevarlas en algún baile de disfraces».

No pretendía tener el maravilloso atractivo de Gracia o Jackie. «Pero poseo el toque de Cenicienta —pensó—. Capto la imaginación: tía solterona de treinta y un años, con sobrinos a montones, atrapa al mejor partido de Europa». Sonrió a Balduino, sentado bien erguido y con aire orgulloso en la primera fila de dignatarios, y recordó el día en que se conocieron. Había sido en un cóctel, donde se lo presentaron como el conde no sé cuántos. Se había quedado pasmada. ¿Acaso había alguien en el mundo que creyera de verdad que el soltero más codiciado no iba a ser reconocido? Se disponía a hacer una reverencia cuando pensó en el norteamericano que participó en un concurso y que recordó los nombres de un grupo de islitas olvidadas, pero no el nombre del rey de Bélgica. Ese hombre sí que tenía motivos para olvidarse del episodio. Por alguna perversa sutileza, Fabiola decidió imitarle.

Fingió ignorar por completo la verdadera identidad del conde y agradeció siempre a su buena estrella el haberlo hecho. El supuesto conde se había mostrado muy relajado. La verdad era que cuando dirigía el país, «Baldui» parecía presa de un ataque de timidez. De vez en cuando le comentaba: «No me reconociste, ¿verdad, querida?». Había tenido que invitar a cenar al norteamericano del concurso. Sin duda le debía montones de coles de Bruselas. Llegó al estrado y echó un vistazo al magnífico salón de baile. Notaba el peso de la tiara de diamantes e inspiró alegremente. «Esto es mejor que escribir cuentos de hadas», pensó.

Sir Winston carraspeó ruidosamente. Por último, pero por Júpiter, no

menos importante, llegó la última componente del círculo encantado: la guapísima chica de los Kennedy. ¡Ah!, estos norteamericanos, siempre tan peculiares. ¡Francamente arrebatadora! Cuando se hubo aclarado convenientemente la garganta, esperó a que se acallara el murmullo de expectación y entonces, con tono grandilocuente anunció:

—La primera dama de los Estados Unidos, Jacqueline Bouvier Kennedy.

«Oleg se ha superado a sí mismo», pensó Jackie y con gráciles andares cruzó el salón de baile: lucía un traje de satén dorado pálido, de finas líneas, rematado en una incipiente cola. Por supuesto que nadie le hizo reverencias, pero las deferentes inclinaciones de cabeza resultaban muy halagadoras. Esa misma mañana le había comentado a Isabel que un periódico de Washington la había enviado para que redactara unas notas sobre la coronación.

—Ese día, me apiadé de usted —le confesó a la reina—. Cuánta ceremonia. Quién me hubiera dicho a mí que mi futuro iba a depararme una inauguración de este estilo.

—Al menos a usted, querida, le han traído en coche —le espetó Isabel—. El carruaje en que suelen llevarme a mí es excesivo. Se mece como un junco proverbial y el interior parece una nevera.

—Ya —asintió Jackie—, pero cuando usted aparece todos cantan *Dios salve a la reina*. ¿Por casualidad habrá oído interpretar usted *Jacqueline*?

Elizabeth asintió con gesto comprensivo y repuso:

—Nunca figurará en la lista de éxitos.

Jackie sonrió para sus adentros. La reina tenía verdadero espíritu deportivo. Por la mañana saldrían a cabalgar. Antes de subir al estrado, pasó delante de la fila de dignatarios.

El Presidente la observaba fijamente al tiempo que con la mano derecha se daba firmes palmadas en la rodilla, de manera que todo debía de estar en orden. Si Jack dejaba de mover la mano, sería señal de que algo no funcionaba. Como ocurrió en aquel desfile en automóvil; después de recorrer siete kilómetros a paso de tortuga, a ella se le había ocurrido abrir el libro. En cuanto la mano se detuvo, supo que había metido la pata. Pero Chaucer era tan delicioso...

Majestuosa, atravesó el estrado y se fijó en Fabiola, estaba realmente preciosa. «Es tan novata en todo esto como yo, pero también está disfrutando

mucho —pensó Jackie—. Y lo cierto es que no parece molesta por las gafas que lleva el rey Balduino».

\*\*\*\*\*

Había sido el único momento delicado del viaje. Jack había convencido a Felipe, Reza, Balduino, Rainiero y los demás muchachos para que jugaran un partido de fútbol americano en el jardín de palacio. Jack, siendo como era, jugó a ganar.

Felipe había quedado ligeramente lesionado, Balduino miraba con ojos miopes a través de sus gafas y Rainiero se había hecho un esguince en el pulgar. ¿Pero qué más daba? Ahí estaba ella, era lo único que importaba. Y papá Kennedy también se había mostrado entusiasmado con el concurso. Le había prometido un cheque de un millón de dólares si ganaba. Se colocó en el sitio que le habían asignado y le sonrió a Jack mirándolo fijamente a los ojos. «Lo tenemos todo —pensó—. Juventud, belleza, los niños, estamos juntos. Tenemos dinero y la Casa Blanca. ¡Santo cielo, no sé qué haríamos si tuviéramos que repetir la jugada!».

Sir Winston adoptó la expresión de bulldog que tan famoso lo había hecho en los años cuarenta. El concurso había cumplido con su propósito. Los maridos de las concursantes y los jueces participarían en una reunión cumbre sin precedentes. Y él se disponía a inaugurarla con un buen brandy español.

Se dirigió al estrado y con voz rimbombante anunció:

—Hemos intentado lo imposible. Elegir entre la rosa y el lirio, la orquídea y el jazmín. —Miró a los jueces que asentían vigorosa y agradecidamente—. Reunimos a estas señoras en un ramillete sin parangón. Intentar elegir a una de ellas supera la capacidad de la mente humana.

\*\*\*\*\*

Sir Winston abrió los ojos. Había pasado su momento de inspiración. El periodista seguía sentado delante de él, escuchando en silencio.

—Creo que la manera de solventar lo del primer premio fue un toque genial, señor —le dijo, respetuoso.

Sir Winston rió por lo bajo.

—Efectivamente, jovencito —reconoció—. Efectivamente. Me acordé del premio al terminar mi discurso y, desesperado, paseé la mirada por el público. Gracias al cielo divisé a la señora Jruschov que estaba muy elegante con su vestido de terciopelo negro y su collarcito de perlas. Como usted sabrá, siempre había sido famosa por su monumental desaliño. Después de una rápida consulta con los jueces, y de la cortés autodescalificación de Nikita, anunciamos el premio como «la medalla a la mejora más asombrosa» y se la concedimos a ella.

## VUELO CON ESCALAS

¿Dónde diablos estaría Dick? Jen se quitó la gorra del uniforme y se apartó los morenos rizos que se le pegaban a la frente. El sol de abril brillaba con fuerza, el agua verde lamía la tierra... ¡pero qué calor hacía!

Pensó entonces que las Bermudas podían ser un paraíso para quienes iban de luna de miel, pero para las azafatas que cubrían los vuelos de Nueva York y tenían que servir un almuerzo de tres platos a sesenta pasajeros, hacer una parada de cincuenta minutos en Kindley Field y preparar una cena caliente para el vuelo de regreso, las Bermudas era un duro vuelo con escalas.

¿Por qué habría telefonado Dick a Operaciones para asegurarse de que ella cubriría ese vuelo? La invadió una sensación de preocupación, que le resultó extraña en aquella tarde soleada. No podía deshacerse de ella ni siquiera pensando en el mes transcurrido desde que conociera a Dick, aquel pasajero solitario en su primer vuelo a las Bermudas. Se había quejado de que su periódico lo enviara a cubrir una serie de artículos sobre el «paraíso de la luna de miel», y ella se había quejado de que la hubiesen asignado durante un mes seguido al vuelo que llevaba al paraíso en cuestión. Al día siguiente, a la llegada del vuelo, la esperó en el aeropuerto, y así lo había hecho cada día desde entonces.

Pero aquél era su último viaje a las Bermudas y, a la semana siguiente, Dick terminaría su trabajo y regresaría a Nueva York, donde disfrutarían de algunas deliciosas veladas para compensar las horas ajetreadas en el aeropuerto de Kindley Field.

¿Qué habría querido decir Dick el día anterior al confiarle que había dado con una historia realmente grande?

Notó que una mano se posaba en su hombro; se dio la vuelta y se encontró

entre los brazos de Dick. Le dio un fuerte beso, aunque pareció de compromiso.

—Jen, cariño.

Era la primera vez que la llamaba cariño, pero le pareció correcto y natural.

—Presta atención porque tienes que entenderlo a la primera. Ten —le entregó una revista enrollada—, mete esto en tu bolso y entrégalo esta noche al periódico. Ve a las oficinas de la quinta planta y pregunta por Bill Ryan, el jefe de redacción de la noche.

—Bill Ryan, quinta planta —repitió Jen—. Pero...

Dick la interrumpió:

—Lo confirmaré con Operaciones. Un cuarto de hora después de tu llegada, telefonaré a Ryan y le diré a qué se expone. Jen, te estoy poniendo en peligro, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué peligro, Dick?

Vaciló antes de responderle:

—Tienes todo el derecho del mundo a saberlo. ¿Te acuerdas del portaaviones que desapareció al final de la guerra de Corea? Salió en todos los diarios.

Jen asintió con gravedad y contestó:

—En él iba un chico que conocía.

—Fue saboteado. Más de setecientos hombres lograron escapar y luego fueron hechos prisioneros. En esa revista figuran sus nombres, sus números de serie y los campos de prisioneros a los que fueron a parar. Los rojos son capaces de matar a quien sea con tal de que no se publique la lista.

En ese momento, transmitían un mensaje por los altavoces. La voz clara y precisa, de acento británico, que nunca parecía tener prisa, solicitó a todos los pasajeros que se dirigieran a la Puerta 2 para embarcar en el vuelo 401 sin escalas de la Federal Airlines con destino a Idlewild.

El anuncio dio a Jen un momento para reflexionar. Ignoraba cómo había conseguido Dick la revista, pero era evidente que alguien sabía que la tenía, de lo contrario, él mismo la habría llevado a Nueva York.

—¿Te habrán seguido? —le preguntó con un susurro.

Dick echó a andar hacia la puerta.



—Es posible que haya logrado despistar al coche que me seguía, pero no sé cuántos de ellos saben que tengo la revista. Para confundirlos he pedido plaza en el último vuelo hacia Nueva York.

Se detuvieron delante de la puerta de embarque. Dick le dio un apresurado beso, buscó en su billetera y sacó un anillo.

—Jen, es posible que me registren. Te lo había comprado para dártelo en Nueva York, pero llévatelo ahora. Contigo estará más seguro.

Jen miró fijamente el diamante engarzado en una estrecha banda de platino: un anillo de compromiso. Llevaba cinco minutos de retraso. Al confiarle la revista, Dick le decía que la quería y la necesitaba.

—Dentro de unos días te soltaré el discurso convencional —le prometió.

Metió el anillo en un bolsillo interior de la chaqueta del uniforme, le puso la mano sobre el hombro, lo besó y luego salió corriendo por la pista, subió la rampa y se metió en el avión.

Allan Bates, el sobrecargo, se hallaba junto a la puerta, listo para cerrarla.

—Por el amor de Dios, Jen —le soltó—. El capitán Evans está que trina. Ya llevamos dos minutos de retraso. Haz los anuncios mientras yo doy el visto bueno. Será mejor que no te acerques a la cabina de pilotos hasta que el comandante se calme.

Jen contuvo el aliento, se enderezó la gorra y encendió el micrófono.

—Señores pasajeros, buenas noches y bienvenidos a bordo. Realizaremos un vuelo sin escalas hasta el aeropuerto de Idlewild. Nuestro tiempo estimado de vuelo es de tres horas, veinticinco minutos. Rogamos abrochen sus cinturones y no fumen hasta que se hayan apagado las señales indicadoras. En caso de necesitarnos, pueden ustedes pulsar el botón que hay en sus asientos. Tengan ustedes muy buen vuelo.

Apagó el micrófono, quitó el cartel de reservado del asiento para el personal de cabina y se sentó. Justo antes del despegue Allan ocupó el asiento de al lado. Miró por la ventanilla mientras Jen apoyaba la cabeza en el respaldo y cerraba los ojos.

Llevaba el bolso pegado al costado y lo acarició pensando que tendría que esconderlo de inmediato. Todavía resonaba en sus oídos la advertencia de Dick de que podrían seguirla cuando dio unos golpecitos a Allan en el brazo. Apartó la vista de la ventanilla e inclinó la cabeza para oír su pregunta.

—¿Ha subido alguien justo antes de despegar?

Allan asintió con la cabeza.

—El asistente de tierra me dio una lista con ocho nombres. Treinta segundos más tarde, vino a toda prisa con otra lista en la que habían agregado otros tres pasajeros. —Buscó en el bolsillo y añadió—: Aquí tienes una copia.

Jen ojeó rápidamente la nota. Dos matrimonios. Debían de ser las parejas en luna de miel que estaban sentadas delante. Cuatro nombres de mujeres, seguramente las cuatro señoras que viajaban juntas. Se las había encontrado en el aeropuerto y le habían comentado lo bien que se lo habían pasado en las Bermudas. Y... allí estaban... los últimos tres nombres: Hastings, Walter, asiento número seis; Clinton, Andrew, asiento número nueve; Carlson, August, asiento número dieciocho. Jen cerró los ojos. Si a Dick lo había seguido alguna persona, esa persona podía haberlo visto cuando le pasaba la revista y tomar el vuelo a último momento para recuperarla. ¿Cuál de ellos sería?

Allan le dio un toquecito en el brazo.

—La señal se ha apagado, Jen. ¿Qué tal si le llevas una taza de café al comandante? Yo repartiré los periódicos.

Jen fue a la cocina de delante y cerró cuidadosamente la puerta que daba a la cabina. En la pequeña cocina, situada entre la cabina y el compartimiento de los pilotos, tuvo ocasión de pensar. Si ocultaba allí el bolso, ningún pasajero podría llegar a él sin ser visto de inmediato. Si ella se dedicaba a preparar la cena y Allan a servirla, podría vigilar el bolso durante casi todo el vuelo. De todas formas, era mejor que lo ocultara por si alguien intentaba meterse allí a buscarlo. Descartó los armarios de la comida por ser demasiado cómodos, se inclinó y abrió la puertecilla del refrigerador estrecho y oscuro.

En el estante inferior del refrigerador, casi al nivel del suelo, había diversas ensaladas dispuestas en fila. Metió el bolso en el interior y lo colocó detrás de las ensaladas.

Contenta de que no estuviera a la vista, se incorporó y cerró la puertecilla. La satisfacción desapareció cuando notó que se había manchado la manga con el aceite de una de las ensaladas. Se limpió con una servilleta de papel y al ver que lo empeoraba, decidió dejarla. Recordó entonces que el comandante esperaba su café; sacó una taza, sirvió café del termo, le puso dos terrones de azúcar, lo revolvió y se dirigió a la cabina de los pilotos.

—Caliente, dulce y sin leche, comandante —le dijo tratando de parecer despreocupada.

Evans no le contestó. La miró; su cara normalmente agradable tenía una expresión firme y sus ojos eran fríos.

—Jen, en mis veinte años de vuelo nunca he tolerado que un miembro de mi tripulación retrasara una salida. Lo siento, pero pienso hacer un informe sobre esto. Si el del aeropuerto era tu novio, parece buen chico, pero no importa lo que tuviese que decirte, no era lo suficientemente importante como para retrasar el vuelo.

Jen pensó que sí era lo suficientemente importante, pero le contestó:

—Lo siento, comandante. No me di cuenta de que fuera tan tarde.

Allan se encontraba en la cocina, preparando cócteles cuando ella regresó. Le puso en la mano la libretita en la que había apuntado los pedidos y dijo:

—Acaba con esto, ¿quieres? Trataré de terminar con el papeleo.

Jen asintió. Preparar los cócteles le permitiría vigilar la cocina y al servirlos podría estudiar a los pasajeros. Sobre todo a los que habían embarcado en el último momento.

\*\*\*\*\*

Terminó de preparar las copas, se dirigió a la cabina y echó un vistazo a las notas que Allan había tomado. Inclinandose sobre los recién casados de los primeros asientos, les ofreció la bandeja diciéndoles:

—Ustedes habían pedido unos *daiquiris*, ¿verdad?

Estaban enfrascados en una conversación en voz baja y levantaron la vista, sorprendidos.

—Ah, gracias.

La muchacha se iba a servir cuando, sonrojada, apartó la mano y dejó que su marido cogiera las dos copas de la bandeja y le ofreciera una ceremoniosamente.

Jen sonrió. Las Bermudas tal vez no fueran un mal lugar para visitar si en el avión te tomabas los cócteles en lugar de servirlos y si ibas cogida de la mano de tu flamante esposo. Pensó que aquel muchacho era bien parecido,

pero Dick, con su cabello castaño rizado, su sonrisa fácil y su aire despreocupado le resultaba mucho más atractivo.

El toquecito que recibió en el hombro interrumpió el flujo de sus dulces pensamientos. El jefe de cabina estaba a su lado y le decía:

—Jen, dice el comandante que envíes a los pasajeros a ver la cabina de los pilotos.

Jen se lo quedó mirando con cara de asombro. Se había olvidado de que el comandante Evans siempre invitaba a los pasajeros a ver la cabina de pilotos. Todos y cada uno de los pasajeros del avión pasarían por la cocina, pero si terminaba de servir los cócteles en seguida y comenzaba a preparar la cena, podría vigilar el bolso mientras los pasajeros pasaran por allí.

La pareja de recién casados se puso en pie entusiasmada.

—¿Podríamos ser los primeros? —inquirió el muchacho.

El jefe de cabina contestó por Jen.

—Claro que sí, pasen.

Después se dirigió hacia la cocina; la pareja fue tras él.

Jen se apresuró a servir los demás cócteles. Tenía los nervios de punta, le latía la cabeza. Debía regresar a la cocina.

Las cuatro mujeres que viajaban juntas aceptaron los cócteles y le dieron las gracias efusivamente. Por fin la bandeja quedó vacía. Jen la puso de lado y se disponía a avanzar cuando Allan la llamó. Se dirigió a la parte posterior del avión, donde estaba trabajando en un pequeño soporte que hacía las veces de escritorio.

—Jen, no encuentro las declaraciones del equipaje extra. No están en el maletín.

Jen dejó la bandeja en el suelo y se inclinó sobre el maletín.

—Estaban en este compartimiento cuando veníamos hacia aquí esta mañana.

Echó una mirada nerviosa a la parte delantera del avión, consciente de que no podría dejar a Allan hasta que aparecieran las declaraciones. Los recién casados volvían ya de la cabina de pilotos y el jefe de cabina iba acompañado de la otra pareja de jóvenes. En el turno siguiente, llevaría a los tres hombres que viajaban solos. Con impaciencia, Jen sacó todos los papeles del maletín y estuvo unos cuantos minutos repasándolos. Las declaraciones no estaban.

Empezó a guardar otra vez los papeles sin ton ni son, cuando Allan le ordenó bruscamente:

—Para ya, Jen. Colócalos bien, haz el favor. Ya tengo bastantes problemas, sólo falta que vengas tú a liar más la situación.

Cuando por fin terminó de llenar el maletín, el jefe de cabina acompañaba a la segunda pareja a sus asientos. Conteniendo el aliento observó cómo invitaba a los tres pasajeros rezagados a ver la cabina de pilotos.

Miró de reojo la cara de enfado de Allan y no se atrevió a alejarse de su lado. Sus miradas se encontraron.

—Fíjate en mi abrigo, ¿quieres? A lo mejor los he metido en el bolsillo.

Jen se dirigió rápidamente al armario, buscó el abrigo de Allan, lo encontró y a toda velocidad revisó los bolsillos. En uno de ellos encontró las declaraciones. Se las llevó y las dejó caer sobre su regazo.

—Aquí las tienes.

—Qué alivio. Léeme la lista de pasajeros para comprobar si están todas las declaraciones. Después serviremos la cena.

Con ganas de estrangularlo, Jen le leyó la lista. Cuando por fin terminó, el grupo de las cuatro mujeres regresaba de la cabina de pilotos. Todos los pasajeros habían pasado por la cocina.

Mientras Jen se dirigía a toda prisa hacia la parte delantera del avión, una mujer la detuvo para protestar:

—Señorita, ¿no es un descuido por su parte dejar abiertas todas las puertas de la cocina? Me he roto las medias con la manija del refrigerador.

Jen la miró fijamente, se apresuró a ir a la cocina y cerró con fuerza la puerta que la separaba de la cabina. La cocina estaba hecha un desastre. Las puertas de los compartimientos estaban abiertas, algunos comestibles habían caído al fregadero... ¡y el bolso que había dejado en el refrigerador, yacía abierto en la encimera! No necesitó mirar en su interior para saber que la revista con las listas había desaparecido.

Con paso inseguro se acercó al mostrador; se sintió enferma; acarició inconscientemente el bolso, tratando de pensar. Alguien había registrado la cocina hasta dar con el bolso escondido en el refrigerador. Quienquiera que hubiera sido sabía que ella se daría cuenta de la desaparición y procuraría no llamar la atención.

Se puso a ordenar la cocina mecánicamente y luego sacó la lista que tenía en el bolsillo. Tenía que ser uno de los tres que habían llegado tarde, Walter Hastings, Andrew Clinton o August Carlson. Tal vez Bill, el jefe de cabina, se habría dado cuenta de si uno de ellos se había quedado rezagado en la cocina.

\*\*\*\*\*

El vuelo se estaba complicando. Jen tuvo que apoyarse en la mesa del navegante cuando se dirigía a la parte de delante. Bill se disponía a abandonar su asiento en la cabina de pilotos. Le sonrió y dijo:

—Para el minuto escaso que han estado, no ha merecido la pena traer a los pasajeros hasta aquí. Han avisado al comandante que se aproxima mal tiempo, así que me pidió que los hiciera pasar de prisa. Creo que me he pasado. En el último grupo, dejé aquí a los hombres y me fui a buscar a las cuatro mujeres. Coincidimos todos en la cocina y, la verdad, no cabíamos.

Jen se alejó sin decir palabra. Si Bill había dejado solos a los hombres, no tenía sentido preguntarle si alguno de ellos se había rezagado. Tendría que arreglárselas sola para dar con el ladrón, pero le quedaba poco tiempo para hacerlo. El avión hizo un viraje y Jen tuvo que apoyarse en una puerta para recuperar el equilibrio. Cerró los ojos y vio la cara de Dick; al concentrarse en su imagen, recordó su expresión cuando le entregó la revista y le dijo: «¿Te acuerdas del portaaviones que desapareció al final de la guerra de Corea?».

Jen ahogó un sollozo. «Ay, Dick, arriesgaste la vida por esos papeles. Me los confiaste, y en menos de una hora voy yo y los pierdo»; pensó. A la mañana siguiente, las familias de esos muchachos no leerían los titulares que podrían acabar para siempre con sus dudas y su desesperación. Ella se había encargado de que así fuese. Pero no podía defraudarlos. No podía defraudar a Dick y a toda esa gente, ni a todos aquellos muchachos cuya difícil situación, de confirmarse, tal vez podría resolverse. Debía recuperar esas listas y disponía de dos horas para hacerlo.

Se secó las lágrimas con impaciencia. Hastings, Clinton, Carlson. Intentó reconstruir sus impresiones sobre cada uno de ellos cuando les sirvió el cóctel.

Hastings, que ocupaba el asiento número seis, era alto, delgado, de cabello canoso, llevaba bigote, gafas y tendría unos cincuenta y tres años. Estaba enfrascado en la sección financiera de *The Times* y ni siquiera se había enterado de que le estaba ofreciendo una copa. Soltó una risita, le pidió disculpas y comentó:

—Cuando logro tomar unas vacaciones, nunca leo los periódicos, pero en cuanto regreso a casa, empiezo a ponerme al día.

A Jen le dio la impresión de que se trataba de un ejecutivo que en el avión se sentía como en casa.

Clinton había tomado un Manhattan. Le dio las gracias y después de beber apresuradamente un sorbo, le confesó:

—Me vendrá bien. Acabo de enterarme de que anoche mi padre tuvo un infarto.

«El retoño de la familia», decidió Jen. Era un hombre apuesto, bronceado y rubio, que vestía un elegante traje azul y una corbata cara. Era joven, aparentaba unos veinticinco años. Tenía todo el aspecto de ser un agregado de la Ivy League,<sup>[5]</sup> con una camioneta y un «Jaguar» estacionados en el aparcamiento de su casa.

Carlson era corpulento y moreno, de unos cuarenta y dos años; no parecía sentirse cómodo en el avión; le había explicado tímidamente que acababa de visitar a su hijo, que trabajaba en uno de los hoteles de las Bermudas.

Jen se clavó las uñas en las palmas de las manos al pensar que los tres no tenían nada de raro, que parecían ser lo que decían, el hombre de negocios, el niño bien y el empleado de una tienda de comestibles. Pero uno de ellos mentía. ¿Cuál?

Se abrió la puerta de la cabina y se hizo a un lado para dejar pasar a Allan. Había terminado con el papeleo y parecía más contento.

—Jen, será mejor que esta vez te encargues tú de la cocina mientras yo sirvo las cenas. Si lo tuyo con ese periodista va en serio, tendrás que acostumbrarte a preparar comidas. Lo de llevar bandejas no es ninguna ciencia.

Jen pensó a toda prisa. Tenía que servir las cenas. Si se pasaba una hora o más en la cocina, nunca tendría ocasión de averiguar quién tenía la revista. Intentó buscar una excusa creíble que dar a Allan, no se le ocurrió nada mejor

que aducir una jaqueca. Se frotó la frente y le dijo:

—Allan, ¿sería mucho pedir que te encargaras tú de la cocina? Tengo una jaqueca horrible. La próxima vez que volemos juntos, te devolveré el favor.

Allan pareció preocuparse.

—Por supuesto, mujer. A mí no me importa. La verdad es que no tienes buena cara. Si quieres echarte un momento en la litera, yo me ocuparé de la cena.

—No, no. No me veo con ánimo de trabajar en la cocina, eso es todo. Pero te agradezco la sugerencia.

Allan le dio unos golpecitos en el hombro.

—Soy un tipo fácil de conformar. Pero la verdad es que siempre he sentido debilidad por las morenas. ¿Sabes una cosa, Jen? Los periodistas son de poco fiar. Comparados con los sobrecargos, no tienen casi nada que ofrecer. ¿O acaso este discurso llega tarde?

Jen sonrió y repuso:

—Para empezar, llega demasiado tarde, y para terminar, no lo dices en serio.

Allan puso cara de arrepentido y Jen supo lo que le esperaba. Allan se consideraba un conocedor de las mujeres y un tipo solicitado. Tenía que alejarse de él como fuera.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba la cabina de pilotos con la cocina y fue su salvación. Bill les entregó la hoja de vuelo.

—Aquí tenéis, chicos. Indicad a los pasajeros dónde estamos.

Jen se la arrebató.

—Iré yo.

Salió a la cabina como una flecha antes de que Allan pudiera detenerla. Empezó por las parejas de recién casados, a los que soltó el discurso convencional.

—Quizá les interese ver la hoja de vuelo. Aquí se indica la ruta, la altitud, la velocidad a la que volamos y a la que soplan los vientos de cola. La cruz que ven aquí marcada indica nuestra posición en este momento.

Podía haberles pedido que fueran pasando la hoja cuando la hubieran visto, pero esperó, con los nervios tensos, ansiosa de que llegara el momento de llevársela a los tres hombres.



\*\*\*\*\*

Al entregarle la hoja a Walter Hastings, el ejecutivo maduro, trató de estudiarlo mientras él la miraba. El único equipaje de mano que llevaba era un maletín que yacía abierto a sus pies. Sobre el regazo tenía unos cuantos papeles. La revista con las listas podía encontrarse en el maletín, pero de ser así, ¿sería tan osado como para dejarlo abierto? Y si era culpable, ¿acaso no estaría haciéndose pasar por un banquero ocupado que procuraba retomar el ritmo de trabajo? Le devolvió la hoja de vuelo murmurando un gracias.

Se dirigió a Andrew Clinton. Sacudió la cabeza cuando intentó entregarle la hoja.

—No, gracias. Me creo todo lo que usted me cuente.

Encendió un cigarrillo y le ofreció uno. Ella lo rechazó y él asintió.

—¡Ah!, es verdad. No les está permitido fumar mientras trabajan, ¿verdad?

Tenía los ojos azules con manchitas oscuras cerca de la pupila. Era atractivo; le gustaba el corte elegante de su traje, los pantalones bien planchados que habían sobrevivido a la calurosa tarde de las Bermudas y sus immaculados zapatos blancos. En cierta ocasión, había regañado a Dick por llevar el traje arrugado, y él le había dicho que eso le daba un aire juvenil.

Jen volvió a la realidad. Debía averiguar más cosas sobre aquel joven, tratar de conocerlo mejor. Recordó que le había comentado que su padre había tenido un infarto.

—Debe de estar usted muy preocupado por su padre.

El muchacho asintió.

—No dejen de pensar en que si me hubiera dedicado más a la empresa, podría haber sido él quien tomara las vacaciones y esto no habría pasado. Pero no quiero aburrirla con mis problemas.

—No me aburre usted en absoluto —repuso Jen—. Trate de no preocuparse tanto. Probablemente no sea tan grave como pudo parecerle por el telegrama.

Siguió avanzando hacia la cola del avión. Se encontraba ante otro interrogante, el del hijo solícito que se culpa de haberse ido de vacaciones

dejando a su padre al frente del negocio y trabajando tanto que le da un ataque. Se volvió y notó que encima del asiento de Andrew Clinton, en el portaequipajes, había una pequeña bolsa de cremallera de las que las empresas aéreas regalan a los pasajeros. De haber tenido la revista, ¿se habría atrevido a dejar la bolsa en el portaequipajes? Sacudió la cabeza, desesperada. Tanto él como Hastings parecían personas de lo más normales. Tal vez Carlson...

Llegó a su asiento y le ofreció la hoja de vuelo. Era un hombre moreno que llevaba un traje grueso y los zapatos muy lustrados. Contempló la hoja con cara de asombro, pero cuando ella le explicó de qué se trataba, la cogió ansiosamente.

—Mi hijo sabe de estas cosas. Trabaja en el hotel «Princess». Pronto lo harán jefe de camareros.

Colocó la hoja de vuelo sobre sus rodillas, metió la mano en el bolsillo y sacó con dificultad una vieja billetera de la que extrajo una foto en la que aparecía una versión más joven de sí mismo.

—Es éste vestido de uniforme.

Jen echó un vistazo a la foto.

—Es igualito a usted.

El hombre se sintió tan orgulloso que se irguió en el asiento.

—Todo el mundo lo dice. ¿Sabe? Él me mandó el dinero para este viaje. Me escribió una carta. —Sacó la carta—: «Papá, cierra la tienda y ven a pasar dos semanas conmigo. Esto es el paraíso».

Guardó la carta y la foto, y devolvió a Jen la hoja de vuelo.

Otro interrogante. Ese pasajero llevaba un bolso negro de aspecto gastado que asomaba por debajo del asiento. «Tal vez haya ocultado allí las listas y su aire incómodamente orgulloso sea fingido, pero lo más probable —pensó Jen—, es que en el bolso lleve recuerdos baratos para sus amigos».

Terminó de enseñar la hoja de vuelo a los demás pasajeros, se dirigió al depósito de agua y se sirvió un vaso. El tiempo pasaba. Con cada vuelta de las hélices, el avión se acercaba más y más a Nueva York y ella seguía sin tener idea de cuál de los tres hombres había robado la revista. El rostro de Dick la perseguía. Y toda aquella gente sin nombre cuyos hijos estaban a bordo del portaaviones parecía rodearla y mirarla con gesto acusador.

Le entraron ganas de gritar: «¡Dios mío, ayúdame!». Se bebió el agua y miró hacia la parte delantera del avión. Allan había abierto la mitad superior de la puerta de la cocina y con la parte inferior había hecho una mesa en la que colocar las bandejas con la cena.

Jen fue al lavabo, se peinó, se repasó los labios y se lavó las manos. Contempló con rabia la mancha de la manga que se había hecho con la ensalada del refrigerador. Acto seguido, su expresión pasó del fastidio a la fascinación y el entusiasmo. Recordó que al esconder el bolso había puesto mucho cuidado en no tocar la ensalada, pero aun así se había manchado. Quien hubiera buscado su bolso sólo había dispuesto de un instante para sacarlo y coger los papeles. Quienquiera que hubiera sido, no había tenido tiempo para hacerlo con cuidado y, con toda probabilidad, también se habría manchado la manga. Era una posibilidad remota, una mínima esperanza, pero era la primera pista aparente con que contaba.

Hastings, el banquero, se había quitado la americana y la tenía doblada, debajo de los papeles desparramados a su alrededor. ¿Se la habría quitado por algún motivo en particular?

Andrew Clinton le había ofrecido un cigarrillo con la mano izquierda posada en el apoyabrazos. ¿Acaso sería porque se había percatado de que una mancha en la manga llamaría la atención en un hombre tan elegante y pulcro como él?

Carlson había dejado la hoja de vuelo sobre su regazo al buscar su billetera. ¿No habría sido más lógico sostenerla en una mano y buscar la billetera con la otra?

Jen salió del lavabo y cerró la puerta con decisión. De un modo u otro tenía que ver las mangas de sus chaquetas.

\*\*\*\*\*

En la parte inferior de la puerta de la cocina había una bandeja humeante. Allan había terminado de preparar la cena. Jen avanzó velozmente por el pasillo y cogió la bandeja. Allan ya no estaba de humor para bromas. Levantó la vista del horno, del que extraía las cenas hirvientes y en voz baja le espetó:

—Por el amor del cielo, ¿qué diablos te pasa en este viaje? Si esto se enfría se convierte en un mazacote y tú vas a desaparecer justo cuando lo tengo todo a punto.

Jen se puso a distribuir las bandejas. Al llegar a Hastings, los papeles ya no estaban a la vista, su maletín estaba cerrado sobre el asiento y se había puesto la chaqueta. Cogió la bandeja con ambas manos y en las mangas no tenía ni rastro de manchas. Era el típico ejecutivo bien educado que lo recoge todo antes de cenar.

Jen estaba nerviosa. Si no le fallaba la corazonada, podría eliminar a Hastings de la lista de sospechosos.

Andrew Clinton era el siguiente. Pero cuando le ofreció la bandeja, sacudió la cabeza.

—No, gracias. Sería incapaz de comer nada.

Desanimada, Jen le pasó la bandeja a una de las cuatro mujeres que la recibió exclamando:

—¡Esto tiene una pinta exquisita!

Le tocaba a Carlson. Tendió la mano derecha para recibir la bandeja. Jen le vio la parte inferior de esa manga y estaba impecable. Se disponía a continuar cuando de pronto le dijo:

—Cielos, me parece que se ha salpicado usted con el café. Espero que no se le haya manchado la manga.

Le levantó la mano izquierda y le examinó con atención la manga. Nada.

Jen volvió a la cocina y sirvió la cena a la tripulación. Si su corazonada estaba en lo cierto, tenía que haber sido Andrew Clinton, el hijo presuntamente solícito, quien había robado los papeles. Terminó de atender a la tripulación y preparó una bandeja pequeña con dos tazas de café humeante, un azucarero y una jarrita con crema.

Clinton miraba por la ventanilla y se volvió sobresaltado cuando ella se sentó a su lado. Poniendo cara de inocente, le dijo:

—Un café le animará. —Sonrió y luego añadió—: Y hablar con alguien puede que le ayude a no pensar tanto. Si no le importa, me tomaré el café con usted.

El muchacho no tuvo más remedio que aceptar su invitación. Jen notó que cogía la taza cuidadosamente con la mano izquierda y que deslizaba la derecha

sobre el regazo al tiempo que rechazaba el café y la crema. «Una de dos — pensó—, o le gusta solo, o no quiere levantar la otra mano para servirse la crema».

Se puso a hablar de cualquier cosa. Le contó que le encantaba Londres, le preguntó si había estado allí. Le dijo que volar de noche siempre tenía su lado interesante y de pronto le soltó:

—Fíjese, ¿no le parece un banco de nubes absolutamente maravilloso?

El muchacho levantó la vista hacia donde ella señalaba con la mano en la que sostenía la taza. Jen inclinó la taza adrede y dejó caer unas gotas de café sobre la mano derecha de Andrew Clinton. Apartó la mano lanzando una maldición para dejarla caer otra vez sobre su rodilla, pero Jen ya había visto la mancha en la parte inferior de la manga derecha.

En ese instante, Jen pensó que no debía permitir que él se diera cuenta de que lo había descubierto. Si llegaba a tener la certeza de que sabía dónde estaban los papeles podía ser capaz de destruirlos antes de correr riesgos. Como si nada, sacó el pañuelo y le secó la mano.

—No sabe usted cuánto lo siento.

No le costó demasiado balbucear esta disculpa con un hilo de voz. Le miró a la cara. El enfado se reflejaba en sus ojos calculadores, pero al comprobar que ella seguía disculpándose, se relajó y la miró con más naturalidad.

—No ha sido nada. Por favor, no se preocupe.

—Es usted muy amable. Ha sido una torpeza de mi parte. Le ruego que no la tome usted con la compañía.

\*\*\*\*\*

Al ir hacia la parte delantera del avión fue recogiendo bandejas. Al localizar a la persona que llevaba los papeles sintió un alivio que desapareció cuando se dio cuenta de que todavía le quedaba lo peor: recuperarlos. La revista debía de estar dentro de la bolsa de la empresa aérea, en el portaequipajes, justo encima del asiento de Clinton.

Mecánicamente dejó las bandejas en la cocina y fue a por más. Si Clinton estaba tan seguro de sí mismo, tal vez pudiera cogerlo desprevenido. ¿Pero

cómo? Si Dick hubiera estado allí, habría sabido qué hacer.

Dick... de sólo pensar en su nombre se sintió más animada y alegre. «Dentro de unos días te soltaré el discurso convencional», le había dicho. ¿Seguiría la promesa en pie si le fallaba cuando más la necesitaba?

Llevó las últimas bandejas a la cocina. Allan había terminado de recoger y estaba metiendo la basura en las bolsas.

—Eh, Jen, ¿has comprado algo en el Field? —le preguntó dándole un último repaso a las encimeras relucientes—. He de tener la declaración lista para los de aduana.

«¡La aduana!». Jen se aferró a esa palabra. ¿Acaso existía la posibilidad de recuperar la revista en la aduana? Era el único lugar en el que Clinton tendría que abrir la bolsa. ¿Cómo podría conseguir que lo entretuvieran allí? Se acordó del anillo que le había dado Dick. Recordó que tendría que declararlo. No quería que Allan se enterara de que llevaba un anillo de compromiso, seguramente se lo contaría al resto de la tripulación y no quería que la molestasen con eso.

—He comprado algunas cosas —le contestó—. Déjame una declaración, ¿quieres?

—Claro. —Allan sacó un impreso del bolsillo y le comentó—: Pero jamás entenderé cómo puedes ir de compras a finales de mes.

Jen regresó a la cabina, se sentó en el asiento de la tripulación y empezó a rellenar la declaración.

«Un anillo de diamantes, valorado en...». Hizo una pausa y sostuvo el bolígrafo en el aire. No sabía cuánto valía el anillo. No tenía la factura. Y si trataba de explicarlo probablemente se metería en un lío.

Una idea empezó a tomar forma en su mente; guardó lentamente el bolígrafo y rompió la declaración. Era una posibilidad remota, desesperada, pero era la única que le quedaba. Volvió al armario de los abrigos donde encontró una gabardina con el número 9. Era la de Andrew Clinton. Muy despacio la descolgó de la percha.

\*\*\*\*\*

Justo cuando terminaba sonó el timbre. Un vaso de agua para una de las señoras, luego otro más. Allan regresaba de la cocina.

—Quedan cinco minutos, Jen. Será mejor que empieces a repartir los abrigos.

Presa del aturdimiento, los repartió tratando de que su mente se concentrara en lo que faltaba. Tenía que calcular bien el tiempo. Si Clinton llegaba a sospechar algo, estaba perdida. Una vez más deseó con todas sus fuerzas que Dick estuviera allí. Él habría sido capaz de llevar aquel asunto muchísimo mejor. «Jen, cariño». Si llegaba a fallarle, ¿volvería a llamarla cariño?

Entregó los abrigos cortos, de líneas cuadradas, a las señoras, una prenda ligera pero abrigada a Hastings, la gabardina *beige* a Andrew Clinton. Se dirigió hasta su sitio y la dejó caer doblada sobre el asiento vacío de al lado. Notó entonces que llevaba la bolsa firmemente apretada debajo del brazo.

—¿Cómo tiene la mano, señor Clinton? —le preguntó—. ¿Le duele?

—En absoluto. Ha sido usted muy amable. Tengo la sensación de que mi padre se pondrá bien.

—Me alegro. La incertidumbre es algo horrible, ¿no? —Se mordió el labio; sabía que sus palabras tenían doble sentido.

Se encendieron los indicadores para que los pasajeros se abrochasen los cinturones. Allá abajo, dispuestas en su perfil familiar y acogedor, brillaban las luces de Nueva York. Jen conectó el micrófono.

—Señores pasajeros, rogamos abrochen sus cinturones para el aterrizaje y apaguen sus cigarrillos. El comandante y la tripulación deseamos que hayan tenido un buen vuelo y esperamos volver a tenerlos muy pronto a bordo.

Se sentó en el último asiento. Allan estaba a su lado. Diez minutos más y sabría si por la mañana las familias de todos esos muchachos tendrían noticias de sus hijos.

Allan le dio un ligero codazo y dijo:

—Venga ya, niña. Éste ha sido el peor vuelo que he hecho contigo. Te has pasado la tarde en las nubes.

Abrió la puerta exterior dejando entrar una ráfaga del viento de abril que condenó al recuerdo el cálido sol de las Bermudas. Jen condujo a los pasajeros por la rampa y cruzó con ellos la pista.

\*\*\*\*\*

La sala de la aduana estaba muy iluminada, desnuda y vacía, salvo por los hombres con cara de aburridos, parapetados detrás del mostrador. Apenas se fijaron en el equipaje de los tripulantes y les indicaron que siguieran con una seña. Jen retrocedió después de entregar su declaración en blanco y se demoró un rato para ponerse el abrigo y el gorro.

Hastings fue el primer pasajero en pasar por la aduana. El empleado le abrió el bolso, palpó la ropa que había en el interior y lo cerró de un golpe.

Andrew Clinton fue el siguiente. Miró de reojo a Jen y sonrió al empleado de la aduana.

—Sólo llevo una muda y mi neceser. He tenido que volver urgentemente por enfermedad de un familiar. El equipaje me llegará después.

El inspector abrió la cremallera de su bolsa y sacó lo que había dentro. Un neceser cayó sobre el mostrador seguido de la revista. Jen se la quedó mirando. Clinton tendió la mano con disimulo para taparla. Debía actuar sin más dilación.

—Señor Clinton, ¿por qué no les dice que lleva un anillo de diamantes en el forro de la gabardina? —le preguntó.

Se volvió hacia ella con la cara colorada como la remolacha.

—¿Qué anillo de diamantes?

Al inspector de aduanas se le borró el aburrimiento de la cara. Lanzó una mirada penetrante a Clinton y luego se fijó en Jen. Ella sostuvo su mirada y le explicó:

—Yo le presté esa revista al señor Clinton. Cuando fui a pedírsela vi que examinaba un anillo de diamantes. Sabía que no lo había declarado y le vi cortar el bolsillo de su gabardina con la navaja y meter el anillo en el forro.

Clinton había apartado la mano de la revista. Jen la cogió cuando los empleados de la aduana lo sujetaban. Jen se dio media vuelta y salió corriendo. Oyó que uno de los empleados le decía a Clinton:

—Vamos, hombre, no la tome usted con la chica. Debería saber usted que esto no se hace. Si hubiera hecho usted la declaración...

En el edificio Globe el ascensor se detuvo en la quinta planta. Jen salió y



un hombre de cabellos grises y cara de preocupación la aferró por los hombros y le preguntó:

—¿Traes la lista?

Asintió débilmente. El hombre la soltó y cogió la revista que ella le ofrecía.

—Gracias a Dios. Tengo a Dick al teléfono desde hace más de media hora. Está preocupadísimo. Dice que te han seguido. ¿Has tenido algún problema?

—¿Sigue Dick al aparato? —le preguntó Jen.

El hombre le indicó un teléfono con el auricular descolgado.

—Ahí lo tienes. —Salió corriendo hacia un recadero y le gritó—: ¡Dile a Charlie que hay que volver a enmaquetar las dos primeras páginas!

Jen cogió el auricular con la mano temblorosa y susurró el nombre de Dick. Desde lejos le llegó su respuesta:

—Jen, cariño, en mi vida había pasado tanto miedo. ¿Estás bien?

—Ha sido horrible, pero ahora todo está en orden, Dick. Le he entregado la lista al jefe de redacción.

El suspiro de alivio le llegó desde miles de kilómetros de distancia.

—Cariño, ponte ahora mismo el anillo. No habrá discurso convencional ni nada. No pienso darte ocasión de que me lo devuelvas.

El anillo... prismas de luz azules y blancos. Jen notó el calor de las lágrimas en las mejillas.

—Dick, lo he perdido. Era la única manera. O el anillo o las listas.

En ese momento le quitaron el auricular de la mano. Era el jefe de redacción que decía:

—Dick, coge el primer avión que encuentres. Iremos los tres a comprar otro.

## POLIZÓN

Envuelta en el abrigo azul del uniforme, Carol se estremeció y procuró hacer caso omiso de su creciente inquietud. Al echar un vistazo a la sala del aeropuerto, pensó que las muñecas campesinas de alegres trajes expuestas en las vitrinas suponían un incongruente fondo a los policías de cara seria que paseaban delante de ellas. Los escasos pasajeros esperaban apiñados el momento de embarcar y aprovechaban para mirar a los policías con ojos llenos de odio.

Al dirigirse hacia ellos, oyó a uno de los pasajeros que decía:

—La cacería se está haciendo esperar. Los cazadores no están contentos.

—Se volvió hacia Carol y añadió—: ¿Cuánto hace que vuela, señorita?

—Tres años —respondió Carol.

—Parece usted muy joven incluso para tan corta experiencia. Ah, si hubiera usted visto mi país antes de que lo ocuparan. Esta sala era siempre muy alegre. En mi última visita, cuando volvía hacia los Estados Unidos, vinieron a despedirme veinte parientes. Hoy ninguno se ha atrevido. No es conveniente exhibir en público que uno tiene contactos con los Estados Unidos.

Bajando la voz, Carol le preguntó:

—Hay más policías de lo normal. ¿Sabe usted por qué?

—Ha escapado un fugitivo —le susurró—. Lo han visto por aquí hace una hora. Seguro que lo atraparán, pero espero no estar aquí para presenciarlo.

—Embarcaremos dentro de un cuarto de hora —le comentó Carol para infundirle ánimos—. Discúlpeme. He de ver al comandante.

Tom acababa de llegar de la Oficina de Operaciones. Hizo un ligero movimiento de cabeza cuando sus ojos se encontraron. Carol se preguntó

cuánto tiempo debía transcurrir para que su corazón dejara de latir con fuerza cada vez que lo veía, cuándo dejaría de quedarse boquiabierto ante su espléndida altura y su uniforme oscuro. Se recordó a sí misma que ya era hora de que dejara de considerarlo como el hombre que había amado tiernamente y lo viera como un piloto más.

Al hablarle, entrecerró sus ojos grises, y utilizó un tono de voz natural.

—¿Me buscaba usted, comandante?

El tono de Tom fue tan natural como el de ella.

—¿Has comprobado cómo está Paul?

Carol sintió vergüenza al contestar que no había pensado en el sobrecargo desde que aterrizaran en Danubia hacía una hora. Paul se había encontrado mal por el efecto de unas vacunas, por lo que se había quedado en la litera de la tripulación mientras el avión repostaba para el vuelo de regreso a Frankfurt.

—No, comandante. Estaba demasiado concentrada en ver a nuestros amigos jugando al escondite —repuso inclinando la cabeza en dirección a los policías.

Tom asintió.

—No me gustaría estar en el lugar de ese pobre tipo cuando lo atrapen. Están seguros de que se encuentra en la pista.

Por un momento, la voz de Tom se tornó familiar, confidente, y Carol lo miró ansiosamente. Pero en seguida volvió a adoptar el tono formal del comandante que habla a la azafata.

—Por favor, sube a bordo y comprueba si Paul necesita algo. Le pediré al personal de tierra que acompañe a los pasajeros.

—Muy bien, señor —repuso y se dirigió a la entrada de la pista.

El aeropuerto estaba frío y desolado en la semipenumbra de aquella tarde de octubre. Tres policías abordaron el avión situado junto al de ella. Al verlos se echó a temblar; subió y se dirigió a la parte delantera, en busca de Paul.

Lo encontró dormido; le puso otra manta y regresó a la cabina. «Diez minutos más y todos habrán embarcado», pensó echando un vistazo al reloj. Sacó un espejo de mano y se pasó el peine por la corta cabellera rubia cuyos rizos asomaban por debajo de la gorra.

De pronto, horrorizada, vio reflejada en el espejo una mano delgada que aferraba la barra del armario abierto justo detrás de su asiento. ¡*Alguien*

*trataba de ocultarse en ese hueco!* Presa del nerviosismo, miró por la ventanilla para pedir ayuda. El destacamento policial había abandonado el avión contiguo y se dirigía al de ella.

—Guarde el espejo, señorita —pidió el desconocido en voz baja y en un inglés claro pero con marcado acento.

Oyó que apartaba las perchas. Se giró y quedó cara a cara con un muchacho de unos diecisiete años, abundante cabello rubio e inteligentes ojos azules.

—Por favor, no tenga miedo. No le haré daño. —El muchacho echó un vistazo por la ventana y vio que los policías se acercaban rápidamente—. ¿Existe otra salida en este avión?

Carol ya no temía por ella sino por el muchacho; la invadió una sensación de desastre. El muchacho miraba hacia todos lados con ojos asustados; luego se apartó de la ventana como un animal atrapado. Tendió la mano hacia Carol y desesperado, le imploró:

—Si me encuentran, me matarán. ¿Dónde puedo esconderme?

—No puedo esconderte —protestó Carol—. Te encontrarán cuando registren el avión y no puedo comprometer a la empresa.

Intuyó con claridad la cara que pondría Tom si la Policía llegaba a descubrir a un polizón a bordo, sobre todo si ella lo había ocultado.

Se oyó un rumor de pasos subiendo por la rampa, unos pies pesados hicieron resonar el metal. Llamaron a la puerta con fuertes golpes.

Carol se quedó mirando, fascinada, los ojos del muchacho, la negra desesperanza reflejada en ellos. Miró nerviosamente a su alrededor. La chaqueta del uniforme de Paul colgaba de una percha en el armario. La sacó y cogió la gorra que había en el estante.

—Ponte esto, de prisa.

La esperanza iluminó el rostro del muchacho. Se abrochó a toda prisa y se metió el cabello debajo de la gorra. Volvieron a llamar a la puerta.

Carol tenía las manos húmedas y los dedos entumecidos. Empujó al muchacho para que se sentara en el asiento trasero; torpemente abrió el portafolios de la nave y desparramó unas cuantas declaraciones de equipaje sobre su regazo.

—No abras la boca. Si me preguntan cómo te llamas, diré que Joe

Reynolds. Y reza para que no nos pidan los pasaportes.

Sintió tal debilidad en las piernas que creyó imposible llegar a la puerta de la cabina. Cuando tiró de la palanca, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y pensó en que el disfraz del muchacho resultaría lastimosamente transparente. Se preguntó si lograría impedir que la Policía registrara el avión. La palanca giró y la puerta se abrió. Bloqueó la entrada y al encontrarse frente a los policías se propuso emplear un tono de fastidio.

—Mi compañero y yo estamos revisando unos papeles. ¿A qué viene todo esto?

—Seguramente ya le habrán informado de que estamos buscando a un traidor fugitivo. No tiene derecho a obstaculizar a la Policía en el cumplimiento de su trabajo.

—Por lo que a mí respecta, son ustedes quienes están obstaculizando el cumplimiento de mi trabajo. Informaré de esto al comandante. No tienen derecho alguno a entrar en un avión norteamericano.

—Estamos registrando todos los aviones que hay en la pista —dijo el jefe del grupo—. ¿Quiere dejarnos pasar? Sería muy desagradable tener que entrar por la fuerza.

Consciente de que era inútil resistirse, Carol se sentó rápidamente junto al muchacho, se inclinó hacia él y con la espalda procuró ocultarlo de la vista de la Policía. El chico inclinó la cabeza sobre los papeles. Bajo la escasa luz su uniforme pasaba inadvertido y como estaba medio acurrucado no se notaba que no llevaba corbata.

Carol cogió unas declaraciones de las que tenía sobre el regazo y le dijo:

—Está bien, Joe, acabemos con esto. «Kralik, Walter, seis botellas de coñac valoradas en treinta dólares. Un reloj, valorado en...».

—¿Quién más hay a bordo? —preguntó el jefe del grupo.

—El sobrecargo. Está durmiendo en la litera de tripulación —repuso Carol muy nerviosa—. Ha estado enfermo.

La mirada del inquisidor se posó brevemente en «Joe» sin asomo de interés.

—¿Nadie más? Es el único avión norteamericano. Lo lógico es que el traidor viniera hacia aquí.

Otro policía había registrado los lavabos, el armario y debajo de los

asientos. El tercer componente del grupo regresó de la cabina de pilotos.

—Ahí dentro hay un hombre durmiendo. Es demasiado mayor para tratarse de nuestro prisionero.

—Lo han visto por aquí hará un cuarto de hora —le informó el jefe del grupo—. Tiene que estar en alguna parte.

Carol echó un vistazo al reloj. Las siete cincuenta y nueve minutos. Los pasajeros estarían cruzando la pista. Disponía de un minuto para deshacerse de los policías y esconder al muchacho.

Se puso en pie procurando ocultar a Joe con su cuerpo. Miró de reojo la ventana del lado opuesto y vio que se abría la puerta de la sala de espera. Dirigiéndose al jefe le dijo:

—Ya han registrado el avión. Mis pasajeros están a punto de embarcar. ¿Quieren hacer el favor de marcharse?

—Parece usted muy ansiosa por deshacerse de nosotros, señorita.

—No he terminado de rellenar papeles y una vez que los pasajeros estén a bordo me resultará difícil hacerlo.

Se oyeron unos pasos apresurados subiendo por la rampa. Entró un mensajero y le dijo al jefe:

—Señor, el comisario quiere un informe inmediato de la búsqueda.

Aliviada, Carol vio salir a los policías a toda prisa.

La azafata de tierra y los pasajeros se encontraban al pie de la rampa cuando bajaron los policías. Los miembros de la tripulación subieron a bordo por la entrada delantera.

—Joe —dijo Carol. El muchacho se levantó del asiento y se agazapó en el pasillo. Carol lo llevó hacia el fondo del avión y le indicó el lavabo de caballeros—. Métete ahí dentro. Quítate el uniforme y no le abras a nadie más que a mí.

Se colocó en la puerta de la cabina y sonrió a la azafata de tierra y a los pasajeros. La azafata de tierra le entregó la lista y esperó a que ella recibiera a los pasajeros y les indicara sus asientos.

La lista contenía seis nombres. Cinco estaban mecanografiados y el de «Vladimir Karlov» había sido añadido en el último momento. Junto al nombre figuraban cuatro letras, «exco».

—Extrema cortesía... ¿Quién es el VIP? —le preguntó Carol a la azafata

de tierra.

—Un pez gordo. El comisario de Policía de Danubia. Uno de los peores carniceros, así que tratadlo con guante blanco. Se ha detenido a hablar con el grupo que busca al prisionero fugado.

¡El comisario de Policía en ese vuelo! Carol sintió náuseas, pero al verlo subir por la rampa, le tendió la mano con una sonrisa. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, nariz estrecha y labios finos.

—Me han dado el asiento cuarenta y dos.

Carol sabía que no podía colocarlo en la parte posterior del avión, porque vería a «Joe» cuando lo sacara del lavabo.

—El vuelo a Frankfurt es una maravilla —le comentó con una sonrisa afable—. Sería una pena que no se sentara delante del ala...

—Prefiero un asiento en la parte de atrás —repuso él—. Se viaja mucho mejor.

—Se trata de uno de nuestros vuelos más tranquilos. En los asientos de delante no notará usted ni un solo movimiento y podrá contemplar mejor el panorama.

El comisario se encogió de hombros y la siguió por el pasillo. Echó un vistazo a la lista y dudó de si debía ubicarlo al lado de otro pasajero. Si lo hacía, tal vez se pondrían a conversar y el hombre estaría más distraído cuando ella sacara a Joe del lavabo. Pero al recordar los amargos comentarios de algunos pasajeros sobre la búsqueda, decidió no hacerlo y lo condujo al asiento número tres, donde colocó el bolso en el portaequipajes y le pidió que se abrochara el cinturón.

El pasajero del asiento número siete se levantó y se dirigió a la parte posterior. Carol lo alcanzó justo en la puerta del lavabo de caballeros.

—Señor, siéntese por favor. El avión ha empezado a maniobrar.

El hombre estaba pálido.

—Por favor, señorita. Me encuentro mal. Siempre me asusto al despegar.

Carol lo cogió de la mano y lo obligó a soltar el pomo de la puerta antes de que se diera cuenta de que estaba cerrada.

—Tengo unas pastillas que le sentarán muy bien. Todos tienen que estar sentados para el despegue.

Cuando por fin lo vio sentado, conectó el micrófono.

—Buenas noches, soy la asistente de vuelo Carol Dowling. Abróchense los cinturones de seguridad y no fumen hasta que se hayan apagado las señales luminosas. Nos dirigimos al aeropuerto de Frankfurt. El tiempo estimado de vuelo es de dos horas, cinco minutos. Dentro de unos instantes les serviremos una ligera cena. Si necesitaran algo, no duden en ponerse en contacto con el personal de cabina. Que tengan ustedes un buen vuelo.

Cuando se dirigió a la cabina de pilotos, el avión había terminado de maniobrar y los motores estaban al máximo. Se inclinó sobre Tom y le dijo:

—Comandante, todo en orden en cabina.

Tom se giró tan de repente que con la mano le rozó el cabello. Sintió una ola de calor e inconscientemente se llevó la mano a la cabeza.

—Muy bien, Carol.

Los motores rugían y le costó oír sus palabras. Un año atrás, la habría mirado y sus labios habrían pronunciado las palabras. «Te quiero, Carol», pero aquello había acabado. Por un instante se sintió arrepentida de que no hubieran podido solucionar sus diferencias. En las noches de insomnio reconocía interiormente que Tom lo había intentado, que le había hecho insinuaciones, pero ella no había cedido ni un ápice. De manera que sus intentos de reconciliación sólo habían conducido a enfrentamientos peores; después, a él lo destinaron durante seis meses a Londres y no habían vuelto a verse. En la actualidad, volaban juntos y se comportaban como dos compañeros, sin dejar entrever que las cosas habían sido de otra manera.

Se disponía a regresar a la cabina, pero Tom le indicó que esperara. Hizo una señal al segundo piloto y el ruido de los motores se amortiguó. Sintió una inmensa soledad cuando se alejó de ella. En ese vuelo hubo momentos en los que parecía más amable, más cálido, momentos en los que parecía posible que volvieran a hablar. «Pero con lo que he hecho, se acabará todo —pensó—. Aunque logre llevar a Joe a Frankfurt, Tom nunca me lo perdonará».

—Carol, ¿has hablado ya con el comisario?

—Sí, cuando le indiqué su asiento. No es muy conversador.

—Atiéndelo bien. Es importante. Se rumorea que no dejarán aterrizar a los aviones norteamericanos en Danubia. Si queda contento con el servicio, quizá contribuya a impedirlo. Cuando estemos en vuelo, te mandaré a Dick para que te eche una mano con la cena.



—¡No hace falta! Al fin y al cabo se trata de una cena fría. Sólo tenemos seis pasajeros, puedo arreglármelas sola.

Regresó a la cabina y al pasar delante del hombre que temía a los despegues, le sonrió para infundirle ánimos. El avión había alcanzado la pista de despegue y el ruido de los motores era ensordecedor. Todos los pasajeros, incluido el comisario, miraban por las ventanillas. Se dirigió a la parte trasera y dio unos golpecitos en la puerta del lavado de caballeros y en voz baja llamó a Joe.

El muchacho salió sin hacer ruido. Bajo la luz tenue su cuerpo delgado parecía más bien una sombra. Le susurró al oído:

—El último asiento de la derecha. Échate en el suelo. Te cubriré con una manta.

Avanzó con paso cansino y desapareció en el hueco entre los dos asientos. «Camina como un gato, más bien como un gatito», pensó Carol al recordar el suave vello que le había rozado la cara.

El avión ascendía y resultaba difícil mantener el equilibrio. Sujetándose con una mano del mamparo del baño, ocupó el asiento del pasillo, junto al que se ocultaba Joe. Sacó una manta del portaequipajes, la desplegó y se la echó encima. Para cualquier eventual curioso, la manta no despertaría sospechas; pero para un ojo observador, resultaría extraño que una simple manta en el suelo abultara de aquella manera.

Fijó la mirada en la señal luminosa que había encima de la puerta de la cabina, ABRÓCHENSE LOS CINTURONES DE SEGURIDAD - PROHIBIDO FUMAR. ATTACHEZ VOS CEINTURES - NE FUMEZ PAS.

Mientras la señal continuase encendida, estaría a salvo. Pero cuando se apagara, tendría que encender las brillantes luces de cabina y el escondite de Joe se convertiría en una farsa, pues los pasajeros se levantarían de sus asientos.

Por primera vez consideró seriamente lo que podría ocurrirle por ocultar a Joe. Pensó en lo que Tom diría y recordó con pena su reacción del año anterior cuando había causado problemas en el avión.

«Pero Tom —había protestado—, ¿qué importa si dejé que esa pobre niña sacara su perro de la cesta? Viajaba sola, iba a ser adoptada por unos extraños. Era de noche y la cabina estaba a oscuras. Nadie se habría enterado

si a esa mujer no se le hubiera ocurrido acercarse y buscarse problemas».

Tom le había contestado: «Quizás algún día aprendas a cumplir con las normas básicas, Carol. Esa mujer era una accionista y armó la de Dios en la central. Acepté la responsabilidad de que el perro estuviera suelto porque sabía que no me despedirían. Pero después de siete años con un expediente impecable, no me hace ninguna gracia que figure en él este incidente».

Recordó con incomodidad la mirada colérica que le había lanzado. Recordó también que le dijo que se alegraba de que no tuviera un expediente impecable al que atenerse, que tal vez así se mostraría más humano y dejara de adoptar el manual de la empresa como si fuera la Biblia. No le resultaba difícil recordar lo que se dijeron, porque había revivido la pelea muchas veces.

Intentó imaginar lo que haría Charlie Wright, director de la estación norte del aeropuerto de Frankfurt. Charlie también era un «hombre de la compañía». Le gustaba que los aviones llegaran y partieran a la hora exacta, que los pasajeros estuvieran contentos. Sin duda, Charlie se mostraría molesto al tener que informar a la oficina principal de la presencia de un polizón en uno de sus vuelos, y seguramente la suspendería de inmediato, quizá la despidiera directamente.

La manta de Joe se movió ligeramente y volvió a concentrarse en el problema de encontrar un escondite seguro. El avión adoptó una trayectoria horizontal. Al apagarse la señal de abrocharse los cinturones, se levantó despacio. Atemorizada, tendió la mano hacia el interruptor del panel y aumentó la luminosidad de las luces de cabina.

Empezó a repartir revistas y periódicos. El hombre que se había puesto nervioso durante el despegue parecía más calmado.

—Esa pastilla que me dio me ha ayudado muchísimo, señorita. —Aceptó un periódico y buscó las gafas—. Debo de tenerlas en mi abrigo.

Se levantó y se dirigió a la parte posterior del avión.

—Ya se las traeré yo —le dijo Carol mecánicamente.

—No se moleste —le contestó él cuando pasaba delante del lugar donde estaba oculto Joe. Carol iba detrás sin atreverse a respirar siquiera.

La cabina estaba tan ordenada que aquella manta en el suelo llamaba mucho la atención. El pasajero encontró sus gafas, enfiló pasillo abajo y se

detuvo. Carol pensó rápidamente que aquel hombre era muy ordenado. ¿Acaso no había colgado bien el abrigo en la percha y alisado las hojas del periódico? Un segundo más y recogería la manta. En ese momento el hombre se estaba inclinando y decía:

—Caramba, debe de haberse caído...

—¡Por favor! —Carol lo cogió con firmeza del brazo—. No se moleste. Yo lo arreglaré ahora mismo. —Lo acompañó hasta su asiento reprendiéndolo levemente—: Es usted nuestro pasajero. Si el comandante llega a ver que le dejo recoger las cosas, me lanzaría por la ventana.

El hombre sonrió y volvió mansamente a su asiento.

Carol registró la cabina desesperadamente. La manta destacaba demasiado. Cualquiera que se dirigiera a la parte posterior del avión podía descubrir a Joe.

—Una revista, señorita.

—Ahora mismo.

Carol le llevó varias al pasajero sentado detrás del comisario y acercándose al asiento de éste, le preguntó:

—¿Quiere usted una revista, comisario Karlov?

Con los labios apretados, sumido en sus pensamientos, el comisario tabaleaba con sus finos dedos en el apoyabrazos.

—Hay algo que no encaja y no sé qué es, señorita. Algo que me han dicho y que no encaja. Pero ya me acordaré —le dijo esbozando una fría sonrisa—. Ya me acordaré. Siempre me acuerdo. —Con un gesto desechó la revista y preguntó—: ¿Dónde está el surtidor de agua?

—Le traeré un vaso —le dijo Carol.

El hombre se puso en pie y repuso:

—No se moleste, por favor. Detesto pasar tanto rato sentado. Iré a buscarlo yo mismo.

El surtidor de agua se encontraba delante del asiento donde se ocultaba Joe. El comisario no era un observador corriente. Lo más seguro era que preguntara por la manta.

—Lo siento —le dijo impidiéndole que saliera al pasillo—. Estamos pasando por unos bancos de aire. El comandante no quiere que los pasajeros se levanten.

El comisario lanzó una mirada a la señal apagada de los cinturones de seguridad y le pidió:

—Déjeme pasar, por favor...

El avión se inclinó ligeramente. Carol chocó contra el comisario y dejó caer adrede las revistas. El vuelo se ponía movidito.

Si lograba retenerlo un poco, Tom no tardaría en encender la señal. Exasperado, el comisario recogió unas cuantas revistas.

Sin dejarle paso, ella se agachó y muy despacio recogió las demás revistas y las ordenó lentamente por tamaños. Cuando vio que ya no podía entretenerse más, se incorporó. ¡La señal luminosa estaba encendida!

El comisario se reclinó en su asiento y observó con atención a Carol mientras se dirigía al surtidor para servirle un vaso de agua y llevárselo. No le dio las gracias sino que le comentó:

—Esa señal parecía responder a sus deseos, señorita. Debe de haber sido importante para usted que yo no abandonara mi asiento.

Carol sintió miedo y luego rabia. Ese hombre sabía que allí pasaba algo y se divertía jugando con su nerviosismo. Recogió el vaso de agua que el comisario apenas había tocado.

—Verá usted, señor, le voy a revelar un secreto del oficio. Cuando tenemos un pasajero muy importante a bordo, en la lista, junto a su nombre, colocamos unas siglas que significan que debemos extremar con él la cortesía. En este vuelo, usted es uno de esos pasajeros y yo sólo intento hacer que su viaje sea lo más agradable posible. Pero me temo que no lo estoy consiguiendo.

\*\*\*\*\*

Se abrió la puerta de la cabina de pilotos y apareció Tom. Todos los pasajeros estaban sentados en la mitad delantera del avión. Carol se encontraba junto al último de ellos. Lo más probable era que Tom sólo quisiera saludarlos. No se molestaría en ir hasta el fondo si no había nadie sentado allí.

Tom dio la bienvenida al comisario, estrechó la mano al hombre que

estaba sentado detrás y señaló un banco de nubes a los dos amigos que jugaban a las damas. Carol estudió sus movimientos con un dolor creciente. Cada vez que lo veía, acudía a su memoria algún recuerdo. Recordó el Día de los Soldados muertos en combate en el aeropuerto de Gander, cuando les cancelaron el vuelo debido a una fuerte tormenta de nieve. Esa noche, Tom y ella se habían enfrentado en una guerra con bolas de nieve. Tom había echado un vistazo a su reloj y le había dicho: «¿Te das cuenta de que dentro de dos minutos será primero de junio? Nunca había besado a una chica en plena tormenta de nieve, un primero de junio». Sus labios le rozaron la mejilla y los notó fríos, pero al encontrarse con su boca, los notó calientes. «Te quiero, Carol». Aquélla fue la primera vez que se lo decía.

Carol tragó saliva, intentó borrar el recuerdo y volver a la realidad. Se encontraba de pie en el pasillo, tenía delante a Tom, Joe estaba en peligro y no había escapatoria.

—¿Seguro que no necesitas ayuda con la cena? —le preguntó en un tono impersonal, pero sus ojos buscaron su mirada. Carol se preguntó si Tom se estaría acordando de lo mismo que ella.

—No, de veras —respondió—. Empezaré en seguida.

Tendría que dirigirse a la cocina y dejar a Joe expuesto a ser descubierto, pero...

Tom carraspeó dando la impresión de buscar las palabras adecuadas.

—¿Qué se siente al ser la única mujer a bordo, Carol?

Carol sopesó las palabras unos segundos antes de captar su significado. Miró de pasajero en pasajero: el comisario, el hombre que temía a los despegues, el cuarentón amable, el señor mayor dormido, los dos amigos que jugaban a las damas. Hombres, todos hombres. ¡Había rogado por encontrar un sitio donde ocultar a Joe, y Tom, justamente Tom, se lo había indicado! ¡El lavabo de señoras! Perfecto y simple.

Mientras Tom la observaba, le contestó como quien no quiere la cosa:

—Me encanta ser la única mujer, comandante. Así no tengo competencia.

Tom dio media vuelta y fue hacia la parte delantera del avión, pero luego se detuvo y se volvió.

—Carol, cuando llegemos a Frankfurt, ven a tomar un café conmigo. Tenemos que hablar.

Al parecer él también la echaba de menos. Si le confesaba en aquel momento que había descubierto un polizón a bordo, todo sería muy sencillo. Tom se llevaría todo el mérito y en Danubia estarían agradecidísimos. Tal vez extenderían los charters de la región norte y así, lo recompensaría por los problemas que le había causado el año anterior.

Pero no podía dejar que mataran a Joe, ni siquiera por el amor de Tom.

—En Frankfurt me vuelves a invitar si no has cambiado de parecer —le dijo.

Cuando Tom regresó a la cabina de vuelo, Carol volvió al asiento de Joe y examinó rápidamente a los pasajeros. La partida de damas tenía muy entretenidos a los dos jugadores. El señor mayor dormitaba. El cuarentón miraba las nubes. El pulcro leía el periódico. El comisario tenía la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento. Era demasiado esperar que estuviera sesteando. Con suerte, estaría sumido en sus pensamientos y no volvería la cabeza.

Se inclinó sobre la silueta cubierta por la manta.

—Joe, tienes que ir a la parte de atrás. El lavabo de señoras está a la izquierda. Métete ahí y cierra con llave.

En ese momento, sus ojos se cruzaron con los del comisario, que se había girado en su asiento.

—Joe, tengo que apagar las luces. Cuando lo haga, sal a toda prisa. ¿Entendido?

Joe se destapó la cabeza. Tenía el cabello revuelto y parpadeó al ver la luz. Parecía un niño de doce años que acabara de despertar de un sueño profundo. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, eran los ojos de un hombre preocupado, acosado.

Asintió levemente; Carol no necesitó nada más para saber que la había entendido. Se levantó. El comisario había abandonado su asiento y se dirigía hacia ella.

En un segundo llegó al interruptor de la luz y la cabina quedó sumida en la oscuridad. Los pasajeros gritaron alarmados. Carol procuró que sus gritos se superpusieran a los de los pasajeros.

—¡Vaya por Dios, cuánto lo siento! ¡Qué torpe soy! Me he equivocado de interruptor...

Una puerta hizo clic al cerrarse. ¿Lo había oído o deseaba haberlo oído?

—Encienda las luces, señorita —le ordenó una voz glacial al tiempo que una mano la aferraba del brazo con rudeza.

Carol le dio al interruptor de las luces y miró fijamente el rostro del comisario, un rostro crispado por la ira.

—¿Por qué? —inquirió, furioso.

—¿Por qué qué, señor? Sólo quería conectar el micrófono para anunciar la cena. Fíjese, el interruptor del micrófono está al lado del de las luces.

El comisario estudió el panel y la incertidumbre se pintó en su rostro. Carol conectó el micrófono y dijo:

—Espero que tengan ustedes apetito. Dentro de unos minutos les serviré la cena. Mientras esperan, les ofreceremos un cóctel. Manhattans, martinis o daiquiris. Pasaré a tomar nota de sus pedidos.

Dirigiéndose al comisario, le preguntó respetuosamente:

—¿Le apetece un cóctel, señor?

—¿Me acompañará usted con uno, señorita?

—No puedo beber mientras estoy de servicio.

—Yo tampoco.

Mientras pasaba la bandeja con los cócteles, Carol se preguntó qué habría querido decirle con aquello. Decidió que seguía jugando al gato y al ratón. Sacó con energía la comida del refrigerador y preparó las bandejas. Se esmeró especialmente con la cena del comisario; plegó la servilleta de lino y sirvió el café en el último momento para que estuviera bien caliente.

—¿Normalmente no hay dos auxiliares? —le preguntó el comisario cuando colocó la bandeja sobre la mesita plegable.

—Sí, pero el sobrecargo está enfermo. En estos momentos está descansando.

Atendió a los demás pasajeros, sirvió una segunda ronda de cafés y le llevó unas bandejas a la tripulación. Tom entregó el mando al segundo piloto y se sentó delante de la mesa de navegación.

—Será una alegría llegar a Frankfurt —dijo con tono nervioso—. Con este viento de cola, llegaremos dentro de medio hora. En este vuelo he estado muy inquieto. Hay algo que no marcha bien, pero no puedo precisar qué. —Sonrió y agregó—: Tal vez sea el cansancio, tal vez necesite una taza de ese café tan

bueno que preparas tú, Carol.

Carol levantó ligeramente la cortina que ocultaba la litera de la tripulación y comentó:

—Mira cómo duerme Paul.

—Acaba de despertarse y me pidió que le trajera la chaqueta. Quería echarte una mano. Pero lo obligué a quedarse acostado. Se encuentra fatal.

El destino de Joe pendía de un hilo. Si Paul hubiera ido a la parte trasera del avión, lo habría descubierto. Si la chaqueta de Paul no hubiera estado colgada en la cabina, la Policía habría encontrado a Joe. Si Tom no le hubiera advertido que ella era la única mujer a bordo...

—Como sólo nos queda media hora de vuelo, recogeré las bandejas — dijo.

Empezó a recoger las bandejas de los pasajeros comenzando de atrás hacia delante. El comisario no había tocado la suya. La miraba fijamente. Carol tuvo una premonición y decidió no molestarlo. Recogió y guardó las demás bandejas. Echó un vistazo a su reloj y advirtió que faltaban diez minutos para el aterrizaje. Se encendió el cartel con la indicación de abrocharse los cinturones. Se dirigió al asiento del comisario para retirarle la bandeja.

—¿Me la llevo, señor? Al parecer no come usted mucho.

El comisario se puso en pie y le dijo:

—Ha estado usted a punto de salirse con la suya, señorita, pero por fin he logrado recordar el detalle que no encajaba. En Danubia, el grupo que registró el aeropuerto me informó de que el sobrecargo estaba enfermo y que la azafata revisaba las declaraciones de equipaje con otro auxiliar de vuelo. —Su rostro asumió una expresión cruel—. ¿Por qué ese auxiliar no la ayudó con la cena? Porque ese auxiliar de vuelo no existe.

Clavó sus dedos en el hombro de Carol y añadió:

—Nuestro prisionero logró subir a este avión y usted lo ha ocultado.

Carol pugnó por disimular su temor creciente.

—Suélteme.

—Está a bordo, ¿no es así? Pues bien, no es demasiado tarde. El comandante debe llevarnos de regreso a Danubia donde revisaremos el avión a fondo.



La apartó de un empujón y se dirigió a la puerta de la cabina de vuelo. Carol intentó agarrarlo por el brazo pero él le apartó la mano. Los demás pasajeros se habían puesto en pie y los miraban.

Aquellos hombres que, llenos de amargura, habían presenciado la búsqueda eran su última esperanza. ¿La ayudarían?

—¡Sí, hay un fugitivo a bordo! —gritó—. ¡Es un crío al que usted le encantaría eliminar de un tiro, pero no lo permitiré!

Los pasajeros por un momento quedaron perplejos, aferrados a los respaldos de los asientos para no perder el equilibrio, pues el avión iniciaba las maniobras de descenso. Desesperada, Carol creyó que no la ayudarían. Pero entonces, como si por fin se hubieran dado cuenta de lo que ocurría, avanzaron todos a la vez. El de aspecto amable se abalanzó sobre el comisario y le apartó la mano del pomo de la puerta. Uno de los jugadores de damas le sujetó los brazos por detrás de la espalda. El avión sobrevoló en círculos la pista de aterrizaje; las luces del aeropuerto se encontraban ya a la altura de las ventanillas. Se produjo un golpe sordo y leve... ¡Frankfurt!

Los pasajeros soltaron al comisario en el momento en que se abría la puerta de la cabina de vuelo. Tom apareció y contempló la escena irritado.

—Carol, ¿qué diablos pasa aquí?

Ella se le acercó cerrando los ojos para no ver el odio reflejado en la mirada del comisario y el efecto que sus palabras producirían en Tom. Se sentía enferma, vacía.

—Comandante... —tenía la lengua espesa, apenas podía articular palabra—. Comandante... tengo que informar de que llevamos un polizón a bordo.

En la oficina del director del aeropuerto, bebió complacida un café humeante. La última hora había sido un torbellino de funcionarios, policías, fotógrafos. Lo único que recordaba con claridad era la exigencia del comisario:

—Este hombre es un ciudadano de mi país. Debe ser devuelto inmediatamente.

A lo que el director del aeropuerto había respondido:

—Es un episodio lamentable, pero debemos entregar al polizón al Gobierno de Bonn. Si después de comprobar su versión, resulta que ha dicho la verdad, se le concederá asilo político.

Se quedó mirando la mano que Joe le había besado antes de ser puesto bajo custodia.

Le había dicho:

—Le debo a usted la vida y mi futuro.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Charley Wright, el director del aeropuerto, seguido de Tom.

—Bueno, ya está.

Miró a Carol a los ojos y le preguntó:

—¿Estás orgullosa? Te sientes toda una heroína y sólo deseas que llegue el momento de leer los titulares de la mañana, ¿eh? «Auxiliar de vuelo oculta polizón en emocionante vuelo desde Danubia». Los periódicos no mencionarán que por tu culpa seremos personas no gratas en Danubia y que perderemos unos cuantos millones de facturación. Carol, te puedes ir derechita a tu casa. En Nueva York habrá una audiencia, pero estás despedida.

—Era lo que esperaba. Pero quiero que seas consciente de que Tom no sabía que el polizón estaba a bordo.

—Es deber del comandante saber en todo momento lo que ocurre en su avión —le espetó Charley—. Es probable que Tom sólo reciba una fuerte reprimenda, a menos que quiera hacerse el héroe y asumir la culpa de todo para salvarte. Según tengo entendido ya lo hizo una vez.

—Es cierto —admitió Carol—. El año pasado dio la cara por mí y no tuve la decencia de darle las gracias.

Miró el rostro extrañamente inescrutable de Tom y añadió:

—Tom, el año pasado te pusiste furioso conmigo y tenías toda la razón. El error fue mío. En esta ocasión, siento de veras los problemas que te causará mi actitud, pero no podía hacer otra cosa.

Pugnando por contener las lágrimas, se dirigió a Charley y le dijo:

—Si ya has terminado, me voy al hotel. Estoy exhausta.

La miró con compasión y le comentó:

—Extraoficialmente, entiendo lo que has hecho. Pero oficialmente...

La muchacha intentó sonreír.

—Buenas noches —dijo. Salió y empezó a bajar las escaleras.

Tom la alcanzó en el descansillo.

—Escúchame, Carol, aclaremos todo de una vez... Me alegro de que el

chico lograra huir. No serías la mujer que quiero si lo hubieras entregado a esos carniceros.

«La mujer que quiero».

—Pero menos mal que no volverás a volar en uno de mis aviones. Sería un suplicio estar sentado ante los mandos preguntándome qué pasa en la cabina de pasajeros.

La abrazó.

—Pero si no estás en mi avión, me gustaría que fueras a recogerme al aeropuerto. Podrás esconder espías y perros y lo que te dé la gana en el asiento de atrás. Verás, Carol, intento pedirte que te cases conmigo.

Carol lo miró: era altísimo y sus ojos reflejaban ternura. Sus labios cálidos rozaron los de ella y repitió las palabras que tanto había deseado oír:

—Te quiero, Carol.

La sala de espera de la terminal estaba en penumbras y sumida en el silencio. Al cabo de un momento, bajaron las escaleras y fueron hacia allí precedidos por el eco de sus pasos.

## MUERTE EN CAPE COD

Aquella tarde de agosto, al poco tiempo de llegar a la casita que alquilaron en el pueblo de Dennis, en Cape Cod, Alvira Meehan notó algo muy peculiar en la vecina de al lado, una joven extremadamente delgada que rondaría los treinta años.

Alvira y Willy echaron un vistazo a la casita, hicieron un comentario favorable sobre la cama de arce con cuatro columnas, las alfombras de nudos, la cocina alegre y la brisa fresca que olía a mar y luego se dedicaron a sacar del juego de maletas «Vuitton» toda la ropa que llevaban. Willy sirvió unas cervezas frías y se fueron a tomarlas al porche que daba a la bahía de Cape Cod.

Willy acomodó su robusto cuerpo en una tumbona acolchada de mimbre, comentó que la puesta de sol sería impresionante y que, menos mal, al fin tendrían ocasión de descansar un poco. Dos años atrás habían ganado cuarenta millones de dólares en la lotería del Estado de Nueva York. Desde entonces, Willy tenía la impresión de que Alvira había sido un pararrayos andante. En primer lugar, había ido al famoso balneario de Cypress Point donde había estado a punto de morir asesinada. Después partieron juntos a un cruce y, para variar, el hombre que se sentaba junto a ellos en la mesa del comedor acabó muerto y bien muerto. A pesar de todo, con la sabiduría acumulada en sus cincuenta y nueve años, Willy estaba seguro de que en Cape Cod disfrutarían de la calma que tanto había deseado. Si Alvira llegaba a escribir un artículo para el *New York Globe* sobre esas vacaciones, sería para referirse al tiempo y a la pesca.

Mientras Willy hablaba, Alvira estaba sentada a una mesa de picnic, a escasa distancia de su marido, que seguía cómodamente tumbado. En ese

momento deseó haber llevado un sombrero. La esteticista de Sassoon le había aconsejado que procurara no exponer su cabello al sol. «Lleva usted un tono rojizo muy bonito, señora Meehan, ¿no querrá que le salgan mechass amarillas, verdad?».

Desde que se había repuesto del intento de asesinato en el balneario, Alvirah había vuelto a recuperar los kilos perdidos con un régimen que le costó tres mil dólares y a utilizar ropa amplia, entre la talla cuarenta y ocho y la cincuenta. Willy no dejaba de comentar que cuando la cogía entre sus brazos, sabía que estaba abrazando a toda una mujer, y no a una de esas muertas vivientes esqueléticas que salían en los anuncios de moda y que a Alvirah tanto le gustaban.

Tras cuarenta años recibiendo las cariñosas observaciones de Willy, Alvirah había desarrollado la habilidad de escucharlo con una sola oreja. En ese momento, mientras su mirada se perdía entre los tranquilos chalets encaramados en el terraplén de arena y hierba que servía de muro de contención al mar, y el trozo de playa sembrado de piedras situado un poco más lejos, tuvo la extraña sensación de que Willy estaba en lo cierto. Aunque Cape Cod era un lugar hermoso, y aunque hacía tiempo que deseaba visitarlo, era muy probable que no encontrara una historia que a Charley Evans, su jefe de redacción, le pareciera digna de publicarse.

Dos años atrás, Charley había enviado a un periodista a entrevistar a los Meehan para averiguar qué se sentía al ganar cuarenta millones de dólares y qué iban a hacer con el dinero. Alvirah se dedicaba a hacer limpiezas y Willy era fontanero. El periodista quería saber si continuarían con sus respectivos trabajos.

En términos categóricos, Alvirah le había contestado que no era tan tonta, que la próxima vez que cogiera una escoba sería cuando se vistiera de bruja para asistir al baile de disfraces de los Caballeros de Colón. Acto seguido, había enunciado una lista de todas las cosas que planeaba hacer. En primer lugar, ir al balneario de Cypress Point, donde pensaba codearse con toda la gente famosa sobre la que se había pasado la vida leyendo.

Aquello había impulsado a Charley Evans, jefe de redacción del *Globe*, a pedirle que escribiera un artículo sobre su estancia en el balneario. Le regaló un broche con forma de sol que contenía un micrófono para que pudiera grabar

a la gente con la que hablara y utilizar el material en el artículo.

Al pensar en el broche, Alvira sonrió inconscientemente.

Como decía Willy, en Cypress Point se había metido en camisa de once varas. Descubrió lo que estaba pasando y casi acaba asesinada por tomarse tantas molestias. Pero había sido emocionante y se había hecho amiga de toda la gente del balneario, pudiendo regresar cada año como invitada. Y gracias a que el año anterior había ayudado a resolver el asesinato del barco, los habían invitado a un crucero gratuito a Alaska cuando quisieran.

Cape Cod era precioso, y Alvira tenía la leve sospecha de que aquéllas serían unas vacaciones corrientes que no le proporcionarían buen material para el *Globe*.

En aquel instante echó un vistazo por encima de los setos del límite de su casa y vio a una joven de expresión sombría, que apoyada en la barandilla del porche, contemplaba la bahía.

Por la forma en que agarraba la barandilla Alvira dedujo que estaba nerviosa, cargada de tensión. Se lo notó en la forma en que volvió la cabeza, miró a Alvira directamente a los ojos y apartó la vista de inmediato. Alvira se percató de que ni siquiera la había visto. Aunque mediaba entre ambas una distancia de unos veinte metros, alcanzó a percibir el dolor y la desesperación de la muchacha.

Era evidente que había llegado la hora de averiguar qué ocurría.

—Creo que voy a presentarme a nuestra vecina —le dijo a Willy—. Algo le pasa.

Bajó los escalones y se dirigió al seto.

—Hola —la saludó amablemente—. La vi entrar con el coche. Llevamos aquí unas dos horas, supongo que eso nos convierte en el comité de bienvenida. Soy Alvira Meehan.

Al volverse la joven, Alvira se sintió invadida por la compasión. Tenía aspecto de haber estado enferma, como se desprendía de la palidez fantasmal de su rostro y los músculos de los brazos y las piernas blandos por la falta de ejercicio.

—He venido aquí para estar sola, no para tener tratos con los vecinos —repuso en voz baja.

—Le ruego que me disculpe.

Tal como reflexionó Alvirah más tarde, probablemente todo hubiera acabado en ese momento de no haber sido porque al volverse, la chica tropezó y cayó pesadamente en el porche. Alvirah corrió a su encuentro y se negó a que entrara en la casita sin ayuda, pues se sintió responsable del accidente. Entró con ella, colocó hielo alrededor de la muñeca que se le hinchó rápidamente. Cuando estuvo segura de que no se trataba más que de una torcedura y le hubo preparado una taza de té, Alvirah ya se había enterado de que se llamaba Cynthia Rogers, que era maestra y venía de Illinois. Una hora más tarde le comentaría a Willy que esa información había sido como una señal para Alvirah, porque no tardó ni diez minutos en reconocer a su vecina.

—Se hará llamar Cynthia Rogers —le confesó Alvirah a su marido—, pero su verdadero nombre es Cynthia Lathem. Hace doce años la declararon culpable de asesinar a su padrastro. El hombre era dueño de una fortuna. Recuerdo el caso como si hubiera ocurrido ayer.

—Te acuerdas de todo como si hubiera ocurrido ayer —comentó Willy.

—Es verdad. Pero ya sabes que me gusta leer los artículos sobre asesinatos. En fin, que el de este caso ocurrió aquí en Cape Cod. Cynthia juró que era inocente, siempre sostuvo que había un testigo que podía probar que no estaba en casa cuando ocurrieron los hechos, pero el jurado no creyó en su versión. ¿Por qué habrá vuelto? Tendré que llamar al *Globe* y pedirle a Charley Evans que me envíe los archivos del caso. Probablemente acaba de salir de la cárcel. Tiene la cara de color gris. Tal vez... —En ese momento, a Alvirah le brillaron los ojos—, haya vuelto a buscar al testigo desaparecido para probar su inocencia. Dios santo, Willy, qué días más emocionantes nos esperan.

Para desesperación de Willy, Alvirah abrió el cajón superior de la cómoda, sacó su broche en forma de sol con el micrófono oculto y luego marcó el número directo de Nueva York de su redactor jefe.

\*\*\*\*\*

Esa noche Willy y Alvirah cenaron en la «Posada del Faisán Rojo». Alvirah se puso un vestido estampado en tonos azules y beige comprado en

«Alexander's» poco antes de ganar en la lotería.

—Es que estoy un poco rellenita —se lamentó mientras untaba mantequilla en un panecillo de arándanos—. Cielos, qué deliciosos están estos panecillos. Ah, Willy, me alegra que te compraras esa americana amarilla de lino. Te resalta más los ojos azules, y te sienta de maravilla con el cabello abundante que sigues conservando.

—Parezco un canario de noventa kilos —le comentó Willy—, pero con tal de que a ti te guste, lo que haga falta.

Cuando terminaron de cenar se fueron al Teatro de Cape Cod y se quedaron encantados con la actuación de Debbie Reynolds. Interpretaba una comedia que más tarde iba a estrenarse en Broadway. En el entreacto, mientras tomaban un ginger ale en el jardín, delante del teatro, Alvira le dijo a Willy que siempre le había gustado Debbie Reynolds, desde que era una cría y hacía musicales junto a Mickey Rooney, y que era una verdadera pena que Eddie Fisher la hubiera plantado después de tener los dos críos.

—Y de qué le sirvió, ¿eh? —Filosofó Alvira cuando les advirtieron que debían ocupar sus asientos para el segundo acto—. Después de separarse no tuvo demasiada suerte. La gente que no hace lo que debe, al final, siempre acaba perdiendo.

Ese comentario hizo que Alvira se preguntara si su redactor jefe le había enviado por correo urgente la información que le pidiera sobre la vecina. Deseaba que llegase el momento de poder leerla.

Mientras Alvira y Willy disfrutaban con Debbie Reynolds, Cynthia Latham comenzó a concienciarse de que estaba realmente libre, que había dejado atrás doce años de cárcel. Doce años atrás... Por aquella época, se disponía a cursar el primer año en la Escuela de Diseño de Rhode Island, cuando encontraron a Stuart Richards, su padrastro, muerto de un tiro en el estudio de su mansión, una imponente casa del siglo XVIII, que había pertenecido a un capitán y estaba situada en Dennis.

Esa misma tarde, Cynthia había pasado por delante de la casa cuando se dirigía en su coche al chalet y se había detenido junto al camino para observarla. Se preguntó quién viviría allí y si Lillian, su hermanastra, la habría vendido o se habría quedado con ella. Hacía tres generaciones que pertenecía a la familia Richards, pero Lillian nunca había sido sentimental.



Cynthia pisó el acelerador, helada por el tropel de recuerdos sobre aquella noche horrible y los días que le siguieron. La acusación. La detención. El juicio. Le vino a la memoria su confiada declaración: «Puedo probar sin lugar a dudas que no llegué a casa hasta pasada la medianoche. Tenía una cita con un chico».

Cynthia se estremeció y se ajustó la bata de lana azul claro que envolvía su cuerpo delgado. Al entrar en la cárcel pesaba cincuenta y seis kilos. En la actualidad rondaba los cuarenta y nueve, un peso francamente escaso para su metro setenta de altura. El cabello en otros tiempos rubio oscuro, se le había vuelto castaño. «Pardo monótono», pensó mientras se lo cepillaba. Sus ojos, del mismo tono avellana que los de su madre, tenían una expresión apática y perdida. Aquel último día, en el almuerzo, Stuart Richards le había dicho: «Cada día te pareces más a tu madre. Debí haber tenido el sentido común de seguir a su lado».

Su madre había estado casada con Stuart desde que Cynthia tenía ocho años hasta que cumplió los doce; había sido el matrimonio más duradero de su padrastro. Lillian, su única hija natural, diez años mayor que Cynthia, siempre había vivido en Nueva York y rara vez iba a Cape Cod.

Cynthia dejó el cepillo sobre la cómoda. ¿Acaso habría sido una locura ir hasta allí? Llevaba dos semanas en libertad, apenas tenía dinero para mantenerse durante seis meses y no sabía qué hacer con su vida. ¿Estaba bien haber gastado tanto en el alquiler del chalet y el coche? ¿Tendría algún sentido? ¿Qué esperaba conseguir?

Sería como buscar una aguja en un pajar. Dirigiéndose al pequeño recibidor, pensó que comparado con la mansión de Stuart, aquel chalet resultaba diminuto, pero después de tantos años de cárcel, a ella le parecía un palacio. Fuera la brisa marina agitaba las aguas de la bahía provocando un oleaje. Cynthia salió al porche apenas consciente de la muñeca hinchada y se abrazó al sentir el frío. Dios santo, qué maravilla poder respirar aire fresco y puro, saber que si quería levantarse al amanecer y salir a caminar por la playa como hacía de niña, nadie se lo impediría. La luna en cuarto creciente daba la impresión de que le hubieran cortado limpiamente una loncha; bajo su luz, el agua brillaba adquiriendo un tono azul oscuro y plateado. Allí donde la luna no alcanzaba a iluminar el mar, las aguas parecían negras e impenetrables.

Cynthia se quedó mirando el mar mientras pensaba en la noche en que mataron a Stuart. Aquel verano se había quedado en la escuela para hacer unos cursos extra, pues quería mantenerse ocupada después de la repentina muerte de su madre, acontecida tres meses antes. Stuart le había telefoneado para invitarla a pasar el fin de semana. «Estaba en Europa —le dijo—. Acabo de enterarme. Lo siento mucho, Cindy».

Aceptó la invitación porque a pesar de que sabía que era un hombre egoísta y difícil, a su manera, Stuart había amado a su madre y Cynthia necesitaba tener la sensación de que compartía con alguien una parte de su pena.

Por aquel entonces, Stuart tendría unos sesenta años; era un hombre apuesto, de blanca cabellera, vivaces ojos azules, perfil llamativo y porte militar. Un empresario de éxito que había logrado amasar una fortuna de veinte millones de dólares a partir de una modesta herencia, un hombre que podía ser encantador, pero cuyos arrebatos iracundos alejaban a sus esposas, amigos y empleados.

Aquel fin de semana se presentó encapotado; Stuart se mostró malhumorado y distante. Le contó que el ama de llaves se había despedido y que sólo tenía una mujer de la limpieza que cada mañana iba unas horas a arreglar la casa.

El viernes por la noche, Cynthia y Stuart cenaron en el «Wianno Country Club». Le comentó varias veces que cada vez se parecía más a su madre.

—Debí haber tenido el sentido común de seguir a su lado. —Le hizo muchas preguntas sobre su situación económica—. A tu madre le encantaba gastar. Apuesto a que se pulió toda la asignación.

La asignación no había sido tan generosa. Cynthia recordó cómo la recorría el resentimiento cuando le contestó:

—Acabas de decir que lamentabas no haber tenido el sentido común de seguir a su lado. En eso tienes razón, pero si no te hubieras dedicado a criticarla por cada céntimo que gastaba, no te habría plantado. Ella te siguió queriendo siempre.

El famoso rubor de Stuart le cubrió la cara.

—Mira, jovencita, te he invitado a venir porque me sentía responsable de ti y porque quería hablar contigo de tu futuro. No se te ocurra criticarme nunca

más.

Fue entonces cuando Cynthia se dio cuenta de que alguien se dirigía al porche de la parte posterior de la casa y que probablemente los habría oído. Aquello ocurrió a media tarde del sábado. El inicio de la pesadilla.

Stuart saludó efusivamente al recién llegado y se lo presentó. Ned Creighton.

—Conozco a Ned desde que nació —le explicó—. ¿Cuánto hace de eso, Ned?

—Casi treinta años. —Ned sonrió a Cynthia y luego añadió—: Nos conocimos un verano, Cynthia. Tú tendrías unos diez años. Has crecido mucho desde entonces.

Su sonrisa le había resultado atractiva. No se acordaba de aquel verano, pero decidió de inmediato que con toda probabilidad habría sido uno de los raros fines de semana en los que Lillian estaba presente. Como Lillian la detestaba y nunca la incluía en ningún plan, le sorprendió que hubiera podido conocer a Ned. Luego, cuando Ned la invitó a cenar y a dar un paseo en su nuevo barco, Stuart le insistió en que fuera.

—Tengo que poner en orden unos papeles. Y hay unos asuntos económicos que quiero repasar mañana contigo. Entre otras cosas, mi testamento. —Se le ensombreció la cara.

Cenó con Ned en el «Captain's Table». El muchacho se mostró despreocupado y simpático.

—Creí que merecías algo más que un fin de semana ininterrumpido con Stuart. Santo cielo, ¿no te parece formidable? De niño era tal el respeto que me inspiraba que me dejaba sin palabras.

Se le entrecerraban los ojos al sonreír; con el cabello descolorido por el sol que resaltaba el azul claro de su mirada, su cuerpo delgado y musculoso acentuado por una camisa deportiva, la americana de lino verde y los pantalones blancos resultaba la personificación misma del encanto. Le contó a Cynthia que estaba buscando inversores para comprar una antigua mansión de Barnstable donde pensaba montar un restaurante.

—El sitio es precioso. Podría ser fantástico. Es posible que el año que viene por esta época te invite a tomar allí la mejor comida de Cape Cod.

Le preguntó sobre sus planes.

—Quiero terminar mis estudios en la Universidad. Stuart me lo estaba pagando todo. No tiene por qué hacerlo. Creo que se mostró generoso conmigo porque esperaba que mi madre volviera con él, pero ahora ya no podrá ser. No es de los que se prodigan sin esperar nada a cambio. ¿Oíste su comentario sobre el dinero y su testamento?

—Sí. Buena suerte —le contestó Ned.

Cynthia recordó que se había reído al comprobar que esa zona de Cape Cod era para ella territorio desconocido. Desde el restaurante «Captain's Table» viajaron en coche unos cuarenta minutos hasta llegar a un muelle privado de la zona de Cotuit. Se trataba de un sitio aislado, en la parte posterior de una casa que parecía desierta.

El barco de Ned era un «Chris Craft» de casi siete metros.

—Dentro de un par de años, te sacaré a pasear en un yate.

Se adentró tanto en la bahía que apenas se veía la costa. El cielo estaba encapotado. La brisa fresca olía a mar. No se veían más barcos a la vista. Ned echó el ancla.

—Ha llegado la hora de tomarse la última copa.

Durante las horas interminables que pasó en la cárcel, Cynthia pensó una y otra vez en aquella noche. Ned abriendo una botella de champán, sentado delante de ella, sonriente, llenándole la copa, dándole la razón cuando comentó que Cape Cod era un lugar que calaba hondo. «Lo he echado mucho de menos», le había confesado Cynthia. Aquélla fue la primera vez que se divertía desde la muerte de su madre. Le contó que quería ser dibujante publicitaria. Recordaba una y otra vez las preguntas inteligentes de Ned sobre dónde buscaría trabajo. Ella le había contestado que tal vez en Nueva York, porque ya no tenía parientes que la retuvieran en Boston.

Hablaron de su relación con Stuart. Cynthia le había contado que cuando se divorció de su madre, lo había detestado.

—Apenas tenía doce años. Sin embargo, me daba cuenta de que mi madre lo quería, pero no podía vivir con él. Si lo conoces bien, seguramente habrás visto sus cambios de humor. Llegaba a ser tan fanático... Si en la casa veía algo fuera de lugar, le gritaba a mi madre y le decía que no sabía cómo enseñar a los criados. Era muy guapa, pero cuando iban a alguna cena importante, él le decía que no le gustaba el vestido que llevaba. Mi madre era

una mujer feliz, segura de sí misma. Al lado de Stuart se convirtió en una persona que se echaba a temblar en cuanto oía un portazo. Por raro que parezca, conmigo siempre fue amable. Incluso quiso adoptarme. Pero mi madre no lo permitió.

—¿Lo has visto con frecuencia en estos últimos años? —le preguntó Ned.

—No mucho. En invierno él vivía en Nueva York y viajaba mucho. Pero me llamaba dos o tres veces al año para invitarme a cenar. Siempre me pedía: «Dile a tu madre que si le apetece acompañarnos, estaré encantado de que venga». Pero ella nunca aceptó. A veces me pregunto si Stuart me invitaba para verme a mí o si lo hacía sólo por saber cosas de ella. Pero como era lo más parecido a un padre que he tenido, me alegraba de verlo y no sé, en cierto modo me daba lástima.

Entonces fue cuando le dijo a Ned:

—Se hace tarde. Será mejor que regresemos.

Cuando Ned intentó poner en marcha el motor, no pudo hacerlo.

—Y la condenada radio no está conectada —había mascullado—. Tú no te preocupes, tómatelo con calma. Hace una noche estupenda; no sé cómo pero de algún modo voy a arreglarlo.

Eran casi las once de la noche cuando el motor por fin se puso en marcha. A esas alturas, Cynthia sentía un apetito voraz, porque para cenar había pedido una ensalada. Al atracar en el muelle, le pidió si podían hacer una parada para tomar una hamburguesa.

—¿Qué tal si comes algo en tu casa? —le sugirió Ned con impaciencia.

Ella se echó a reír y le contestó:

—En la cocina de Stuart no entra nadie.

La llevó a una hamburguesería de la que salía música rock a todo volumen.

—Espérame en el coche —le dijo. Más tarde, Cynthia se dio cuenta de que era una orden.

Había bajado la ventanilla para contemplar cómo una señora corpulenta salía a duras penas del coche aparcado al lado y, sin darse cuenta de que Cynthia la estaba escuchando, dijo en voz alta:

—Vaya jaleo meten esos condenados jovencitos. Llevo cuarenta años en Cape Cod y cada día el ruido es peor.

De pronto, la mujer abrió con ímpetu la puerta de su coche y golpeó el

lateral del «Buick» de Ned. Acto seguido, metió la cabeza por la ventanilla abierta y le dijo:

—Perdóname por el golpe. Esa música de rock-and-roll me despierta ansias asesinas, pero no me da por tomármela con la propiedad ajena. —Sacó la cabeza, echó un vistazo al lateral del coche de Ned y le comentó—: Ni un rasguño, lo juro.

—Seguro que no ha sido nada —le contestó Cynthia.

Se la quedó mirando mientras se dirigía a la puerta de la hamburguesería. Rondaría los cuarenta y cinco o los cincuenta, era regordeta, llevaba el cabello mal cortado teñido de anaranjado rojizo, una blusa sin ninguna forma, pantalones de poliéster con elástico en la cintura y tenía un andar decidido.

Cuando Ned regresó con un envase de cartón en la mano se veía que estaba enfadado.

—Esos niñatos no saben ni tomar nota de un pedido. No tienen dos dedos de frente.

Cynthia decidió entonces no contarle nada del encuentro con la mujer. La atmósfera entre ambos había cambiado. Ned le entregó la cajita de la hamburguesa, le dijo bruscamente que no tenía hambre y que no había comprado nada para él.

Tardaron cuarenta y cinco minutos en regresar a Dermis por caminos que para Cynthia eran desconocidos. Al llegar a casa de Stuart, Ned le abrió la puerta.

—Me lo he pasado muy bien, Cynthia —le dijo rápidamente.

Asombrada por la descortesía de no acompañarla hasta la puerta y decepcionada por las ganas de Ned de marcharse lo antes posible, Cynthia entró en la casa silenciosa, vio que había luz en el estudio de Stuart, llamó a la puerta entreabierta y luego miró dentro. Stuart estaba tendido en el suelo, junto al escritorio; tenía la frente empapada en sangre, una parte se le había secado sobre la cara y había más a su alrededor, en la alfombra. Corrió hacia él pensando que le habría dado un ataque y se había caído. Cuando le puso la mano en la cabeza y le echó el cabello hacia atrás, vio las heridas de bala en la frente y el revólver junto a su mano. Aturdida, cogió el revólver, lo puso sobre el escritorio y llamó a la Policía.

—Creo que mi padrastro, Stuart Richards, se ha suicidado.

Cuando llegó la Policía estaba sentada junto al cadáver, presa de la conmoción.

Posteriormente, cuando compararon su declaración, Ned juró que no había estado con ella después de las ocho de la noche.

—La llevé a casa directamente desde el «Captain's Table». Su padre quería tratar con ella ciertos asuntos de familia.

Cynthia sacudió la cabeza. No volvería a recordar aquella noche. Era hora de permitir que la paz de aquel lugar le llenara el alma y se fuera a la cama. Había dejado las ventanas bien abiertas para que, al aumentar la brisa nocturna, ventilara la habitación hasta obligaría a arrojarse mientras dormía. Se despertaría temprano y daría un paseo por la playa, para sentir la arena húmeda bajo los pies; buscaría conchas como cuando era pequeña. Se daría de tiempo hasta el día siguiente para llenar los manantiales de su ser; luego empezaría aquella búsqueda probablemente inútil, la búsqueda de la persona que sabía que había dicho la verdad.

A la mañana siguiente, mientras Alvira preparaba el desayuno, Willy cogió el coche y fue a buscar los periódicos. Regresó con ellos y una bolsa de panecillos de arándanos recién salidos del horno.

Encantada, Alvira lo escuchó mientras decía:

—Pregunté dónde vendían panecillos de arándanos y todo el mundo me dijo que en Just Desserts, cerca de la oficina de Correos, tienen los mejores de Cape Cod.

Desayunaron en la mesa de picnic del porche. Mientras mordisqueaba su segundo panecillo de arándanos, Alvira observaba a las personas que corrían por la playa.

—¡Mira, ahí está!

—¿Quién?

—Cynthia Latham. Lleva fuera por lo menos una hora y media. Seguro que estará muerta de hambre.

Cuando Cynthia subió las escaleras que conducían al porche de su casa la recibió una Alvira sonriente que la cogió del brazo.

—Preparo un café y un zumo de naranja recién exprimido excelente. Y ya verá cuando pruebe los panecillos de arándanos.

—La verdad es que no... —comenzó a protestar Cynthia tratando de

retroceder, pero fue conducida por el jardín.

Al verla, Willy se levantó de un salto y sacó una banqueta.

—¿Qué tal tiene la muñeca? —le preguntó—. A Alvirah le supo muy mal que se la torciera cuando fue a visitarla.

Al ver la sincera calidez de sus rostros, Cynthia notó que su creciente irritación desaparecía. Willy, con sus mofletes redondos, su expresión agradable y su abundante cabellera blanca, le recordaba a Tip O'Neil. Así se lo dijo.

Willy sonrió de oreja a oreja.

—El de la panadería me dijo lo mismo. La diferencia está en que mientras Tip era portavoz de la Cámara de Representantes yo me dedicaba a arreglar retretes. Soy fontanero jubilado.

Cynthia se bebió el zumo de naranja y mientras sorbía su café y mordisqueaba el panecillo, escuchó con creciente asombro el relato de las peripecias de la pareja: cómo habían ganado en la lotería, habían estado en el balneario de Cypress Point donde contribuyeron a desenmascarar a un asesino, y cómo, durante un crucero por Alaska habían descubierto quién había matado al hombre que se sentaba a su lado en el comedor.

Aceptó una segunda taza de café.

—Me ha contado todo esto con una finalidad, ¿no es así? —Le dijo Cynthia—. Ayer me reconoció, ¿no?

Alvirah se puso seria y le contestó:

—Sí.

Cynthia echó la banqueta hacia atrás.

—Ha sido usted muy amable. Me parece que quiere ayudarme, pero la mejor manera de hacerlo es dejándome en paz.

Alvirah contempló la delgada figura atravesar el sendero que mediaba entre ambos chalets.

—Ha tomado un poco de sol esta mañana —dijo—. Le sienta muy bien. En cuanto engorde un poco, será una chica preciosa.

—Tú también podrías pensar en tomar un poco de sol —le comentó Willy—. Ya has oído lo que te acaba de decir.

—Pues se me ha olvidado. Cuando Charley me envíe los archivos de su caso, encontraré el modo de ayudarla.



—Ay Dios mío —gimió Willy—. Lo sabía. Otra vez a las andadas.

—No sé cómo se las apaña Charley —dijo horas más tarde Alvirah lanzando un suspiro.

El sobre remitido por envío urgente la noche anterior les llegó cuando terminaban de desayunar.

—Fíjate, me lo ha enviado todo menos la transcripción del juicio que llegará dentro de un par de días —comentó frunciendo los labios.

Willy estaba tendido en la tumbona que se había apropiado y casi había terminado de leer la sección de deportes del cuarto periódico que había comprado.

—Estoy dispuesto a dejar de ser seguidor de los Mets por un banderín —comentó con pena.

Alvirah no le prestó atención.

—Willy —le dijo con esa voz que solía utilizar cuando se disponía a preguntar algo importante—, ¿tú crees que esa chica está loca?

Willy sabía a quién se refería y repuso:

—A mí me parece una muchacha agradable. Me da lástima.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Crees que es inteligente?

—Es listísima. Se le nota.

—Tienes razón. Muy bien, me he vuelto a leer todos los artículos periodísticos sobre el caso. ¿Por qué iba una muchacha inteligente, aunque apenas tuviera diecinueve años, a inventarse un cuento chino para explicar dónde estuvo cuando asesinaron a su padrastro? ¿No tendría que estar loca o ser una estúpida para esperar que un extraño mintiera para salvarla? —Alvirah sacudió la cabeza—. En este caso hay alguien que miente, de eso no hay duda, y apostaría hasta mi último dólar a que no es Cynthia. Entonces, ¿para qué habrá venido?

Adoptando un tono triunfante, añadió:

—Te diré por qué, Willy. Porque *todavía* quiere averiguar qué le ocurrió esa noche a Stuart Richards y quiere limpiar su nombre. —Sonrió de oreja a oreja y concluyó—: ¿No es una suerte que esté yo aquí para ayudarla?

Willy dejó la sección de deportes y volvió a murmurar:

—Ay Dios mío.

Después de dormir tranquilamente toda la noche y del temprano paseo

matutino, Cynthia notó que comenzaba a recuperarse de la parálisis emocional que experimentara doce años atrás, desde el momento en que oyó al jurado pronunciar el veredicto de *culpable*. Mientras se duchaba y se vestía pensó en que esos años habían sido una pesadilla a la que había logrado sobrevivir congelando sus emociones. Había sido una reclusa modelo. Había ido a la suya y rechazado amistades. Se había apuntado a todos los cursos universitarios que ofrecía la cárcel. Al cabo de un tiempo, cuando terminó por fin de aceptar la horrible realidad de lo ocurrido, empezó a dibujar. La cara de la mujer del aparcamiento, la hamburguesería, el barco de Ned, todos los detalles que logró rescatar de sus recuerdos. Cuando hubo terminado, tuvo ante sí los dibujos de una hamburguesería que podía encontrarse en cualquier lugar de los Estados Unidos y un barco que se parecía a cualquiera de los «Chris Craft» del país. El dibujo de la mujer resultaba un poco más claro, pero no demasiado. La había visto en la oscuridad. Su encuentro había durado pocos segundos. Pero esa mujer era su única esperanza.

En su alegato final, el fiscal había dicho: «Señoras y señores del jurado, Cynthia Lathem regresó a la casa de Stuart Richards entre las ocho y las ocho y media de la noche del dos de agosto de 1976. Entró en el estudio de su padrastro. Esa misma tarde, Stuart Richards le había comentado a Cynthia que iba a cambiar su testamento. Ned Creighton oyó la conversación por casualidad. Oyó que Cynthia y Stuart discutían. Vera Smith, la camarera del "Captain's Table", oyó también que Cynthia le decía a Ned que tendría que abandonar sus estudios si su padrastro se negaba a seguir pagándoselos.

»Esa noche, cuando Cynthia Lathem regresó a la mansión de Richards, estaba enfadada y preocupada. Entró en el estudio y se enfrentó a Stuart Richards. Era un hombre que se divertía molestando a quienes le rodeaban. *Había* cambiado su testamento, y habría salvado su vida si le hubiera dicho a su hijastra que en vez de dejarle unos cuantos miles de dólares, pensaba legarle la mitad de su fortuna. Pero decidió molestarla demasiado. Y la rabia que sintió la muchacha por la forma en que su padrastro había tratado a su madre, la rabia que aumentó en ella de sólo pensar que tendría que abandonar sus estudios, que iban a lanzarla al mundo prácticamente sin un centavo, la impulsó a dirigirse al armario donde sabía que su padrastro guardaba un revólver, a sacar ese revólver y a disparar tres tiros a quemarropa en la frente

al hombre que la amaba lo suficiente para convertirla en su heredera.

»Es una ironía. Es una tragedia. Y un asesinato. Cynthia le rogó a Ned Creighton que declarara que había pasado la velada con él en su barco. Nadie los vio salir en el barco. Ella alega que pararon en una hamburguesería. Pero no sabe dónde está. Reconoce incluso que nunca entró en ella. Nos habla de una extraña mujer de cabello anaranjado rojizo con la que habló en un aparcamiento. Con toda la publicidad que ha suscitado este caso, ¿por qué no se presentó la mujer? Ustedes saben por qué. Porque no existe. Porque al igual que la hamburguesería y las horas transcurridas en un barco en la bahía de Cape Cod, esa mujer es producto de la imaginación de Cynthia Lathem».

Había leído tantas veces la transcripción del juicio que se sabía de memoria el alegato del fiscal del distrito.

—Pero esa mujer sí existía —dijo Cynthia en voz alta—. Existe.

En los próximos seis meses, con el escaso dinero del seguro que le había dejado su madre, trataría de encontrarla. Mientras se cepillaba el cabello y se lo recogía en un moño, Cynthia pensó que aquella mujer podía estar muerta o haberse mudado a California.

El dormitorio del chalet daba al mar. Se dirigió a la puerta corredera y la abrió. En la playa se veían parejas paseando con sus hijos. Si alguna vez quería llevar una vida normal, tener un marido y un hijo, tendría que limpiar su nombre.

Jeff Knight. Lo conoció el año anterior cuando fue a la cárcel a entrevistar a varias reclusas para unos programas de televisión. La había invitado a participar y ella se había negado. Él había insistido. Su cara inteligente se había mostrado llena de preocupaciones. «¿Acaso no lo comprendes, Cynthia? Varios millones de televidentes de Nueva Inglaterra van a ver este programa. La mujer con la que te cruzaste aquella noche podría ser uno de ellos».

Por eso salió en el programa, contestó a sus preguntas, habló de la noche en que murió Stuart, enseñó el dibujo oscuro de la mujer con la que había hablado, el de la hamburguesería, pero no se presentó nadie. Desde Nueva York, Lillian emitió un comunicado en el que manifestaba que en el juicio se había dicho la verdad y que no tenía más comentarios que hacer. Ned Creighton, propietario del «Mooncusser», un conocido restaurante de Barnstable, no cesó de manifestar cuánta pena sentía por Cynthia.

Después del programa, Jeff continuó viéndola los días de visita. Eso fue lo que impidió que se sumiera en la desesperación total al ver que el programa no había dado resultados. Él llegaba siempre un poco desaliñado: la americana un poco arrugada, el cabello revuelto se le rizaba sobre la frente, los ojos castaños amables y penetrantes, las largas piernas incapaces de encontrar espacio suficiente en la atestada sala de visitas de la prisión. Cuando le propuso que se casaran al terminar la condena, ella le dijo que la olvidara. Le llovían las ofertas de los canales de televisión. No le hacía ninguna falta meter en su vida a una convicta de asesinato.

«¿Y si no fuera una convicta de asesinato?», se preguntó Cynthia al apartarse de la ventana. Se dirigió a la cómoda de arce, cogió el bolso y salió a buscar el coche alquilado.

Regresó a Dennis a última hora de la tarde. Era tal su frustración por haber perdido el tiempo que se le saltaron las lágrimas. Dejó que le bañaran las mejillas sin importarle. Había ido hasta Cotuit, había dado un paseo por la calle principal, le preguntó al dueño de la librería —que parecía llevar allí mucho tiempo— dónde podría encontrar una hamburguesería en la que los adolescentes solían reunirse. El hombre le contestó encogiéndose de hombros:

—Así como vienen se van. Llega una inmobiliaria, compra un terreno, construye un centro comercial o un edificio de apartamentos y la hamburguesería desaparece.

Fue al Ayuntamiento en cuyos archivos buscó las licencias para restaurantes expedidas o renovadas en 1977. Había dos hamburgueserías que seguían funcionando. El tercer establecimiento había sido transformado o derribado. Ninguno de ellos le resultó familiar. Además, no podía estar segura de que habían estado en Cotuit. Ned pudo haber mentido también en eso. ¿Y cómo preguntar a la gente si conocía a una mujer de mediana edad, cabello anaranjado rojizo, fornida, que había vivido o veraneado en Cape Cod durante cuarenta años y odiaba el rock-and-roll?

Al cruzar Dennis, siguiendo un impulso, Cynthia no giró por la calle que la llevaría a su chalet sino que volvió a pasar delante de la mansión Richards. Justo en ese momento, una mujer rubia y delgada bajaba las escaleras. A pesar de la distancia, sabía que se trataba de Lillian. Cynthia redujo la velocidad, pero cuando Lillian miró en su dirección, aceleró rápidamente y regresó al

chalet. Cuando iba a girar la llave en la cerradura oyó sonar el teléfono. El timbre sonó diez veces y luego dejó de hacerlo. Tenía que ser Jeff, pero no quería hablar con él. Al cabo de unos minutos volvió a sonar. Era evidente que si Jeff tenía su número, seguiría tratando de ponerse en contacto con ella.

Cynthia cogió el auricular.

—¿Dígame?

—Se me está cansando el dedo de pulsar tantos botones —le dijo Jeff—. Muy bonito eso de desaparecer así.

—¿Cómo me has encontrado?

—No fue difícil. Sabía que volverías a Cape Cod como una paloma mensajera. Además, el funcionario que vigila tu libertad condicional me lo confirmó.

Era como si lo estuviera viendo: reclinado en la silla, dándole vueltas a un lápiz, la seriedad de sus ojos contrastaría con la ligereza de su tono de voz.

—Jeff, olvídate de mí. Haznos un favor a ambos.

—De eso nada. Cindy, te comprendo. Pero a menos que logres encontrar a la mujer con la que hablaste, no existe ninguna esperanza de que puedas probar tu inocencia. Y créeme, cariño, he tratado de encontrarla. Cuando hice el programa, utilicé a unos investigadores de los que nunca te hablé. Si ellos no pudieron encontrarla, tú tampoco. Cindy, te quiero. Tú sabes que eres inocente. Yo también lo sé. Ned Creighton mintió, pero jamás podremos probarlo.

Cindy cerró los ojos; sabía que Jeff tenía razón.

—Cindy, olvídale todo. Haz las maletas y vuelve aquí. Te recogeré en tu casa esta noche a las ocho.

Su casa... La habitación amueblada que el funcionario que vigilaba su libertad condicional la ayudó a encontrar. «Te presentaré a mi novia. Acaba de salir de la cárcel. ¿Qué hacía tu madre antes de casarse? ¿También estuvo presa?», pensó Cynthia.

—Adiós, Jeff —dijo, cortó la comunicación, dejó el teléfono descolgado y le dio la espalda.

Alvirah había visto regresar a Cynthia pero no intentó ponerse en contacto con ella. Willy había alquilado una barca para toda la tarde y al anochecer regresó triunfante con dos pescadillas. En su ausencia, Alvirah se leyó los

recortes sobre el asesinato de Stuart Richards. En el balneario de Cypress Point había aprendido lo valioso que resultaba grabar sus opiniones. Esa tarde tuvo el magnetófono encendido durante mucho rato.

La clave del asunto está en por qué mintió Ned Creighton. Apenas conocía a Cynthia. ¿Por qué le tendió una trampa para que cargara con la muerte de Stuart Richards? Stuart Richards tenía un montón de enemigos. En cierta época, el padre de Ned hizo negocios con Stuart y acabaron enfrentados, pero por entonces, Ned era un crío. Ned era amigo de Lillian Richards. Lillian juró que no sabía que su padre se disponía a cambiar el testamento, que siempre había sabido que recibiría la mitad de sus bienes y que la otra mitad sería para la Universidad de Dartmouth. Declaró estar al tanto de que su padre se había molestado cuando Dartmouth decidió aceptar chicas, pero que ignoraba que su fastidio hubiera sido de tal envergadura como para impulsarlo a cambiar el testamento y dejar a Cynthia el dinero de Dartmouth.

Alvirah apagó el magnetófono. Sin duda, a alguien tuvo que ocurrírsele que cuando Cynthia fuera declarada culpable de asesinar a su padrastro, perdería la herencia y Lillian se quedaría con todo. Lillian se había casado con alguien de Nueva York poco después del juicio. Desde entonces se había divorciado en tres ocasiones. De manera que no daba la impresión de que entre ella y Ned hubiera habido algo. Sólo quedaba lo del restaurante. ¿Quiénes habían financiado a Ned?

—¿Sigues con eso? —le preguntó.

—¡Aja! —Respondió Alvirah cogiendo uno de los recortes—. Cabello anaranjado rojizo, fornida, entre cuarenta y cinco y cincuenta años. ¿Dirías que podría ser una descripción de mi aspecto de hace doce años?

—Sabes bien que nunca diría que eres fornida —protestó Willy.

—No he dicho que lo harías. Vuelvo en seguida. Quiero hablar con Cynthia. La he visto regresar hace unos minutos.

A la tarde siguiente, después de meter a Willy en otra barca de pesca alquilada, Alvirah se colocó el broche en forma de sol en su nuevo vestido estampado de color violeta y fue con Cynthia en coche hasta el restaurante «Mooncusser» de Barnstable. Durante el viaje, Alvirah le dio instrucciones.

—Acuérdate de que si está presente, me lo debes indicar en seguida. No le quitaré los ojos de encima. Te reconocerá. Seguramente se acercará a

nosotras. Ya sabes lo que tienes que decir, ¿verdad?

—Sí.

Cynthia se preguntó si resultaría, si Ned les creería.

El restaurante era un impresionante edificio blanco, de estilo colonial, con una entrada para coches larga y sinuosa. Alvirah se fijó en el edificio, en el jardín exquisitamente cuidado que llegaba hasta el agua.

—Muy, pero muy caro —le dijo a Cynthia—. Para montar esto le hicieron falta unos cuantos milloncitos.

El interior estaba decorado con los mismos tonos azules y blancos de las vajillas Wedgwood. De las paredes colgaban unos cuadros exquisitos. Hasta que Willy y Alvirah ganaron la lotería, ella había sido la asistenta de la señora Rawlings durante veinte años; cada martes había ido a limpiar su casa, que era como un enorme museo. A la señora Rawlings le encantaba contarle la historia de cada cuadro, cuánto le había costado y regodearse mencionando cuánto había aumentado. Alvirah solía repetirse que con un poco de práctica podría convertirse en guía turística de un museo de arte. «Fíjese en cómo utiliza la luz el pintor, en el espléndido detalle de los rayos de sol que iluminan el polvo de la mesa». Se sabía al dedillo las conversaciones con la señora Rawlings.

Consciente de que Cynthia estaba nerviosa, cuando el *maitre* las condujo a una mesa que daba a una ventana, Alvirah trató de distraerla habiéndole de la señora Rawlings.

Muy a su pesar, Cynthia notó que sonreía al oír a Alvirah comentarle que aunque tenía un montón de dinero, la señora Rawlings nunca le había regalado nada para Navidad, ni siquiera una mísera postal.

—Era la vieja más chismosa, tacaña y vulgar del mundo, pero me daba lástima. Nadie quería trabajar para ella —le dijo Alvirah—. Cuando llegue la hora, pienso demostrarle al Señor que en la columna de acciones bondadosas de mi cuenta con la señora Rawlings tengo muchos puntos a mi favor.

—Si esto funciona, conseguirás un montón de puntos con el caso Lathem —observó Cynthia.

—Ya lo creo que sí. Y ahora, que no se te borre esa sonrisa. Tienes que poner cara de gatito que acaba de zamparse un canario. ¿Está aquí?

—Aún no lo he visto.

—Bien. Cuando ese «estirado» vuelva con el menú, pregunta por él.

El *maitre* se dirigía hacia ellas esbozando una sonrisa profesional en su cara insulsa.

—¿A las señoras les apetece tomar algo de aperitivo?

—Tráiganos dos copas de vino blanco. Por cierto, ¿está el señor Creighton? —inquirió Cynthia.

—Me parece que está en la cocina hablando con el *chef*.

—Soy una vieja amiga —le comentó Cynthia—. Cuando tenga un momento, pídale por favor que venga a nuestra mesa.

—Con mucho gusto.

—Podrías ser actriz —susurró Alvirah ocultándose detrás del menú.

Extremaba siempre las precauciones porque pensaba que alguien capaz de leer los labios podía enterarse de lo que decía.

—Me alegro de que esta mañana lograra convencerte de que te compraras esa ropa. Lo que tenías en el armario era un desastre.

Cynthia llevaba una americana corta de lino de color amarillo limón y una falda negra del mismo género. También lucía un llamativo pañuelo de seda amarillo, blanco y negro colocado espectacularmente sobre un hombro. Alvirah la había acompañado al salón de belleza. Una media melena suelta le enmarcaba la cara. Disimulaba su palidez con un maquillaje de tono beige que daba más color a sus grandes ojos castaños.

—Estás preciosa —le dijo Alvirah.

Por desgracia, Alvirah había experimentado una metamorfosis bien distinta. Había cambiado la bonita tonalidad de Sassoon por el color anaranjado y rojizo de antaño. Se había hecho cortar las uñas y las llevaba sin pintar. Después de ayudar a Cynthia a escoger su traje amarillo y negro, se había dirigido al estante de oportunidades donde, por evidentes razones, había encontrado el vestido estampado de color violeta que habían rebajado a diez dólares. El vestido le venía algo pequeño y le marcaba los michelines que, según Willy, eran la manera en que tenía la Naturaleza de acolcharnos para la gran caída final.

Cuando Cynthia protestó por el desastre que se había hecho en el pelo y las uñas, Alvirah se limitó a replicar:

—Cada vez que hablaste de esa mujer, de la testigo desaparecida, dijiste que era corpulenta, llevaba el pelo teñido de rojo y vestía ropa que parecía



comprada en un mercadillo. Tengo que parecer creíble.

—Dije que llevaba ropa de aspecto barato —la corrigió Cynthia.

—Es lo mismo.

Alvirah notó en seguida que a Cynthia se le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Viene hacia aquí? —le preguntó rápidamente.

Cynthia asintió.

—Sonríeme. Vamos. Tranquilízate. No dejes que note tu nerviosismo.

Cynthia la recompensó con una cálida sonrisa y apoyó ligeramente los codos sobre la mesa.

Se les había acercado un hombre. Tenía la frente perlada de sudor. Se humedeció los labios.

—Cómo me alegro de verte, Cynthia —le dijo tendiéndole la mano.

Alvirah lo examinó con detenimiento. En cierto modo, no era mal parecido. Los ojos pequeños se perdían casi en la cara mofletuda. Tendría unos diez kilos más que en las fotos de los archivos. Era del tipo de los que de jóvenes son guapos, pero después todo se viene abajo.

—¿De veras te alegras de verme, Ned? —le preguntó Cynthia sin dejar de sonreír.

—Es él —anunció Alvirah con decisión—. Estoy absolutamente segura. Estaba delante de mí en la cola de la hamburguesería. Me llamó la atención porque estaba que trinaba, pues los chicos que tenía delante no acababan de decidir cómo querían las hamburguesas.

—¿De qué habla esta mujer? —exigió saber Ned Creighton.

—¿Por qué no te sientas, Ned? —Le pidió Cynthia—. Sé que el restaurante te pertenece, pero aun así, creo que debo invitarte. Al fin y al cabo, te debo una cena de hace años.

«Es una chica estupenda», pensó Alvirah.

—Estoy absolutamente segura de que era usted el de aquella noche, aunque ha engordado un poco —le reprochó, indignada, a Creighton—. Es una verdadera vergüenza que por culpa de sus mentiras esta chica haya tenido que pasar doce años en la cárcel.

La sonrisa se esfumó de los labios de Cynthia cuando precisó:

—Doce años, seis meses y diez días. La época de mi vida en la que debí terminar la Universidad, conseguir mi primer trabajo, salir con chicos.

El rostro de Ned Creighton se endureció cuando le dijo:

—Es mentira, esto es un montaje.

Llegó el camarero con dos copas de vino que colocó delante de Cynthia y Alvira.

—¿Quiere tomar algo, señor Creighton?

—Nada —repuso lanzándole una mirada colérica.

—Es un lugar realmente precioso, Ned —dijo Cynthia tranquilamente—. Habrá costado un montón de dinero. ¿De dónde lo sacaste? ¿De Lillian? Mi parte de la herencia de Stuart Richards ascendía casi a los diez millones de dólares. ¿Cuánto te dio ella?

No esperó la respuesta.

—Ned, esta mujer es la testigo que nunca logré encontrar. Recuerda haber hablado conmigo aquella noche. Nadie me creyó cuando dije que esa mujer había rozado el lateral de tu coche al abrir la puerta del suyo. Pero se acuerda del incidente. Y también de haberte visto. Ha llevado un Diario durante toda su vida. Esa noche escribió lo ocurrido en el aparcamiento.

Mientras asentía con la cabeza, Alvira no dejaba de estudiar el rostro de Ned. Notó que empezaba a ponerse nervioso pero no lo vio convencido. Había llegado el momento de intervenir.

—Me marché de Cape Cod al día siguiente. Vivo en Arizona. Mi marido se puso muy enfermo, por eso no hemos vuelto nunca. Falleció el año pasado.

Para sus adentros le pidió perdón a Willy pero se dijo que era absolutamente necesario.

—En fin, que la semana pasada estaba viendo la televisión, y ya sabe usted lo aburrida que es la tele en verano. Me quedé con un palmo de narices cuando en la repetición de un programa sobre mujeres en la cárcel vi que por pantalla enseñaban un dibujo de esta servidora.

Cynthia buscó el sobre que había dejado junto a su silla.

—Aquí tienes el dibujo que hice de la mujer con la que hablé en el aparcamiento.

Ned Creighton tendió la mano.

—Ya te lo enseño yo —le dijo Cynthia.

El dibujo mostraba el rostro de una mujer enmarcado por la ventanilla abierta de un coche. Las facciones no eran muy claras y el fondo estaba a

oscuras, pero resultaba sorprendente el parecido con Alvirah.

Cynthia empujó su silla hacia atrás. Alvirah se levantó también.

—No puedes devolverme esos doce años. Ya sé lo que estás pensando. Piensas que aunque tenga esta prueba, el jurado podría no creer en mí. Como no me creyó hace doce años. Pero cabe una ínfima posibilidad Ned, y no pienso desaprovecharla. Será mejor que lo consultes con quien te sobornó para tenderme una trampa aquella noche, diles que quiero diez millones de dólares. Lo que me hubiera correspondido legítimamente de la herencia de Stuart.

—Estás loca.

El rostro de Ned Creighton ya no reflejaba temor sino ira.

—¿De veras? Creo que no. —Cynthia metió la mano en el bolsillo y añadió—: Aquí tienes mi dirección y mi número de teléfono. Alvirah se aloja en mi casa. Llámame esta tarde a eso de las siete. Si no tengo noticias tuyas, contrataré a un abogado y pediré la revisión del caso.

Dejó un billete de diez dólares sobre la mesa y añadió:

—Con eso creo que alcanza para cubrir el vino y la cena que te debía.

Salió presurosa del restaurante, seguida a poca distancia por Alvirah. Notó que los demás comensales murmuraban y pensó: «Sospechan que algo pasa. Muy bien».

No se hablaron hasta llegar al coche. Entonces Cynthia le preguntó, temblorosa:

—¿Cómo he estado?

—Soberbia.

—No resultará, Alvirah. Si comparan el dibujo con el que Jeff enseñó en el programa, se darán cuenta de todos los detalles que le agregué para que se pareciera a ti.

—No tienen tiempo para eso. ¿Estás segura de que ayer viste a tu hermanastra en la mansión Richards?

—Segurísima.

—Entonces, apuesto a que en estos momentos, Ned Creighton está hablando con ella.

Cynthia condujo como una autómatas, sin percatarse de la tarde soleada.

—Había mucha gente que detestaba a Stuart. ¿Por qué estás tan segura de

que Lillian tuvo que ver con esto?

Alvirah se bajó la cremallera del vestido violeta y dijo:

—Este vestido me va tan apretado que por poco me ahogo.

Angustiada, se pasó la mano por el cabello mal cortado y manifestó:

—Después de esto, hará falta un ejército de Sassoons para volver a ponerme en orden. Me parece que tendré que volver al balneario de Cypress Point. ¿Qué me preguntabas? Ah, sí, lo de Lillian. *Tiene* que estar metida en esto. Considéralo de este modo. Había mucha gente que odiaba a tu padrastro, pero no habrían necesitado de un Ned Creighton para tenderte la trampa. Lillian siempre supo que su padre le iba a dejar la mitad de su fortuna a la Universidad de Dartmouth, ¿no?

—Sí —repuso Cynthia al tiempo que giraba por el camino que conducía a los chalets.

—No me importa cuánta gente odiara a tu padrastro. Lillian era la única *beneficiada* de que te declarasen culpable del asesinato de Stuart. Conocía a Ned. Sabía que intentaba reunir dinero para montar un restaurante. Stuart debió de contarle que iba a dejarte la mitad del dinero a ti en lugar de a Dartmouth. Lillian siempre te tuvo manía. Tú misma me lo dijiste. De manera que hace un trato con Ned. Él te invita a dar un paseo en su barco y finge una avería. Alguien mata a Stuart Richards. Lillian tenía una coartada. Estaba en Nueva York. Probablemente contrató a alguien para que matara a su padre. Aquella noche, cuando insististe en tomar una hamburguesa, estuviste a punto de echarlo todo a perder. Y Ned ignoraba que hubieras hablado con alguien. Seguramente habrán estado muy preocupados de que apareciera esa testigo.

—¿Y si aquella noche lo hubiera reconocido alguien y hubiera declarado haberlo visto cuando compraba una hamburguesa?

—En ese caso, habría dicho que después de dar un paseo en su barco fue a tomar una hamburguesa y que tú estabas tan desesperada por contar con una coartada que le suplicaste que dijera que habías estado con él. Pero no apareció nadie.

—Parece tan arriesgado —protestó Cynthia.

—Arriesgado, no. Simple —la corrigió Alvirah—. Créeme, sé mucho de estas cosas. Te asombraría comprobar en cuántos casos el asesino es quien preside el entierro. Es un hecho.

Ya habían llegado a casa.

—¿Y ahora qué? —inquirió Cynthia.

—Ahora nos vamos a tu casa a esperar que telefonee tu hermanastra. — Alvirah miró a Cynthia sacudiendo la cabeza y añadió—: Sigues sin creerme. Espera y verás. Prepararé un buen té. Es una pena que Creighton apareciera antes de que pudiésemos almorzar. El menú estaba muy bien.

Estaban comiendo unos bocadillos de ensalada de atún en el porche del chalet de Cynthia cuando sonó el teléfono.

—Es para ti, Cynthia —dijo Alvirah.

Siguió a Cynthia hasta la cocina y esperó a que la muchacha contestara a la llamada.

—Dígame. —La voz de Cynthia era apenas audible. Alvirah la vio palidecer—. Hola, Lillian.

Alvirah agarró con fuerza a Cynthia del brazo y asintió vigorosamente.

—Sí, Lillian. Acabo de ver a Ned. No, no estoy bromeando. No veo nada gracioso en todo esto. Sí. Iré esta noche. No te preocupes por la cena. Tu presencia me quita el apetito. Ah, Lillian, le he dicho a Ned lo que quiero. No voy a cambiar de idea.

Cynthia colgó y se dejó caer en una silla.

—Alvirah, Lillian dijo que mi acusación era una ridiculez pero que sabe que su padre era capaz de hacer perder los estribos a cualquiera. Es lista.

—Eso no nos ayudará a limpiar tu nombre. Te daré mi broche en forma de sol. Tienes que conseguir que reconozca tu inocencia en el asunto, que tenía a Ned a su merced y lo convenció de que te tendiera una trampa. ¿A qué hora le dijiste que irías a su casa?

—A las ocho. Ned estará con ella.

—Perfecto. Willy irá contigo. Se echará en el suelo de la parte de atrás del coche. Para ser un hombre grandote es capaz de enroscarse como un gusano. Te mantendrá vigilada. No intentarán nada en esa casa. Sería demasiado arriesgado. —Alvirah se quitó el broche—. Después de Willy, éste es mi tesoro máspreciado —le dijo—. Te enseñaré cómo funciona.

Alvirah se pasó toda la tarde dando instrucciones a Cynthia sobre lo que debía decirle a su hermanastra.

—Tiene que haber sido ella la que puso el dinero para el restaurante.

Quizás a través de alguna falsa compañía financiera. Dile que si no te paga, te pondrás en contacto con un experto contable que trabaja para el Gobierno.

—Sabe que no tengo dinero.

—Pero ignora quién pudo interesarse en tu caso. El hombre que hizo el programa sobre mujeres en la cárcel se interesó, ¿verdad?

—Sí, Jeff se interesó en mi caso.

Alvirah entrecerró los ojos y luego le soltó:

—¿Hay algo entre tú y Jeff?

—Si me exculpan de la muerte de Stuart Richards, sí. En caso contrario, nunca habrá nada entre Jeff y yo ni ningún otro hombre.

A las seis volvió a sonar el teléfono.

—Contestaré yo —le dijo Alvirah—. Para que sepan que estoy contigo.

A su sonoro «dígame» siguió un saludo cordial.

—Jeff, justamente hablábamos de ti. Cynthia está aquí mismo. Vaya, qué muchacha más guapa. Deberías verla cómo va vestida ahora. Me lo ha contado todo sobre ti. Espera, te pondré con ella.

Alvirah escuchaba tranquilamente mientras Cynthia le explicaba a Jeff:

—Alvirah alquiló el chalet de al lado. Me está ayudando. No, no voy a volver. Sí, tengo motivos para quedarme. Quizás esta noche consiga pruebas de que no he matado a Stuart. No, no vengas. No quiero verte. Jeff, ahora no... Jeff, sí, de acuerdo, te quiero. Sí, si limpio mi nombre me casaré contigo.

Cuando colgó, Cynthia estaba al borde del Danto.

—Alvirah, no sabes cuánto deseo iniciar una nueva vida con él. ¿Sabes lo que acaba de decirme? Me citó una frase de *Salteador de caminos*. Me dijo: «Estaré a tu lado cuando brille la luna aunque el infierno se interponga en mi camino».

—Me cae bien —dijo Alvirah, categórica—. Sé calar a las personas con sólo oír sus voces por teléfono. ¿Vendrá esta noche? No quiero que te pongas nerviosa ni que te convenzan de abandonar ahora.

—No. Lo han nombrado presentador del telediario de las diez. Pero te apuesto lo que quieras a que mañana vendrá.

—Tendremos que encargarnos de eso. Cuanta más gente haya metida en este asunto, más probabilidades existen de que Ned y Lillian se huelan algo raro.

Después de asomarse a la ventana, Alvirah comentó:

—Mira, ahí viene Willy. Por el amor del cielo, trae más pescadillas. Me dan acidez de estómago, pero sería incapaz de decírselo. Cuando va a pescar, siempre compro algún antiácido. En fin.

Abrió la puerta para recibir al sonriente Willy que sujetaba orgulloso un sedal del que colgaban dos pescadillas flácidas y solitarias. A Willy se le borró la sonrisa de los labios en cuanto vio la alborotada cabellera rojiza y el vestido estampado color violeta que marcaba todos y cada uno de los michelines de su mujer.

—Caray —protestó—. ¿Cómo es posible que nos hayan quitado el dinero de la lotería?

A las siete y media, después de cenar las dos últimas presas pescadas por Willy, Alvirah colocó una taza de té delante de Cynthia.

—No has probado bocado. Debes comer si quieres tener la mente despejada. ¿Te acuerdas de todo lo que has de decir?

Cynthia acarició el broche en forma de sol y repuso:

—Creo que sí. Me parece que está todo claro.

—Acuérdate de una cosa, entre esos dos hubo un intercambio de dinero. Me da igual si fueron muy listos, podemos descubrirlo. Si aceptan pagarte, ofréceles una rebaja si te dan la satisfacción de reconocer la verdad. ¿Entendido?

—Entendido.

A las siete menos diez, Cynthia recorrió en su coche el sendero sinuoso con Willy tumbado en la parte de atrás.

El día soleado dio paso a un atardecer nublado. Alvirah recorrió el chalet y fue al porche de atrás. El viento sacudía la bahía levantando un frenético oleaje que rompía en la playa. A lo lejos se oían unos truenos. La temperatura había bajado bruscamente y a pesar de que era agosto, de pronto dio la impresión de ser octubre. Alvirah se echó a temblar de frío pero no se decidía a ir al chalet de al lado a buscar un jersey. Al final, optó por quedarse donde estaba. Quería estar allí por si alguien telefoneaba.

Se preparó una segunda taza de té, se sentó a la mesa del comedor, de espaldas a la puerta que conducía al porche trasero, y se puso a escribir el borrador del artículo que seguramente no tardaría en enviar al *New York*

*Globe*. «Cynthia Lathem, que tenía diecinueve años cuando la sentenciaron a doce años de cárcel por un asesinato que no cometió, podrá probar su inocencia».

A su espalda una voz dijo:

—No creo que eso ocurra.

Alvirah se volvió repentinamente y vio el rostro sombrío e iracundo de Ned Creighton.

\*\*\*\*\*

Cynthia esperó en los escalones del porche de la mansión Richards. A través de la hermosa puerta de caoba le llegó el leve sonido del timbre. En ese momento la asaltó la incongruente idea de que seguía teniendo llave de la casa y se preguntó si Lillian habría cambiado las cerraduras.

La puerta se abrió de par en par. Lillian estaba en el amplio recibidor; la luz de la lámpara Tiffany que pendía del techo acentuaba sus altos pómulos, los grandes ojos azules, el cabello rubio platinado. En esos doce años, Lillian se había convertido en una réplica de Stuart Richards. Aunque algo más baja y joven. Sin embargo, era una versión femenina de la belleza que había sido su padre. En sus ojos, se apreciaba el mismo toque de crueldad.

—Pasa, Cynthia.

La voz de Lillian no había cambiado. Clara, educada, pero con ese tono agudo y enfadado que siempre había caracterizado las conversaciones de Stuart Richards.

Cynthia siguió en silencio a Lillian pasillo abajo. El salón estaba apenas iluminado. Lo encontraba tal como lo recordaba. Los muebles, las alfombras orientales seguían en el mismo sitio, sobre el hogar vio el mismo cuadro de siempre... nada había cambiado. El comedor señorial, situado a la izquierda, continuaba pareciendo nuevo, como siempre. Entonces acostumbraban a comer en el pequeño comedor contiguo a la biblioteca.

Se había imaginado que Lillian la llevaría a la biblioteca. Pero fue directamente al estudio donde había muerto Stuart. Cynthia apretó los labios y llevó la mano al broche con forma de sol. Se preguntó si su hermanastra



pretendía intimidarla.

Lillian se sentó detrás del imponente escritorio.

Cynthia recordó la noche en que entró en aquella estancia y encontró a Stuart tendido en la alfombra, junto a aquel mismo escritorio. Se notó las manos húmedas. La frente comenzó a cubrirse de sudor. De afuera le llegó el gemido del viento que soplaba con más fuerza.

Lillian juntó las manos y la miró a la cara.

—Ya que estás aquí, siéntate.

Cynthia se mordió el labio inferior. El resto de su vida dependía de lo que dijera en los minutos siguientes.

—Creo que soy yo la que debe sugerir quién se sienta y quién permanece de pie —le contestó—. Al fin y al cabo, tu padre me dejó a mí esta casa. Cuando telefoneaste, hablaste de un acuerdo. No me vengas ahora con juegos. Y no trates de intimidarme. En la cárcel perdí toda la timidez. Puedo asegurártelo. ¿Dónde está Ned?

—Vendrá de un momento a otro. Verás, Cynthia, esas acusaciones que le hiciste son una locura. Y lo sabes.

—Creí que había venido a tratar cómo voy a recibir mi parte de la herencia.

—Has venido porque me das pena y porque quiero darte la oportunidad de marcharte a algún lugar y comenzar una nueva vida. Estoy dispuesta a abrir un fondo en un Banco para que cuentes con una mensualidad. Otra, en mi lugar, no sería tan generosa con la asesina de su padre.

Cynthia miró fijamente a Lillian y notó el odio reflejado en sus ojos, la calma glacial de su actitud. Era preciso que quebrase esa calma. Fue a la ventana y se asomó. La lluvia caía sobre la casa. Los truenos rompieron el silencio reinante en la estancia.

—Me pregunto qué habría hecho Ned aquella noche para mantenerme alejada de la casa si hubiera llovido como ahora. El tiempo estuvo a su favor, ¿no te parece? Caluroso y nublado. Sin ningún barco a la vista. Sólo esa testigo, y ahora he dado con ella. ¿No te dijo Ned que lo identificó sin lugar a dudas?

—¿Cómo va alguien a creer que es capaz de reconocer a un extraño después de casi trece años? Cynthia, no sé a quién habrás contratado para esta

fantochada, pero te advierto que ya está bien. Acepta mi oferta o llamaré a la Policía y hará que te detengan por hostigamiento. No olvides que es muy sencillo hacer que a un criminal le suspendan la libertad condicional.

—La libertad condicional de un criminal. Estoy de acuerdo. Pero no soy una criminal, y tú lo sabes.

Cynthia se dirigió al armario estilo jacobino y abrió el cajón superior.

—Sabía que Stuart guardaba aquí un revólver. Pero tú también lo sabías. Declaraste ignorar que había cambiado su testamento y que me iba a dejar a mí la mitad de los bienes que pensaba legar a Dartmouth. Pero mentiste. Si Stuart me llamó para contarme lo de su testamento, no iba a ocultártelo a ti.

—No me dijo nada. Llevaba tres meses sin verlo.

—Puede que no lo vieras, pero hablaste con él, ¿no es cierto? Hubieras soportado que la Universidad de Dartmouth recibiera la mitad de sus bienes, pero no podías aceptar la idea de repartir su dinero conmigo. Me odiabas por los años que viví en esta casa, por el hecho de que yo le caía bien. Tienes tan mal carácter como él.

Lillian se puso en pie y sentenció:

—No sabes lo que estás diciendo.

Cynthia cerró el cajón de golpe y repuso:

—Claro que sé lo que digo. Todos los hechos que contribuyeron a mi condena, servirán para condenarte a ti también. Yo tenía la llave de esta casa, al igual que tú. No hubo señales de lucha. No creo que enviaras a alguien a asesinarlo. Creo que lo hiciste tú misma. En el escritorio de Stuart había un botón de alarma. No lo pulsó. Nunca pensó que su propia hija fuera a hacerle daño. ¿Cómo es posible que Ned viniera por aquí justamente esa tarde? Tú sabías que Stuart me había invitado a pasar el fin de semana, sabías que había insistido en que saliera con Ned. A Stuart le gustaba tener compañía, pero también le gustaba estar solo. Es posible que Ned no te lo dijera claramente, pero la testigo que encontré lleva un Diario. Me lo enseñó. Desde los veinte años, cada noche apunta en él todo lo que le pasa. Es imposible que se haya inventado esa historia. Me describía a mí. Describía el coche de Ned. Escribió incluso cómo eran los chicos ruidosos de la cola y cómo lograron impacientar a cuantos esperaban detrás de ellos.

Cynthia pensó entonces que comenzaba a hacerla dudar. Lillian se puso

pálida. Tragaba saliva compulsivamente. Cynthia se dirigió otra vez al escritorio para que el broche en forma de sol apuntara directamente a Lillian.

—Tu jugada fue muy inteligente, ¿verdad? —le preguntó—. Ned no empezó a invertir en ese restaurante hasta que yo estuve presa. Y estoy segura de que cara a la galería cuenta con unos inversores respetables. Pero hoy en día, el Gobierno dispone de medios muy avanzados para descubrir a los blanqueadores de dinero. Tu dinero, Lillian.

—Nunca podrás probarlo —dijo Lillian con voz estridente.

«Ay, Dios mío, si lograra que lo reconociera», pensó Cynthia. Se aferró al borde del escritorio con mano firme e inclinándose hacia delante, dijo:

—Tal vez no. Pero no corras ese riesgo. Te diré lo que se siente cuando te toman las huellas dactilares y te esposan. Lo que se siente cuando estás sentada junto a un abogado y oyes al fiscal del distrito acusarte de asesinato; cuando estás pendiente de las caras del jurado. Los miembros del jurado son siempre gente corriente. Viejos. Jóvenes. Negros. Blancos. Bien vestidos. Mal vestidos. Pero tienen en sus manos el resto de tu vida. Te aseguro, Lillian, que no te gustará. No te gustará la espera. Las pruebas condenatorias se ajustan más a ti que a mí. No tienes el temperamento ni el valor para pasar por todo eso.

Lillian se puso en pie y repuso:

—Ten en cuenta que al heredar tuve que pagar muchos impuestos. ¿Cuánto quieres?

\*\*\*\*\*

—Debió quedarse en Arizona —le dijo Ned Creighton a Alvirah apuntándole al pecho con el revólver.

Alvirah se quedó sentada ante la mesa del comedor mientras analizaba qué posibilidades tenía de huir. No tenía ninguna. Esa tarde él había creído en su historia y ahora quería eliminarla. Alvirah pensó fugazmente que siempre había tenido la certeza de que habría sido una estupenda actriz. ¿Acaso debía advertirle que su marido regresaría de un momento a otro? No. En el restaurante le había dicho que era viuda. ¿Cuánto tardarían Willy y Cynthia?

Demasiado. Lillian no dejaría marchar a Cynthia hasta que estuviera segura de que no quedara vivo ningún testigo, pero tal vez, si lograba entretenerlo, se le ocurriría algo.

—¿Cuánto sacó por participar en el asesinato? —le preguntó.

Ned Creighton lanzó una sonrisa burlona.

—Tres millones. Lo suficiente para montar un restaurante de lujo.

Alvirah se arrepintió de haberle prestado a Cynthia el broche con forma de sol. Una prueba. Una prueba fehaciente y no pudo grabarla. Si algo le ocurría, nadie más se enteraría. Se dijo que si llegaba a salir de aquello, le pediría a Charley Evans un broche de recambio. De plata, quizá. Creighton agitó el revólver y ordenó:

—Levántese.

Alvirah empujó la silla hacia atrás y apoyó las manos en la mesa. Tenía delante el azucarero. ¿Se atrevería a lanzárselo? Sabía que tenía buena puntería, pero un revólver es más veloz que un azucarero.

—Vaya a la sala.

Mientras ella rodeaba la mesa, Creighton cogió las notas, el artículo que acababa de empezar y se lo metió todo en el bolsillo.

Junto a la chimenea había una mecedora de madera. Creighton la señaló y le ordenó:

—Siéntese ahí.

Alvirah se sentó pesadamente. Ned seguía apuntándola con el revólver. Si inclinaba la mecedora hacia delante y caía sobre él, ¿lograría huir? Creighton tendió la mano hacia una llave estrecha que colgaba de la repisa de la chimenea. Se inclinó, la metió en un cilindro que había en uno de los ladrillos y la giró. De la chimenea surgió el sonido siseante del gas. Se incorporó. Sobre la repisa había una caja de cerillas; sacó una cerilla larga, la restregó contra el ladrillo, apagó la llama y lanzó la cerilla al hogar.

—Empieza a hacer frío —dijo—. Decidió encender el fuego. Abrió la llave del gas. Le acercó una cerilla, pero no prendió. Cuando se inclinó para cerrar la llave y volver a intentarlo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se golpeó la cabeza en la repisa de piedra y perdió el conocimiento. Un terrible accidente para una mujer tan agradable. Cynthia se sentirá muy mal cuando la encuentre.

El olor a gas inundó la habitación. Alvirah intentó inclinar la mecedora hacia delante. Debía arriesgarse a darle un cabezazo a Creighton y obligarle a soltar el arma. Demasiado tarde. Una mano la cogió de los hombros con la fuerza de una prensa. Sintió que la empujaban hacia delante. Su cabeza fue a golpear contra la piedra del hogar. Antes de perder el conocimiento, notó que un nauseabundo olor a gas le llenaba la nariz.

\*\*\*\*\*

—Ya llega Ned —dijo Lillian tranquilamente al oír el timbre de la puerta—. Lo haré pasar.

Cynthia esperó. Lillian todavía no había reconocido nada. ¿Lograría que Ned Creighton admitiera su culpabilidad? Se sintió como un funámbulo que intenta cruzar un abismo haciendo equilibrio sobre una cuerda resbaladiza. Si fallaba, no merecería la pena vivir el resto de su vida.

Creighton siguió a Lillian hasta la habitación.

—Cynthia.

Su inclinación de cabeza fue impersonal, desagradable. Acercó una silla al escritorio en el que Lillian había dejado abierto un archivo con unos impresos.

—Le estoy enseñando a Cynthia cómo se redujo la herencia después de pagar impuestos —informó Lillian a Creighton—. Después calcularemos su parte.

—No descuentes lo que hayas pagado a Ned de lo que me pertenece legalmente —le advirtió Cynthia. Vio la mirada iracunda que Creighton le lanzó a Lillian—. Ah, por favor —dijo—, ahora que estamos los tres aquí, aclaremos las cosas.

Lillian le contestó fríamente:

—Te he dicho que quiero que compartas la herencia. Sé que mi padre era capaz de hacer perder los estribos a cualquiera. Hago esto porque me das lástima. Aquí tienes las cifras.

Lillian se pasó el siguiente cuarto de hora sacando balances del archivo.

—Teniendo en cuenta los impuestos y los intereses sobre el resto, tu parte ascendería a cinco millones de dólares.

—Y esta casa —añadió Cynthia.

Asombrada, notó que Lillian y Ned se iban tranquilizando más y más a medida que transcurría el tiempo. Los dos sonreían.

—Ah, no, la casa no —protestó Lillian—. Daría lugar a demasiados comentarios. La tasaremos y te pagaré lo que valga. Pero recuerda bien, Cynthia, que soy muy generosa contigo. Mi padre jugaba con las vidas de las personas. Era cruel. Si no lo hubieras matado tú, lo habría hecho cualquier otra persona. Por eso hago todo esto.

—Lo haces porque no quieres comparecer ante un tribunal y correr el riesgo de que te condenen por asesinato, por eso lo haces.

Cynthia pensó que si no lograba que Lillian reconociera haber matado a su padre, todo habría acabado. Al día siguiente Lillian y Ned tendrían ocasión de comprobar la historia de Alvirah.

—Quédate con la casa —le dijo—. No me pagues lo que vale. Sólo dame la satisfacción de oír la verdad. Reconoce que no tuve nada que ver en el asesinato de tu padre.

Lillian echó una mirada a Ned, luego al reloj.

—Creo que es hora de que te demos ese gusto —dijo, echándose a reír—. Cynthia, soy igual que mi padre. Me encanta jugar con la gente. Mi padre me telefoneó para informarme de que había cambiado el testamento. No me importaba que legara la mitad de sus bienes a Dartmouth, pero no podía permitir que te los dejara a ti. Me comentó que vendrías a visitarlo... y el resto fue fácil. Mi madre era una mujer estupenda. Para ella fue un placer corroborar que esa noche estuve con ella en Nueva York. Y a Ned le encantó recibir un montón de dinero por llevarte a dar un paseo en barco. Eres lista, Cynthia. Más lista que los de la oficina del fiscal del distrito. Más lista que ese torpe abogado que te defendió.

Cynthia rogaba por que el magnetófono funcionara.

—Y lo bastante lista como para encontrar la testigo que pudiera corroborar mi versión —añadió Cynthia.

Lillian y Ned se echaron a reír.

—¿Qué testigo? —inquirió Ned.

—Fuera —le ordenó Lillian—. Fuera de aquí inmediatamente. Y no vuelvas.

\*\*\*\*\*

Jeff Knight conducía velozmente por la Ruta 6 tratando de leer los carteles tras la lluvia torrencial que se abatía sobre el parabrisas. Salida 8. Se estaba acercando. El productor de las noticias de las diez había sido inesperadamente decente. Claro que había un motivo.

—Adelante. Si Cynthia Lathem se encuentra en Cape Cod y cree que tiene una pista sobre la muerte de su padrastro, será una noticia sensacional.

A Jeff no le interesaba nada la noticia sensacional. Su única preocupación era Cynthia. Agarró el volante con sus dedos largos y fuertes. El funcionario que vigilaba su libertad condicional le había conseguido la dirección y el número de teléfono. Había veraneado muchas veces en Cape Cod. Por eso se sintió tan frustrado cuando intentó probar la versión de Cynthia, según la cual se había detenido en una hamburguesería, y no sacó nada en claro. En realidad, él solía veranear en Eastham, a unos setenta kilómetros de Cotuit. Salida 8. Giró por la calle Unión y enfiló hacia la Ruta 6A. Faltaban unos pocos kilómetros más. ¿Por qué tenía aquella sensación de inminente desastre? Si Cynthia tenía una pista concreta a su favor, podría correr verdadero peligro.

Al llegar a Nobscusset Road tuvo que frenar a fondo. Otro coche, ignorando la señal de stop, salió a toda velocidad de Nobscusset y cruzó la Ruta 6A. «Maldito imbécil», pensó Jeff al girar a la izquierda en dirección a la bahía. Notó que toda la zona estaba sumida en la oscuridad. Un apagón. Llegó al callejón sin salida y giró a la izquierda. El chalet tenía que encontrarse sobre ese camino sinuoso. El número seis. Condujo despacio, tratando de ver los números de los buzones cuando éstos quedaban iluminados por las luces altas del coche. Doce. Ocho. Seis. Jeff entró en la avenida, abrió la portezuela y bajo la lluvia torrencial corrió hacia el chalet. Pulsó el timbre varias veces antes de percatarse de que al no haber luz no funcionaría. Llamó a la puerta varias veces. No le contestaron. Cynthia no estaba en casa.

Se disponía a bajar los escalones cuando un temor repentino lo hizo retroceder, volver a llamar a la puerta y tratar de abrirla. El pomo giró y pudo entrar.

—Cynthia —gritó y al percibir el olor a gas, le faltó el aliento. Oyó el

siseo de la llave abierta en la chimenea. Corrió hacia ella para cerrarla y tropezó con el cuerpo tendido de Alvirah.

\*\*\*\*\*

Willy se revolvía en el asiento posterior del coche de Cynthia. Llevaba más de una hora en aquella casa. El tipo que había entrado más tarde llevaba allí un cuarto de hora.

Willy no sabía qué hacer. Alvirah no le había dado instrucciones precisas. Sólo quería que estuviera cerca para asegurarse de que Cynthia no saliera de la casa acompañada.

Mientras se debatía en un mar de dudas, oyó el sonido agudo de sirenas. Coches patrulla. Las sirenas se acercaron. Asombrado, Willy observó cómo enfilaban hacia la entrada de la mansión Richards, en dirección a él. De los coches bajaron un montón de policías que subieron las escaleras a la carrera y llamaron con fuerza a la puerta.

Poco después, un sedán entró por el sendero y se detuvo detrás de los coches patrulla. Mientras Willy seguía mirando, un hombre corpulento con un impermeable se bajó de un salto y subió de dos en dos los escalones del porche. Willy se incorporó con dificultad y se dirigió al lugar.

Llegó a tiempo para coger a Alvirah que bajaba vacilante de la parte trasera del sedán. Aunque estaba oscuro vio el cardenal que tenía en la frente.

—¿Qué ha ocurrido, cariño?

—Te lo contaré luego. Llévame dentro. No quiero perdérmelo.

En el estudio del difunto Stuart Richards, Alvirah disfrutó a sus anchas. Señalando a Ned con el dedo, y empleando el más vibrante de sus tonos, anunció:

—Me amenazó con un arma. Abrió la llave del gas. Me golpeó la cabeza contra la chimenea. Y me dijo que Lillian Richards le dio tres millones de dólares para tender a Cynthia una trampa que la hiciera aparecer como la asesina.

Cynthia se quedó mirando fijamente a su hermanastra.

—Y si el magnetófono de Alvirah no se ha quedado sin pilas, he grabado a



estos dos admitiendo su culpabilidad.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente, Willy preparó el desayuno tarde y lo sirvió en el porche. La tormenta había terminado y el cielo volvía a estar deliciosamente azul. Las gaviotas bajaban en picado para darse un banquete con los peces que asomaban a la superficie. La bahía estaba tranquila y los niños construían castillos en la arena húmeda, al borde del agua.

Alvirah, que no parecía demasiado afectada por la experiencia del día anterior, había terminado su artículo y se lo había pasado a Charley Evans por teléfono. Charley prometió regalarle el broche de plata en forma de estrella más ornamentado que pudiera encontrar, provisto de un micrófono tan sensible que pudiera grabar hasta el estornudo de un ratón en el cuarto contiguo.

Mientras mordisqueaba una rosquilla bañada en chocolate y sorbía su café, dijo:

—Mira, ahí viene Jeff. Es una lástima que anoche tuviera que regresar a Boston, pero ¿no te pareció maravilloso cuando contó la historia en las noticias de esta mañana? Ese chico llegará muy lejos en la televisión.

—Ese chico te salvó la vida, cariño —le recordó Willy—. Por lo que a mí respecta, ha hecho muchos méritos. No puedo creer que yo estuviese oculto como un imbécil en ese coche mientras tú tenías la cabeza junto a la llave abierta del gas.

Vieron a Jeff bajar del coche y a Cynthia que corría a su encuentro y se echaba en sus brazos.

Alvirah empujó hacia atrás la silla.

—Iré a saludarlos. Es todo un espectáculo ver cómo se miran. Están tan enamorados.

Willy la aferró del hombro con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

—Alvirah, cariño —le suplicó—, por esta vez, aunque sea durante cinco minutos, no te metas donde no te llaman.



MARY HIGGINS CLARK. Nació el 24 de diciembre de 1931 en Nueva York, donde también creció, aunque tiene ascendencia irlandesa. Huérfana de padre a los diez años, Mary y sus dos hermanos crecieron junto a su madre. Tras unos años trabajando de secretaria, sus ganas de viajar y conocer mundo la llevaron a trabajar de azafata para la Pan American Airlines, empleo gracias al cual conoció Europa, África y Asia. Un año después, se casó con un amigo de toda la vida, Warren Clark. Una vez casada, Mary comenzó a escribir historias cortas, consiguiendo vender la primera tras seis años de intentarlo. En 1964 enviudó tras un ataque al corazón que acabó con la vida de su marido. Mary tenía cinco hijos que mantener, y para superar la pérdida de su marido se refugió en la escritura.

Su primer libro fue una biografía sobre la vida de George Washington. Su siguiente novela, ya enmarcada en el género de suspense, se tituló *¿Dónde están los niños?*, y se convirtió en un bestseller que iniciaría la exitosa carrera de la autora.

En 1996 se casó de nuevo con John J. Conheaney, con quien actualmente vive en Nueva Jersey.

Presume que su sangre irlandesa es esencial a la hora de escribir «Los irlandeses son narradores de historias por naturaleza». Sus mayores influencias son de los libros de misterio de Nancy Drew, Sherlock Holmes y Agatha Christie. En sus novelas se entremezcla el misterio y la intriga con un punto de romanticismo.

# Notas

[1] Trago largo que se prepara con 7-Up y whisky «Seagram's Seven». (*N. de la T.*) <<

[2] óctel que se prepara con zumo de tomate y vodka. (*N. de la T.*) <<

[3] Se trata de una especialidad de «McDonald's» para el desayuno. Consiste en una especie de bollo con un huevo escalfado encima. (*N. de la T.*) <<

[4] Nombre comercial de un gramófono creado a principios del siglo XX por la Victor Talking Machine Co., de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<



[5] Grupo de Universidades del nordeste de los Estados Unidos (especialmente Yale, Harvard, Princeton, Columbia, Dartmouth, Cornell, Pensilvania y Brown), famosas por su prestigio académico y social. (*N. de la T.*) <<